

Axxón 213, diciembre de 2010

Pecho frío

Matías Buonfrate

**ARGENTINA**

Era una noche de cuarta para arrancar la semana. Hacía un frío de cagarse. En el vestuario me cambié rápido y me dejé puesta una camiseta de más, abajo del uniforme.

—¿Y esa camisetita? —me dijo el gordo.

—¿Qué camisetita?

—La que tenés puesta, ahí se te ve. ¿No te estarás volviendo un pecho frío, no?

—Andá gordo, pecho frío. Mirá quién habla, ¿dónde jugabas vos?

—En el Molinos Unidos, ¿qué pasa?

—Nada, este frío para tu equipo debía ser como estar en Hawai.

—¡Andá! ¿No querés un tecito antes de salir?

Terminamos de elongar y subimos al patrullero, el gordo hizo un pique y me cagó el volante. Mejor, tenía ganas de mirar por la ventanilla y nada más. El franco fue muy corto, no llegué a reponerme de la semana pasada.

Empezamos dando vueltas por los lugares comunes. No fallaba, siempre había algún boludo nuevo que se creía original. Fuimos hasta La Boca, al shopping. Todavía estaban barriendo el estacionamiento, era temprano. Nos quedamos con las luces apagadas adentro del coche. El gordo sacó un chupetín.

—¿Largaste el pucho?

—Estoy en eso. Quiero bajar un toque.

—¿En cuánto estabas?

—Y… estaba pisando los tres por día.

—Hacés bien. A ver si corrés más rápido ahora.

—Uh, viejo, siempre con lo mismo. Recién empiezo, bancá un poco. Además, no es lo mío, me conocés bien.

—No cambiás más. Che, bajá un toque la calefacción que con los vidrios

empañados no se ve un carajo.

—Si la prendiste vos, no me rompas, pecho frío.

Los de maestranza se fueron, y pasó el de seguridad dando la vuelta. Uno solo para tremendo edificio. Se metió para adentro, el gordo sacó otro chupetín. No apareció ni uno.

—¿Se habrán avivado, che? —le pregunté.

—Qué se yo, no creo. Si no es hoy, será mañana.

—Sí. La demolieron y le construyeron un shopping encima, pero tira.

—¿Qué te parece? La de cosas que pasaron ahí, dejan una marca. Era como un foco espiritual…

—Gordo, ¿seguro que dejaste de fumar o solamente estás fumando otra cosa?

—Dice mi señora, está haciendo un curso de psicología ahora.

—¿Dejó de hacer la isla flotante? No es un asado si después no está el postre de Estela.

—Quedate tranca vos. La isla flotante sí que no se mancha. Pero está con el curso éste y dice que todas las canchas concentraban mucha energía…

—Gordo…

—…y que eso deja una marca invisible en el plano material. Por eso los pendejos vuelven.

—Che…

—Vos pensá, sesenta mil personas gritando, llorando, riendo, cantando, todas las semanas.

—Eu, gordo.

—¿Qué?

—Decile a Estela que vuelva al curso de repostería. Así por lo menos dejás de hablar boludeces.

—Andá a cagar.

—Vamos para Parque Patricios.

—Bancá un cacho, ¿por qué el apuro?

—Hoy tenemos que agarrar a alguno.

—Pará, desesperado, no te van a subir el sueldo. ¿Qué te pasa?

—Nada, me quedaron un par de cosas picando de la semana pasada, eso. Quiero laburar para sacármelo de encima.

—Bueno, si te vas a poner así, vamos. En una de esas, hasta se te va el frío del pechito.

Gente cantando en la cancha, saqué una cuenta rápida y sentí un escalofrío. Casi diez años sin ver algo así. Algo que le iba a contar a mis nietos. "Yo vi una cancha con gente de verdad alentando". Un lujo europeo nomás, allá que son civilizados. El gordo habla como si no hubiera pasado nada. Ninguna marca invisible, energía ni una mierda. Esos lugares estaban manchados de sangre y eso sólo trae más sangre.

En Hurricane Inc. nos pasó lo mismo. Dimos una vuelta alrededor, con el coche apenas zumbando, pero no apareció nadie. Nos paramos, el gordo sacó otro chupetín.

—¿Cuántos tenés?

—Me compré como cincuenta esta mañana. Me quedan cinco más.

—¿Eso es mejor que el pucho? Te va a terminar matando.

—Dice el médico…

—Che, voy a dar una vuelta. No puede ser, esto. ¿Será por el frío?

—Dale, tené cuidado. Cualquier cosa, chiflá y caigo en seguida.

—Mejor corro. Si te espero a vos, estoy listo. ¿Me das un chupetín?

—Tomá. Te cabe el de limón, que no me gusta. Capaz que te saca la congestión que tenés en el pecho.

No había un alma. Me hizo acordar a una de las últimas veces que pisé una cancha. Volvía el fútbol después del corte por el bardo. Estaban instaladas las primeras pantallas en las plateas, todo alrededor del campo de juego. Eran defectuosas, la transmisión se perdía. Los diseños de hinchadas no eran lo que son ahora, nadie los premiaba. Una aberración, una cagada hecha por improvisados. Por ahí se te escapaba un pase porque se reseteaban o enganchabas una volea con el tobillo porque la pista de audio se perdía y se transformaba en chirrido insoportable. Cuando hacías un gol, no te daban ni ganas de festejarlo. O peor, por dos segundos te distraías y se lo terminabas dedicando a esa pantalla de mierda como si fueran personas reales. Cuando te dabas cuenta de lo que habías hecho, sentías que la aberración eras vos.

Todavía no puedo creer que el gordo me hable de gente cantando. Molinos Unidos ni siquiera existía antes de que existieran las pantallas. Yo venía de otro club, por lo menos. Un pelotazo rebotó a lo lejos. Si era cierto que el gordo alguna vez había… ¿pelotazo?

El sonido era inconfundible. No era muy lejano, menos de una cuadra. El

galpón de enfrente. Miré sin cruzar, estaba todo quieto. No se escuchaban corridas ni gritos. Capaz me lo había imaginado, de tanto hacer frontón con el pasado me estaba inventando cosas, sería la ansiedad por agarrar a alguno, la necesidad de saber éso que me estaba amagando la cabeza. Pero los vidrios estaban empañados. Crucé despacio y me metí por un callejón lateral. Habían pintado en aerosol fosforescente una cruz, un par de metros más adelante había una puerta. Estaba cerrada, pero tenía la suela de un botín estampada de una patada al lado del picaporte. Sin perder de vista la posible salida, lo llamé al gordo con el radio. Sabía el procedimiento. Se acercó con el coche despacito, lo subió a la vereda y se quedó esperando mi señal. Entré.

Me mantuve pegado a la pared de rodillas. Hacía calor adentro, el ambiente estaba cargado. Fui siguiendo el ruido de unas pisadas, hasta que me acomodé detrás de unas cajas y me asomé. Estaban jugando al fútbol.

Había uno de ascendencia coreana o china, la movía. Debía ser el que se le escapó a Ortigoza hacía dos semanas. Huo, probablemente. Salió a achicarlo uno grandote, la levantó dos veces, corto y rápido, le clavó dos pelotazos entre la nariz y el labio. Eso explica la trompa hinchada de Ortigoza el otro día. El grandote ahora era un muñeco. Huo la pisó un poco para atrás, amagó para un lado y lo hizo separar las piernas: no fue un caño, el grandote se comió todo un acueducto. Pasó y ahí nomás metió un centro con cara externa a uno que entraba por el segundo palo. El arquero, un gordo con un conjunto rojo con capucha, salió mal a despejar. El flaco saltó solo, el cuerpo a ciento ochenta grados del suelo y cortó el arco con un tijeretazo. Gol. Festejan sin gritar nada, con el puño apretado y nada más, saben que no pueden hacer ruido. La pilcha del arquero, era el teletubi del que hablaba Torrens. Tenía que ser el Oso. Al del gol no lo reconocí, corrió a abrazarse con otro, muy delgado. Otro, otra, una minita. ¿Ala?

Huo, el Oso, Ala. Era la Primera A clandestina, una cumbre o algo así. Ninguna vez en el bar me los mencionaron a los tres juntos, ni una. Encima estaba ése, el del gol, era nuevo. Lo que hizo era inédito, no se veía ni por televisión algo así, una vez sola creo que enganché algo parecido. Lo que estaba viendo era… lujo puro. Estos pendejos estaban haciendo magia en un galpón y yo era el único espectador.

Una maravilla que me pagaran para éso y una pena que los tuviera que meter en cana. Nadie juega al fútbol si no es en la Federación de Fútbol Oficial Argentino. Mantenemos limpias las calles, mantenemos las hinchadas vacías y quizás así podamos evitar que suceda otra catástrofe.

No se puede creer que algo tan hermoso haya sido capaz de acarrear tanta violencia.

Tenía que llamar al gordo, aunque podría ver sólo un poco más, dos minutos, en el bar no me lo iban a…

Sonó la sirena a todo volumen. Los pibes empezaron a correr, se iban por el fondo, por todos lados. El gordo no me esperó, ¿qué le pasó? Tenía que agarrar a uno por lo menos, antes de que desaparecieran.

Miré en el centro de lo que había sido la cancha improvisada. Estaba el pibe nuevo, haciendo jueguitos. La mayoría desaparecían en un segundo, pero siempre quedaba alguno que quería humillarte. Es un hecho, por cosas como ésta contrataban agentes con un pasado futbolista y les pagaban el doble del sueldo, para que la fuerza no sea menos. Es un hecho, por ésto varios ex futbolistas nos hacíamos agentes, para demostrar que no éramos menos.

Intenté acercarme por la espalda en un pique a fondo, mi especialidad. Pero este pibe ni me miró y giró en semicírculo mientras dejaba la pelota colgada en el aire. Pasé de largo y le cayó en los pies. Siguió haciendo jueguitos. Cuántos años haría que no metía un pique, había sacado la cuenta hacía unos minutos. Fui de nuevo, esta vez de frente. Me esperó pisando la pelota, la llevó hacia atrás, despacio. Lo hice retroceder, no quería que tuviera lugar. Amagó pero estaba atento, no hizo nada, siguió retrocediendo, ya lo tenía acorralado. Ahí sí, le pegó a la pelota, la hizo rebotar contra la pared a la derecha, me pasó por la izquierda. Me hizo una pared con la pared. ¿Quién es este pibe? Giré rápido, se me escapaba en velocidad. Lo tenía a punto, frenó. Pasé de largo, giré, giró, la levantó para atrás, giró, yo no. Lo dejé irse.

—Chau, nene. La próxima no me vas a agarrar tan desprevenido.

—Hasta la próxima, Heredia.



Ilustración: Guillermo Vidal

Se fue por el fondo. Me bailó y encima sabía mi nombre. ¿Dónde quedaron los improvisados de antes? ¿Los que salían con una bocha desinflada a patear por patear y tenías que ir y explicarles la ley? Te puteaban un rato y desaparecían. Sabían mi nombre porque me conocían de jugar, hasta me admiraban, yo los podía bailar a ellos. Capaz volvían a jugar al día siguiente, en el mismo lugar, a la misma hora. Detenías a uno. Listo.

Me acomodé el uniforme, abrí el chupetín para calmar la ansiedad y salí. Afuera estaba el gordo, tenía a uno esposado en el suelo.

—Mirá lo que me encontré.

—Buena, gordo.

—Estás agitado, ¿pasó algo?

—No, nada. Está fresco acá.

—Te lo dije, pecho frío. Ayudame a meterlo en el auto.

Cuando lo levantamos por las axilas, el chabón me clavó los ojos.

—Heredia, ¿lo vas a ayudar a éste?

—Uy, habla el guacho éste. ¿Qué te pasa, gil?

—Heredia me escuchó.

—Callate, infeliz, y entrá —le dijo el gordo.

—¿Lo vas a ayudar? ¿A pesar de lo que te contamos la semana pasada?

—¿Qué pasa? ¿Tenés secretos con ellos? ¿En qué andás?

—¿Yo? En nada.

—Después de la guerra de las barras, varios barrabravas de cuarta que hicieron de fuerza de choque se fueron consiguiendo laburitos gracias a sus amigos en el poder. A algunos, si les preguntás en qué club jugaban, dicen que en Molinos Unidos. Pero nunca pisaron una cancha, los metieron de relleno para abrir los nuevos clubes, los peores…

El gordo lo calló de una trompada.

—Pendejo de mierda, yo no te voy a permitir…

—Gordo, ¿pero qué carajo está diciendo?

—Tincho, no le vas a creer al sorete éste.

—Es que… el que agarramos la semana pasada me dijo lo mismo.

—¿Y?

—Si los mismos que la cagaron toda usan uniforme, esto no tiene sentido.

—Lo que me faltaba, ¿me vas a entregar por un rumor?

—Pienso que alguien tiene que investigar lo que dice este pibe. No sé si sos vos, puede ser otro.

—¡No y no! ¡Yo no soy nada! ¿Entendés? ¡Y lo que diga este hijo de puta me lo paso por el orto!

Le estampó un revés que lo acostó en el suelo. Estaba rojo.

—Gordo, relajate, prendete un pucho, estás muy tenso.

—¿Tenso? ¡Tenso las pelotas!

Se le tiró encima, lo empezó a cagar a trompadas al flaco. Veía pedacitos blancos volando por el aire, tardé un segundo en darme cuenta de que eran dientes.

—¡Gordo, calmate!

Lo tomé por el hombro y me sacó por el aire con el brazo. Me le colgué de la espalda y lo tomé del cuello.

—¡Gordo, te vas a meter en un quilombo!

Lo soltó, dimos un par de vueltas. Me tiró al suelo y me empezó a ahorcar. Mi mayor miedo en ese momento era tragarme el chupetín que tenía en la boca, un boludo. Traté de apartarlo, pero tenía el brazo derecho abajo de una rodilla suya. Con el izquierdo le empujé la mejilla, pero no

conseguí nada más que hacerle una mueca chistosa. Debía pesar el doble que yo. Los ojos me iban a saltar de las órbitas, los sentía gigantes, no me pasaba el aire y sentía que me estallaban las venas de la sien. Me saqué el chupetín de la boca, le metí el palito por la nariz y empujé con el pulgar. No sé por dónde fue, hice un poco de fuerza, se rompió algo. Cayó una gotita de sangre, los ojos se le pusieron blancos y se desplomó encima de mí.

Pasos. El pibe que me bailó me sacó al gordo de encima. Otros dos levantaban al que estaba esposado.

—¿Te buscamos los dientes?

—Daconshadtumdre —les dijo, mientras se lo llevaban a rastras.

—Descansá, Heredia. Fue un accidente. Podés declarar que fuimos nosotros, no pasa nada. Hasta podés creer que fuimos nosotros. Lo que no podés hacer es seguir laburando ahí, estás rodeado de gente así, más de la que pensás. No sos como ellos.

Me ayudaron a incorporarme y me quedé tirado contra la rueda del patrullero, las piernas recogidas y la cabeza entre las rodillas. Me hervía el pecho.

Matías Buonfrate nació en Argentina en 1986. Estudia Comunicación Social y trabaja en una agencia de publicidad digital. En su tiempo libre estudia japonés, escribe y juega al fútbol con impericia. Pueden encontrarlo en Twitter como @ringoka.

Aunque ha colaborado mucho con la sección Noticias, esta es su primera aparición en Axxón como cuentista.

Axxón 213 - diciembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Distopía : Deportes : Argentina : Argentino).

La semana aleatoria. Crónica de un experimento social.

Fabián Casas

**ARGENTINA**

Todo el mundo se queja del lunes, pero ese mal universal alguna vez fue temporalmente derrotado.

Los hombres y las mujeres de la primera administración comunal de Berazategui protagonizaron acaso la más revolucionaria mejora en la vida social de todos los tiempos. El asombroso experimento que la Municipalidad pondría en marcha el primero de marzo de 1984 determinaría el triunfo definitivo de la imaginación sobre el poder, como el del arte sobre los efectos especiales, o el talento sobre los sintetizadores y samplers. Bastó una sola hora de debate en el Honorable Concejo Deliberante para sancionar la legendaria ordenanza.

Desde esa fecha en adelante, la semana sería aleatoria.

De esta manera Berazategui derrotó al lunes.



Ilustración: Valeria Uccelli

Rápidamente se organizó un calendario móvil que se armó sobre una tela naútica donada por un vecino de pasado marino, todo un símbolo que alcanzó su completo tamaño profético cuando tres trabajadores municipales desplegaron el almanaque gigante desde la terraza del Palacio

Municipal, cubriendo por completo la fachada sur, dedicada exclusivamente a los ventiletes de los baños. Así zarpó la imaginaria nave de la revolución social, tripulada por los jóvenes ediles y pilotada por el querido Intendente. Ocupando toda la extensión de la tela, de un alto de quince metros en total, se situaba el número identificador de la fecha, conformado por una o dos cifras de chapa pintada de negro o rojo, según correspondiera. Arriba del número se colocaba un cartel con el nombre del mes, que quedaba fijo durante todo el transcurso del mismo. Debajo de la fecha, y más grande que el cartel del mes, se colocaba el trozo de chapa pintado que decía el día de la semana que correspondía. Todas las noches una comisión formada por los representantes de las fuerzas cívicas asistía a la extracción de la bolilla que determinaría qué día de la semana sería el siguiente, cuyo reinado comenzaría a la medianoche exacta. Un boy scout de la agrupación General Paz era el encargado de anunciar en viva voz pueril el día de la semana extraído. Entonces una suerte de algarabía se apoderaba del hall municipal, donde las voces de alegría y sorpresa (”Menos mal que mañana es miércoles, que tengo turno con el dentista”) se mezclaban con las de desilusión (”Uh… ¡con el lindo día que va a ser! Mirá si no podría haber tocado sábado, para ir al parque Pereyra”). La vida de la joven comuna se vio entonces saludablemente sacudida por el impacto de la nueva normativa. El público vivía cada día desconociendo qué le depararía el siguiente. Podría ser lunes, domingo, jueves, o incluso el mismo martes que estaban viviendo, pues nada impedía que un día se repitiese tantas veces como el azar lo quisiera, pero transcurrido el primer mes se vio que las leyes de la matemática secreta del Cosmos no tenían un capítulo especial para la ciudad de Berazategui. Una comisión formada por dos profesores de álgebra y geometría del Instituto Politécnico se abocaron a vigilar la aparición estadísticamente esperable de los diferentes días a medida que se producía el sorteo diario. Las consecuencias comerciales fueron las primeras en evidenciarse en una ciudad acostumbrada a girar alrededor de la principal arteria, es decir, la calle 14. Las carnicerías pasaron a vender asado todos los días, puesto que potencialmente cada día de mañana podía ser un domingo. Las panaderías, de la misma manera, duplicaron la venta de pan, porque el día siguiente podía ser lunes. El periódico “La Palabra”, que aparecía los jueves, comenzó a imprimir ediciones de emergencia puesto que cada cierre de redacción podía terminar en prensa. Finalmente se convirtió en un diario. El tambo Barzola acomodó su régimen de entrega de lácteos para que no faltara leche ningún día de la semana, por muy domingo que fuera en el resto del mundo. Felizmente, las frutas y verduras provenían de las quintas de Hudson, donde regía, por supuesto, el calendario local.

Pronto se evidenciaron los cambios profundos que la semana aleatoria causaba en el tejido social. Los niños dejaban de hacer los deberes para mañana, esperanzados en la aparición de un domingo o sábado. Por otro lado, las parejas de novios recuperaban la frescura perdida tras meses, o años, de estrictas citas jovianas. Cada día de mañana era una incertidumbre deliciosa o amenazante, según el caso. Los domingos en particular perdieron su poder cáustico sobre el blando tejido del alma sureña para dar lugar a la esperanza, fundada en la experiencia, de que el día siguiente difícilmente iba a ser lunes. Incluso se había dado el caso de repetición de domingos y fines de semana largos de tres días. Los detractores y contreras empedernidos, metástasis del riñón opositor, se empecinaban en negar la vigencia de la semana aleatoria, acudiendo a la propalación subversiva de las transmisiones radiales de las emisoras de la capital a viva voz por los combinados hogareños y los pasacasettes de sus autos. “¿No ven, boludos, que para el resto del país es martes?”, “Vayan a laburar, manga de vagos”, eran los gritos admonitorios que se oían a veces, durante el fin de semana local, en los alrededores de los centros de recreación como el club Ducilo o, ya en el colmo de la desfachatez temeraria de estos agitadores, las mismísimas piletas de Plátanos, localidad cuna del Intendente.

Tras siete u ocho meses de continua felicidad y mientras algunos estaban pensando en los festejos del primer aniversario de la semana aleatoria, bajo el eslogan “En esta ciudad desalojamos a la tristeza”, la intelectualidad que solía reunirse en la biblioteca Manuel Belgrano exponía sus temores. Para algunos, era evidente que Berazategui no resistiría por mucho tiempo más la embestida de los grupos hegemónicos que pugnaban por impedir que el ejemplo revolucionario se propagara por el resto del país. Florencio Varela y Almirante Brown ya habían empezado a estudiar los respectivos proyectos de ordenanza para adoptar la semana aleatoria. Incluso se había formado una mesa coordinadora cuyos integrantes estaban pensando en un sistema unificado de día semanal para todo el conurbano. La mayor parte de los gremios provenientes de la combativa CGT Brasil habían saludado con alegría la iniciativa. Sin embargo, el gobierno nacional guardaba un silencio preocupante. Algunos de los políticos locales, otrora militantes de la izquierda peronista, sostenían que había que prepararse para defender la conquista lograda contra el sistema semanal fijo. Como era de esperarse, a pesar del intenso debate interno, la Iglesia local se expidió a favor del sistema antiguo, amparándose en su discutible autoría papal. “Ya tenemos la Iglesia en contra, nos la quieren dar como al General en el 55″ dijo el

famoso militante y fotógrafo social “Pampa” López, durante un acto a favor de la insurrección sandinista realizado en el centro cultural Rigolleau. Para muchos, fue una declaración de guerra. A esa altura, además, arreciaban a las denuncias difamatorias contra el sistema. Se decía que los sorteos del día estaban comprados; que los boy scouts eran hijos de funcionarios municipales interesados en hacer salir un día antes que otro; que los dueños del bingo habían ofrecido una fortuna a los ediles para que privatizaran el sorteo y toda clase de denuncias con muy poco fundamento, pero bastante aptitud mediática. Los rumores iban y venían desde los centros neurálgicos de la ciudad hasta los suburbios: las calles del centro, la 14, la Mitre y la 21, eran escenarios casi diarios de actos a favor del gobierno y de repentinas caravanas de opositores que hacían sonar sus bocinas mientras gritaban “¡Negros, vayan a trabajar!”. La calle 148, ex 31, era un polvorín. Las multitudes que salían de la misa del domingo se encontraban con la populosa fila de compradores de la fábrica de pastas “La Torinesa”, mayoritariamente comprometida con el almanaque local, y se armaban trifulcas interminables. “¡Si no es domingo, para qué van a la iglesia, culos rotos!”, “¡Por cada domingo de mentira, van a pagar cinco lunes seguidos, negros cabeza!” eran algunos de los insultos que cruzaban los bandos enfrentados. La señal inequívoca del inminente golpe la dio una columna publicada en el New York Times a cuyo título, “Argentina sigue siendo un país poco previsible”, seguía un artículo donde se decía que en algunas de sus ciudades los lugareños no sabían ni en qué día vivían. Al conocerse la noticia, un grupo enfurecido partió del corralón municipal a bordo de un camión de recolección para ir a confiscar un ejemplar de la publicación imperialista. No lo consiguieron ni en el quiosco de la 14 ni en el puesto de Ducilo, de manera que fueron para Quilmes a ver si había algún quiosco que lo vendiera. La administración de la vecina ciudad, de signo político contrario, aprovechó la inofensiva incursión para multar al camión municipal y a su conductor por llevar gente en la caja. Siguió una discusión que finalmente demandó la intervención de la policía, terminando los cinco obreros municipales presos. Durante horas se debatió en la Municipalidad sobre los pasos a seguir para recuperar a los compañeros capturados. Los más moderados aconsejaban prudencia, mientras que los más exaltados decían que no valía la pena vivir en una comunidad libre a costa del encierro de sus habitantes. A medida que avanzaba la noche, la gente comenzó a reunirse en el playón de la Municipalidad. Primero eran unos pocos, luego cientos. Ya a esa altura se había suspendido el sorteo, por primera vez en la historia del proyecto, y todos velaban las luces encendidas del despacho del Intendente y la Secretaría de Gobierno. Hacia la madrugada, miles de

vecinos portando antorchas y estandartes con consignas diversas (”No pasarán”; “En bolas pero libres”, “Barrio Marítimo Presente”) se prestaban a apoyar al Intendente y resistir cualquier intento de intervención. Pero a pesar del apoyo popular, los rumores eran sombríos. Algunos habían visto un helicóptero aterrizar en el Club de Golf, aparentemente portando tropas. Todos querían ver al Intendente, pero nadie se asomaba a la ventana del segundo piso. De pronto sonó la sirena del cuartel de bomberos. Minutos más tarde pasaron dos autobombas raudas rumbo al río. La gente se desbandó tratando de ver qué sucedía. Aparentemente, ese fue el momento en que secuestraron al Intendente, aunque algunos sostienen que se entregó para evitar derramamientos de sangre. Hacia las cinco de la mañana, el único rumor que circulaba era el de la renuncia del máximo líder comunal. Cuando la certeza de lo peor abarcaba los ateridos corazones de los vecinos, se anunció por la radio local la renuncia del Intendente y su pedido de asilo en México. El gobierno provincial había intervenido el partido de Berazategui y un nuevo Intendente se haría cargo del gobierno comunal. Más tristes que enfurecidos, los vecinos fueron dejando lentamente la plaza municipal, siendo reemplazados por los festivos locales partidarios de la intervención. Cuando ya clareaba, unos desaforados hombres vestidos de traje descolgaron la tela del almanaque municipal y le prendieron fuego. Al día siguiente nadie escuchó la radio para saber qué día era. Pero no hacía falta: todos lo sabían.

Era lunes, otra vez.

Fabián César Casas nació en 1964 en Berazategui, Argentina. Admirador de la obra de Douglas Adams y del rock progresivo (entre otras cosas), conductor de programas de radio, hace que comer alfajores con dulce de leche tenga sabor a ciencia ficción (*) y que llevar por la calle una toalla sobre el hombro no sea algo mal visto.

Ha publicado varios cuentos en Axxón y muchos de ellos demuestran su cariño por la zona sur del conurbano bonaerense (más precisamente a la zona de Berazategui) a la que ya casi ha transformado en referencia ineludible dentro de su ficción: REFLEJOS, CONTRA EL TAXISTA, EL IDIOMA DE LOS PRÓCERES, EL JEDI SE VA DE COMPRAS, EL EXAMEN MÉDICO, LA VIDA EN LA GALAXIA, UN MISTERIO URBANO EN ROSARIO, ARGENTINA y LA NAVE DE LOS SUEÑOS.

Axxón 213 - diciembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Realismo conjetural : Humor : Política : Argentina : Argentino).

Tempus Fugit

Carlos Pérez Jara

**ESPAÑA**

Siete minutos y treinta y dos segundos antes de concluir la jornada, a Julio le informaron que su empresa, *Rottox*, había sido engullida por otra multinacional por medio de un efectivo juego de acciones. Apenas había terminado de descender a la planta baja, cuando vio a dos operarios quitando el cartel corporativo de tonos ocres y poniendo uno nuevo en el mismo lugar, justo en la robusta entrada de mármol gris del edificio. Ahora se llamaban *Dazat*, una empresa más enfocada al medio ambiente, pensó con la chaqueta bajo el brazo, soportando los rigores del calor veraniego.

Sin embargo, mientras iba en su coche de vuelta a casa, con la noticia en la radio sobre la constitución esa mañana de dos países y el comienzo de una guerra al oeste de Centroáfrica, Julio se olvidó casi enseguida del nombre de su nueva empresa, pues al fin y al cabo, aquellas variaciones formaban parte de la costumbre. Además, tampoco iba a dar demasiada importancia a un suceso cuya significación estaba exenta de rasgos sentimentales o emotivos. Julio no era un hombre muy sentimental y odiaba aferrarse a algo que iba cambiando a cada momento, de forma invariable.

De un modo u otro, siempre ocurría lo mismo. Al principio había hecho un tímido esfuerzo por aprenderse las diversas iniciales de las empresas en las que se transformaba su propio trabajo, pero luego, con los años, cuando había comprendido la futilidad de semejante propósito, había optado finalmente por dejarse llevar por las circunstancias, o adaptarse a ellas sin resistencia alguna.

—Daz… —murmuró distraído, y enseguida se olvidó del asunto.

Cuando llegó a su casa se encontró con que al lado habían construido el esqueleto de una casita de dos plantas. Los albañiles trabajaban con un entusiasmo trepidante: varias vigas volaban de un lado a otro, igual que algunas cuerdas con poleas y grandes cajas metálicas.

—Vaya.

Despreocupado, Julio entró en el interior del vestíbulo pero, al encender el

piloto del sistema central, una voz metálica y neutra le informó de que la Dirección Urbana había expropiado la mitad de su edificio por ser un terreno urbanizable que ahora era parte de una obra pública de grandes repercusiones.

—La madre que…

Parece que, por proceso telemático, había habido un juicio de la Administración en el que una parte, su presumible defensa, encarnada por un programa con su mismo perfil psicológico, e inserto en un sistema virtual casi infalible, había tratado de reprimir la ordenanza como fuese, pero sin duda había fallado en el intento ante las sutiles y veloces armas gubernamentales lanzadas por vía electrónica, de modo que al amanecer se había consumado lo inevitable. Tenía doce horas para permitir el desalojo de la mitad de su edificio; no obstante, en su cuenta ya se había abonado una jugosa transferencia de seis mil eurólares para compensar las molestias ocasionadas.

Julio frunció algo el ceño, contrariado. Tras unas pocas reflexiones de rigor, decidió no atormentarse más de lo oportuno, y tuvo unos minutos escasos para pensar qué haría con ese dinero, y si el Consistorio iba a permitir extender su casa en otra dirección posible. Tragó dos pastillas casi de golpe, y mientras se sentaba para fumarse un turbo-cigarro, encendió su televisión de cincuenta pulgadas.

Ante la pantalla plásmica, y mientras echaba algún que otro vistazo a los operarios en el jardín, Julio fue testigo de hechos que, a fuerza de repetirse, se habían hecho sumamente comunes o previsibles: la guerra de esa mañana en África había concluido de la misma forma brusca en la que había comenzado; por otra parte, las finanzas estaban siendo objeto de una nueva subida gracias al sistema de bonos Orbal, si bien un reputado economista ya avisaba de la inflación subsiguiente para mañana, seguida de un cuadro grave de paro en Europa del Sur. De todos modos, no había por qué preocuparse en exceso, aseguraba la eminencia: al día siguiente, o al otro a más tardar, el grueso de aquella población parada sería reabsorbida por el *Efecto Sastem* de los propios Bonos Orbal, de manera que presumiblemente irían a parar al sector servicios. Esto dejaba campo abierto para una telaraña de especuladores que, como siempre, comenzarían a jugar con sus bolas de cristales maravillosas; cuando ya se hablaba del nuevo satélite que había orbitado en torno a Titán, Julio apagó el aparato con un suave rastro de sueño en sus facciones.

Apenas tuvo un amago de cerrar los ojos cuando sonó el timbre de la puerta. Sin demora, fue a mirar por la redonda pantallita de entrada. Sobre

su felpudo de bienvenida había un caballero fibroso con nariz ganchuda que llevaba un pequeño paquete bajo el brazo.

—¡Buenos días! Le habla el señor Clavel, representante de la marca de unicelulares orgánicos WxO. Vengo a entregarle su pedido número 342.

El señor Clavel, con su sonrisa esculpida en el látex de su cirugía intravenosa, le estrechó la mano para entregarle el paquete que había comprado dos horas antes a través de una respuesta sónica en una subasta presidida por un computador tan justo como el Rey Salomón. Firmó el papel de recibo y metió dentro su compra. Con manos ansiosas, abrió la caja y sacó su nuevo unicelular, pegándolo con una pequeña ventosa detrás de su oreja.

Ocho minutos después Julio salió al centro, y una vez más le pareció hallarse en el escenario de un decorado en permanentes transformaciones, tanto que ya no recordaba su forma primitiva u originaria: en apenas dos semanas habían cerrado calles y abierto otras, y construían y destruían a una velocidad a la que no estaba ya tan acostumbrado como unos meses antes. Se preguntó si no se estaría volviendo viejo para sentir vértigo, como el de un trapecista que ha perdido sus facultades y de pronto advierte la profunda oscuridad que hay debajo de la cuerda.

Se acordó del Teorema de Lombark: “Lo que no es producto de una aceleración consumada acaba por detenerse en un estado vegetativo o se disuelve en la entropía más absoluta”. Bajo los pliegues de aquella proposición, Julio miraba los escaparates, mientras el sol se desplazaba ahora de tal forma que casi era posible distinguir su viaje por el cielo y la proyección de sombras que trasladaba al cemento y los cristales. En una tienda se detuvo algo absorto: acababan de recibir un modelo de tecnología posterior al unicelular que había adquirido. Al parecer, el nuevo modelo incluía un sistema solar único, extraordinario, pero según dedujo Julio con cierta perspicacia, debía haber sido comercializado apenas unas horas antes de que el suyo saliera al mercado con el anuncio de la última innovación tecnológica. Se suponía que cosas así era posible que ocurrieran. Pero estaba decepcionado: el aparato que había comprado se alejaba poco a poco por el agujero sin fondo de lo obsoleto, y mañana sería ya casi una reliquia inservible.

Renovar por alquiler los electrodomésticos, su coche, el sistema de limpieza o el acondicionado eran aspectos habituales de su vida, elementos comunes que servían a la causa de su estabilidad y sus comodidades. No obstante, algo le escocía dentro de la boca del estómago, como una gota ácida y corrosiva. Que en apenas media hora el

nuevo modelo de su unicelular se hubiese vuelto viejo, eso ya le parecía casi desconcertante. Pensó en el dinero gastado. Por eso, para calmar sus frustraciones, llamó con rapidez a su novia de esa semana, quien le dijo que acudiera a su apartamento en doce minutos o no podrían verse hasta la semana siguiente.

Julio se dirigió a casa de Ana, una joven profesora de niños con problemas psicológicos, y allí, tras algunos prolegómenos rituales, entre los cuales dejó constancia del agravio sufrido por el unicelular de la subasta, copuló con ella durante exactamente tres minutos y ocho segundos, su tercer polvo más lento en nueve meses, lo que le hizo suponer que acaso se estuviera volviendo algo reposado en su vida amorosa. Cosas de la madurez, tal vez. La charla post-coito duró apenas un minuto y tres segundos más, durante los cuales se dedicaron caricias furtivas, alguna hermosa frase consoladora ante sus pequeños problemas cotidianos, y un beso formal de despedida romántica. A Julio le hubiera gustado confesarle a Ana algo que había empezado a madurar a solas, pero el germen de aquella idea se desmoronó enseguida ante la urgencia de otras actividades.

Poco más tarde, ya de regreso, observó la casa de su vecino: ya estaban con los últimos retoques y muy posiblemente la habitaran al día siguiente. Pero lo que más le llamó la atención fue comprobar que los agentes públicos estuvieran haciendo de las suyas por detrás de su propia casa. Habían trazado con pintura láser la porción de edificio que quedaría en posesión del ayuntamiento, y casi seccionaban con sus miradas ansiosas el recuadro imaginario. Se acercó hasta la franja expropiada, donde un funcionario de ojos nerviosos le dijo que esa noche se procedería a escindir la parte de aquel edificio que ya no era suya. Le recordaban la conveniencia de retirar enseres y objetos personales y trasladarlos hasta donde considerara oportuno. El ayuntamiento no pagaría daños materiales por un triste olvido o negligencia del antiguo propietario, cláusula 23, párrafo 80.

De modo que, encogido de hombros, se metió en el interior resignado. Le llevó poco retirar cuadros o descartar muebles que, de todas formas iba a adquirir de nuevo con el dinero ingresado. No era demasiado sentimental, y eso siempre ayudaba. Como una hora más tarde, mientras hablaba por teléfono con su hermano menor, sintió un pitido agudo aunque breve; al acercarse hacia al ala sur vio que la mitad de su casa se había esfumado del todo y que, en su lugar, habían colocado un comprensivo plástico tenso de color azul.

Esa noche durmió seis minutos y doce segundos, durantes los cuales tuvo

un extraño sueño en el que flotaba con una lentitud imposible, y donde todo se movía a cámara lenta; las hojas de un árbol se balanceaban con una suavidad sobrecogedora, y el sol había vuelto a quedarse fijo en el cielo celeste. Despertó confuso, como un astronauta que pisa la Tierra después de haber estado mucho tiempo en el espacio exterior. Rápido, fue a la cocina y abrió su nevera de alquiler, cuyo piloto digital le indicaba las horas que tenía para renovarla por otra en perfectas condiciones. Puso en una bandejita un plato recalentado de lomo con una copa de hjub con lima y se sentó en su salón, moviendo las piernas con nerviosismo.

Hacía calor con aquella maldita lona que se hinchaba y deshinchaba como las velas de un barco. El hjub color verdoso de su copa temblaba sobre una de sus rodillas inquietas. Por lo general Julio era muy competente en la ingestión de alimentos. Pero enseguida se percató de que ahora estaba masticando con más lentitud de lo habitual, de forma que volvió a engullir como casi siempre, con el cronómetro de su reloj para medirse. Luego se asomó por la ventana: en un lapso durante el que le habían cogido despistado, habían abierto en canal el asfalto de su calle y trabajaban en una oscuridad silenciosa. Vamos, debía pensar más rápido, se dijo, y llamó al servicio teleoperador de compras inmobiliarias, atención las 24 horas.

Tras cinco largos minutos de reflexión escuchando las ofertas disponibles, decidió alquilar una casa en el barrio del oeste; pasado mañana se iría. Mañana era mejor hacer otras cosas; entre otras romper con Ana cuanto antes, ya que en el fondo la relación había llegado a un punto muerto, uno de esos que tanto odiaba desde que era joven. Al amanecer, Julio ya había concluido una multitud de tareas oportunas o útiles: sin duda, era necesario ir al ritmo constante de la vida para no precipitarse nunca en el complejo de los perdedores, los vagos o los distraídos. Los llamaban "koalas", y ni siquiera deseaba oír hablar de ellos de ninguna forma.

Se montó en su coche orgulloso por aquel ímpetu. Detrás de sus propiedades, el Consistorio ya estaba manos a la obra en algo desconocido, y la brecha de esa noche en el asfalto se había borrado dejando la huella de una cicatriz reseca y oscura. Nada que decir, salvo escuchar por su *dorpexx* las rutinas y el nuevo boletín corporativo de su nueva empresa. Durante su ruta a la oficina, Julio se percató de que, por alguna razón, hoy las cosas iban un poco más rápidas que el día anterior, y que incluso la gente se movía casi a la carrera de un lado para otro. En un parque de paso o en la esquina de una calle, sonreían o lloraban con una rapidez fantasmagórica, e incluso los nuevos modelos de autos se desplazaban a una velocidad muy superior a la suya. Atravesó dos calles

nuevas, casi recién asfaltadas, y aparcó en una zona lisa de pavimento amarillo que alguien había inaugurado, según parece, dos horas antes.

En *Dazat* se encontró con su nuevo jefe, un individuo robusto con grandes cejas castañas y un cuidado bigote gris. Tras darle la mano con entusiasmo, su superior le comunicó que estaba formalmente despedido como empleado de *Rotoxx,* pero que tras una gran Junta Telemática de doce segundos, se había decidido absorber al 34 por ciento de la plantilla de la anterior empresa; por fortuna, le aclaró con una mueca cómplice, Julio formaba parte de ese hermoso porcentaje, de forma que su desempleo había durado, con exactitud, la friolera de cuatro segundos y doce décimas. Por alguna misteriosa razón, a Julio le impresionó más el hecho de que su nuevo jefe usara ahora una partición del segundo que las vicisitudes de su reubicación inmediata.

Durante toda su jornada, y tras haber cortado con su antigua novia a través del teléfono de la empresa, escuchó a más compañeros hablar del mismo modo.

—Orden de oferta, en nueve segundos y treinta y nueve décimas —había dicho el gerente, el señor Salieri, un hombrecillo con manchas grises en su calva.



Ilustración: Duende

Sin embargo, parecía existir una buena razón para el uso de aquella nueva fórmula: el segundo era ya un inmenso campo de tiempo durante el que se sucedían sin parar demasiados fenómenos físicos. Así pues, ¿por qué no aprovechar su composición, las unidades en las que estaba dividido? En *Dazat,* la eficiencia era la premisa clave del futuro a corto plazo, y las nuevas normativas versaban sobre escribir en los portátiles a doscientos treinta palabras por minuto, o hablar rápido y sin demasiadas explicaciones. Por la tarde, Julio se vio en la calle entre el rumor de que una multinacional de origen ignoto estaba pujando por comprar su empresa; de hecho, para algunos, la OPC era una realidad consumada.

Al aire libre, se sintió sofocado por un fuego interior que aceleraba sus vísceras, como una droga. Gracias a ciertas señales circundantes, entre ellas la necesidad de adaptación a su empresa, Julio había trabajado a un ritmo que apenas la semana anterior le hubiera parecido imposible. Ahora, notó que el sol se desplazaba como una luminosa pelota de tenis entre las

nubes. Hinchó el pecho y se metió en su coche, corriendo a toda velocidad hasta su casa, o mejor dicho, hasta la mitad de lo que había sido su casa. El Consistorio había levantado una torreta de cemento armado detrás de su propiedad, y el nuevo vecino ya había colocado un cartel de alquiler en una de las ventanas.

—Vaya —le dio tiempo a decir.

Salió de la máquina con una sonrisa tensa, casi atrofiada. Bien, lo estaba haciendo bien, se dijo, y entró en su salón. Luego tiró el unicelular a la basura y compró por receptor inalámbrico el nuevo modelo, que había dejado en pañales al que había visto ayer en el escaparate. Al fin, por hidropantalla, habló tan rápido con su madre que ésta apenas pudo entender nada de cuanto le decía:

—
Mamáestoybiennomepuedoquejaryaveseltrabajoyestascosasaunquelanocheanterior-
dormínomuchoperoyasabescomosoyconunapastillayestoylistodeltodoporquelaempre
bióyahorasomosotrosynosdedicamosalcomerciodediamantesyelserviciomediambient
ticodelasislassintéticasporciertocortéconesachicalaquevistelasemanaanteesanolaotr
demasiadoabsorbenteynosoportoesasmujeresquenomedejanrespirarperoenfinlascosa
síyestoybiendeotromodonotelodiríayesperoquetuestéstambiénbien,¿sí?
Unbeso.

Definitivamente, estaba eufórico, pero no sabía bien el motivo. Tras cumplir con algunas de sus necesidades fisiológicas más básicas, salió de nuevo al exterior con un traje gris, planchado en una máquina casera de importación hironesa; entonces vio a una vecina de su calle, una señora enjuta que se desplazaba en una silla de ruedas con un potente motor de propulsión; la saludó en silencio, como en una película muda y se volvió a introducir en su coche; a continuación, buscó por el centro una tienda, habló con la encargada, una joven rubia de ojos azules y traviesos; flirtearon, se fueron a casa de ella, copularon a una velocidad meritoria, y, como era previsible, ella le contó su vida, tan extraordinaria como la de las otras mujeres a las que había conocido; casi sin pausa, se fue a un bar, se tomó dos cervezas, discutió tan rápido con el camarero que enseguida ambos habían olvidado la causa de la refriega y luego se dirigió al norte.

Allí entró en un turbo-cine, donde se proyectó por líneas sensoriales la nueva revolución: una película de dos horas comprimida en apenas cinco minutos. Al principio las imágenes se sucedían tan rápido que era imposible ensamblar la trama o el argumento, pero los nódulos sensoriales de la proyección, instalados en cablecitos que se enchufaban a las sienes de los espectadores, acababan por enviar una serie de mensajes cifrados

con los que, en apenas ocho minutos, o sea, tres minutos y doce segundos después de haber visto la película, el cerebro ya había compuesto la estructura final de la obra; así, los fragmentos se ensamblaban por sí solos, como piezas de un curioso rompecabezas, y uno acababa degustando, al menos durante unos minutos más, la composición definitiva.

Cuando abandonó la sala, observó que la esfera ardiente del sol amenazaba con ocultarse muy deprisa detrás de un edificio, lo que le hizo sentirse incómodo. Pero ahora en las calles se respiraba un mal ambiente, un desorden pasajero: al parecer, había habido un gran atentado terrorista. Ya dentro de su coche, las noticias de la radio contaban que el gobierno nacional había sido usurpado por una junta de militares que imponían el *andaluskeira,* un viejo idioma regional, como lengua madre y oficiosa. Por el camino, ya en otras emisoras locales o nacionales sólo se hablaba en esa lengua, pero cuando llegó a la mitad de su casa, que ahora era de color amarillo en base a las nuevas normativas del último segundo, el golpe de Estado había fracasado y eran de nuevo los federalistas quienes gobernaban.

Salió de la máquina sudoroso, sintiendo que algo iba más deprisa que sus ideas o reflexiones. Sobre el cielo azul, unas nubes se formaban para deshacerse casi enseguida, de forma caprichosa. Luego miró a su alrededor: a lo lejos, un edificio se desmoronó mientras otro nuevo se levantaba casi de golpe; las grúas se movían como juguetes, igual que los albañiles y el resto de operarios. Al fin, bajó la mirada: casi era posible oír el rumor de las aguas públicas bajo las aceras, como una corriente sanguínea turbia sin fin ni sentido alguno.

Y de pronto, casi sin darse cuenta, se fijó en la rama de un cedro adulto: se balanceaba con una suavidad enigmática, de un lado para otro, con un gorrión agarrado a ella. El pájaro mantenía el equilibrio mientras escrutaba a su alrededor con unos pequeños ojos negros y brillantes; los últimos rayos solares calentaban las hojas, encendiéndolas con un verde profundo, pletórico de vida. Era una imagen casi inmóvil, silenciosa, indescriptible. Igual que en su sueño.

Pero todos los espejismos nos devuelven siempre a una realidad menos grata: pestañeó confuso, y el cedro y el gorrión ya no estaban allí. De hecho, ahora todo iba tan deprisa que ni siquiera tuvo margen para intuir los espacios entre un fenómeno y otro. Y así, él mismo se movía ya como una partícula de neutrones, entre una amalgama de aceros y cristales que reflejaban el arco invisible de un sol absurdo o de una luna que crecía o menguaba en la oscuridad repentina.

Sucesivamente, o estaba enterrando a su madre, o firmaba los papeles de su segundo matrimonio, o vivía en otra ciudad, bastante lejos de aquélla donde había nacido. Sin detenerse en ningún momento, se desplazaba de un lado para otro con muecas fugaces, y su lenguaje verbal era ya una serie de sonidos en clave con los que a menudo sostenía comunicaciones instantáneas.

—Zwanajajajaakikdoekdekdppelchaheocmsnss…

Así hasta que se hizo un silencio casi absoluto.

Entonces, cincuenta y cuatro milésimas de segundo después, cerraron la tapa de su ataúd y le incineraron.

Nos dice el autor: ***Mi nombre es Carlos Pérez Jara, nací el 1 de febrero de 1977 en la ciudad de Sevilla (España). He estudiado la licenciatura de Economía en la Universidad pública sevillana, y actualmente trabajo en el sector financiero. Escribo desde que era pequeño, pero nunca hasta ahora había mandado mis relatos o cuentos a ninguna revista. La literatura fantástica siempre ha ocupado un lugar preferente en mis lecturas (desde que leía los libritos de la colección Clipper cuando apenas contaba 6 años), y sobre ella trabajo mis historias. Existe una larga lista de autores a los que debo este impulso de escribir desde siempre, pero podría destacar entre muchos a Vladimir Nabokov, Miguel de Cervantes, Howard P. Lovecraft, Gene Wolfe, Jack Vance o el propio Quim Monzó. También soy aficionado al dibujo y la pintura, y desde luego a la narrativa gráfica, a la que debo también más de lo que puedo expresar aquí en pocas palabras.***

Esta es su primera aparición en Axxón.

Axxón 213 - diciembre de 2010

Cuento de autor europeo (Cuentos : Fantástico : Ciencia ficción : Sociedad : Distopía : España : Español).

Liposa indigestión

Marcelo Motta

**ARGENTINA**

Ayer decidí llevar a mi liposo al Hospital Genérico Universal. Es un centro de salud que trata y cura toda clase de mascotas, desde las existentes y densas, hasta las espirituales y utópicas. El liposo está comiendo viejitas voladoras en exceso. Como ustedes saben, no son tóxicas pero engullidas en gran cantidad son terriblemente indigestas debido al veneno que segregan por su apéndice retráctil. Mi lipo no siente dolor en ninguno de sus cuatro estómagos, ni siquiera el menor malestar a causa de esta glotonería. Soy yo quien está preocupado y es así que para evitar una indigestión grado uno lo llevé allí.

La sala de espera central es un bonito y gigantesco recinto circular con capacidad para cuatrocientas mascotas sentadas con sus respectivos dueños. A este famoso lugar suelen venir animales de todos los universos paralelos y dimensionales. Cierta vez supo venir Conzo con una de sus boas de Antíopa, tan famosas por su piel y sus disertaciones filosóficas. Parece ser que la boa había perdido su voz y necesitaba un implante de cuerdas.

Al entrar en la sala de espera el liposo y yo descubrimos que muy pocos pacientes aguardaban al médico. Habría allí unos cuarenta entes, entre ellos cinco crísticos, un Genus, varios seres utópicos y un obrero de las montañas andromedianas con su mascota, un zenogabio de Andrómeda, quien no parecía hallarse en buen estado de salud a juzgar por su color lívido. Tal vez era provocado por la diferencia de presión.

A mi derecha dos gemelos antarianos parloteaban ruidosamente y al unísono guturalidades extremas. Tenía cada uno en sus brazos un criónico de Antar, un animalito extremadamente frío y de piel resbaladiza. Los gemelos discutían acaloradamente, sin ponerse de acuerdo, quién de los dos debía entrar primero. Ésa es la característica principal de los gemelos antarianos: discutir histéricamente sobre cualquier cosa y no llegar a nada.

Frente al liposo, una colosal bestia de las Pléyades nos inspeccionaba con ojos amenazantes. Los tres metros de altura de su enorme cuerpo

multiforme y peludo rozaban los mil doscientos kilos de peso en nuestra atmósfera. Su dueño, un hacedor musical de Titán —no menos alto y pesado que su mascota— nos miraba con sus tres ojos, sin dejar de emitir un dulce canto con sus diez cuerdas vocales expuestas. Su amarronamiento en la epidermis me permitió intuir que en ese momento se manifestaba su faz poética. Y ni que hablar cuando su cuerpo se vuelve azul.

Una puerta se deslizó hacia arriba y una voz apabullante, terrorífica, de ultratumba, tronó:

—¡Que pase el siguiente!

El liposo se acurrucó lo más que pudo en su lugar. No era su turno aún. Entraron los gemelos antarianos, parloteando tan espantosamente como antes, con su único cuerpo y sus tres pares de rojas extremidades. La puerta de acero templado se cerró detrás de ellos.

Nuevos pacientes llegaron a la sala de espera. Un hombre de Terra traía cincuenta gatos con cuernos. Dijo que en realidad se trataba de un solo gato, pero que su hijo manipuló un soñador sensorial y lo multiplicó en esa cantidad. Como si esto no fuera suficiente, el gato con cuernos tiene la extrema habilidad de reproducirse con facilidad.

Luego llegó un droide de la categoría Científicos. Venía con su nueva creación, una rata devoradora de perros verdes. Los perros verdes representan una real plaga para las cosechas y sembradíos de galubias. Atisbé que esta clase de rata sería de gran ayuda para contrarestar esta plaga. El droide explicó que no todo resultó tan fácil como pensaba. Un pequeño detalle empañaba su creación: la rata únicamente comía madera. Por error genético había creado una rata termita en lugar de una rata devoradora de perros verdes.

La preocupación del droide era lógica, pero se dijo a sí mismo que no todo estaba perdido. Después de todo, el médico podría inyectarle a su mascotaalgún tipo de gen que le cambiara sus hábitos alimentarios.

Mientras yo hablaba con el droide, el liposo escudriñaba con curiosidad el ambiente que lo rodeaba. A nuestras espaldas, suspendido de la pared magnética, se hallaba un valioso cuadro de Vincent Petronni. La obra en cuestión, titulada ” Niño azul mirando una botella” tiene (tenía, sabiendo lo que ocurrió luego) dos siglos de vida.


Ilustración: Valeria Uccelli

Frente a nosotros, en la pared opuesta, una pantalla apagada esperaba a que algún paciente se decidiese a ver un tridifilm. Pero nadie movió un dedo o seudópodo para encender el viejo artefacto. Encima nuestro, en el techo de piedra plómica, flotaba un centenar de esferas musicales. Por si no las conocen, les diré que dichas esferas son una novedad en nuestro planeta. Fueron descubiertas hace sólo doce años en una de las treinta y tres lunas de Ergamastron, en la constelación Druida. Con el paso del tiempo se verificó que esta variedad de organismo viviente coexiste en forma de colonia o comunidad. Las esferas tienen la exclusiva particularidad de formar melodías y escalas musicales cuando una de ellas colisiona con otra.

Nuestros científicos descubrieron en un principio cincuenta y dos esferas musicales, pero luego llegaron a un sector de la luna donde descubrieron una colonia. En aquel lugar subterráneo y cavernoso contaron ochocientas cincuenta y cuatro mil quinientas ochenta y tres esferas. Se exportó a nuestro planeta el veinte por ciento de esa cantidad, por lo que son muy costosas y únicamente las personas de gran nivel económico pueden tener acceso a ellas.

Hábiles comerciantes encontraron el modo de crearlas con facilidad gracias a la intervención del soñador sensorial. La cantidad que existe ahora en nuestro planeta es ilimitada, pero la mayoría de ellas es falsa.

Es sencillo descubrir si una esfera musical es falsa o no. Las esferas creadas por medio del soñador sensorial, transcurrido un tiempo, desafinan al colisionar entre ellas. En cambio, las auténticas no. Las que flotaban sobre mi cabeza seguro que fueron creadas con un soñador sensorial, ya que sonaban espantosamente.

En el preciso momento en que un andrógino fosforescente —con un león solar en sus brazos— me pedía un cigarro, la puerta de acero templado se deslizó nuevamente. Le dije al andrógino que no fumaba cuando la voz de ultratumba exclamó:

—¡Quepase el que sigue!

Era nuestro turno.

Preferiría no contarles lo que sucedió a continuación, pero no tengo por qué ocultarles nada, a pesar del terrible momento que tuvimos que pasar.

El lipo se puso muy mal cuando vio salir del consultorio a un sólo gemelo antariano, el cual llevaba una bolsa de polietinol detrás, tapando a su símil. Ese panorama asustó a mi mascota, quien comenzó a gemir entre nerviosos temblequeos. No comprendía que el médico le iba a hacer nada más que un chequeo de rutina, pero sucede que cuando un liposo está muy asustado no sabe lo que hace. Comenzó a saltar de aquí para allá con guturales chillidos de terror. En dos de los tantos saltos llegó hasta el techo y engulló cuatro esferas musicales. Los cincuenta gatos con cuernos se asustaron y empezaron a corretear en varias direcciones. Uno de ellos se enfrentó con el león solar del andrógino fosforescente y llevó las de perder; el león solar lo devoró de inmediato. Dos gatos más destrozaron la colección de prismas refractantes que engalanaban la sala de espera. La colosal bestia de las Pléyades engulló tres gatos en un segundo, sin dejar de observar el espontáneo caos con sus enormes ojos. El hacedor musical de Titán estampó cuatro gatos cornudos contra la pared. Auscultó mi cerebro en busca de una explicación para tanto alboroto. No le pude suministrar demasiada información ya que su rostro se tornó dubitativo.

Ocho esferas más fueron engullidas por mi liposo.

El médico intentó calmar a mi mascota. Alargó una de sus extremidades, en la cual sostenía un bastón eléctrico. El lipo se asustó al ver el bastón y voló hacia la pared donde colgaba el cuadro de Vincent Petronni. Lo devoró en cinco segundos y medio. El bastón eléctrico se aproximó al oído del liposo.

Fue entonces que decidí actuar.

Extraje de mi bolsillo izquierdo un sonorizador y le apunté al médico. Le envíe una sonoonda de doble intensidad, como para aturdirlo un poco.

Mi liposo aprovechó la ocasión para deglutirse al zenogabio de Andrómeda ante la increíble sorpresa de su dueño.

El hacedor musical sonrió de extraña manera al contemplar tal batahola. Produjo extravagantes melodías mientras mi mascota y yo nos íbamos de allí rápidamente. Ambos estábamos ansiosos por llegar a nuestro bien amado y bendito hogar.

En cuanto a lo ocurrido, en realidad no es muy grave, ahora que lo pienso. Estoy completamente seguro de que el dueño de los gatos cornudos quería deshacerse de la mayor cantidad de ellos.

Las esferas musicales no eran costosas pues no eran auténticas. El cuadro de Vincent Petronni no quedaba bien en aquella pared ni en ningún otro lado. Lo había realizado en una de las peores etapas de su vida, al borde de la locura, dos meses antes de su trágica muerte en una de las lunas de Ergamastron.

El médico recuperaría la conciencia dos días despues, y en lo que respecta al zenogabio de Andrómeda, el lipo le hizo un favor al engullirlo de esa forma. Creo que estaba más muerto que vivo.

Marcelo Norberto Motta nació el 4 de enero de 1964. Es miembro de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) de Capital Federal, y ha obtenido premios y menciones en numerosos concursos.

Entre sus ponencias menciona: “Heavy Metal: Punto de contacto con la literatura”, presentada en las Jornadas Populares sobre Rock Nacional. IES Nº1 Dra. Alicia Moreau de Justo, Septiembre 2005. “Literatura en la escuela: el fuego inicial”, presentada en las Terceras Jornadas sobre Didáctica de la Literatura: Raros y Malditos: Géneros difíciles en la escuela. Septiembre 2006. IES Nº1 Dra. Alicia Moreau de Justo. La Orestíada de Esquilo y las relaciones sistémicas entre sus personajes. Terceras Jornadas de Estudio sobre el mundo clásico. Universidad de Morón. Septiembre 2006.

Tiene dos libros en su haber: “13 Cuentos Oscuros”, publicado por Ediciones El Escriba, y “Liposo, una épica fragmentaria”, publicado por Ediciones El Escriba. El cuento que aquí publicamos forma parte de este último.

Del mismo libro ya hemos publicado LIPOSO CUMPLEAÑOS, como ficción breve.

Axxón 213 - diciembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Humor : Animales fantásticos : Argentina : Argentino).

“Seloalv”

Magnus Dagon

**ESPAÑA**

21 de Noviembre de 1996: Ignorado

Se fue una mañana de agosto, pero no fue hasta que llegó el invierno que descubrí que yo nunca había sido en realidad nadie importante para ella. Que nunca había tenido el más mínimo interés en mí, y que mis intentos de llamar su atención no habían sido más que un chiste desde su punto de vista. Que lo que había sido mi mundo hasta entonces sólo era una patética anécdota en su vida, cinco minutos de risas con los amigos mientras tomaba una copa en un bar cualquiera de Extremadura.

Ella fue la primera en destruir mi alma. En hacer brotar la semilla de la amargura en mí. El primer golpe, la primera grieta interior. Dicen que los primeros ataques son los que más duelen. Así lo pensaba entonces, pero no era así. No era así.

Aquella fue la primera vez que visité mi lugar especial.


Ilustración: Ferrán Clavero

Ángel sacó las llaves del coche y apretó el botón para desbloquear los seguros de las puertas. Era un movimiento mecánico, inconsciente, tan habitual en su rutina diaria que ni siquiera pensaba al efectuarlo, sólo lo

llevaba a cabo de manera inconsciente, como tantas otras acciones que uno efectúa a la hora de conducir un coche. Llegó hasta la puerta del conductor, abrió con desgana y se puso al volante en cuestión de segundos. Se colocó el cinturón y, justo cuando estaba a punto de ponerse en marcha, maldijo por lo bajo. No había desplegado el retrovisor del copiloto. Maldita cafetera, pensó para sí mismo, que no tiene ni siquiera plegamiento automático de espejos. Salió del coche, realizó la operación, regresó de nuevo al asiento y se puso en marcha a toda prisa, pues iba con el tiempo justo para llegar al trabajo.

La vida de Ángel, en muchos sentidos, estaba marcada por la rutina. Todos los días eran un intrincado mecanismo de relojería, con sus pautas perfectamente marcadas y delimitadas. Nunca ocurría nada nuevo, nada misterioso. Sólo su escaso tiempo libre, del que disponía cuando regresaba por la noche a casa, aportaba algo de novedad a su sistemática agenda. Podía quedarse en casa a ver una película, o bien podía navegar por Internet en lo que malcenaba lo primero que pudiera agarrar. Había días que, por el contrario, se tomaba la comida más en serio y se daba a sí mismo un homenaje mientras escuchaba algo de música en el viejo radiocassette de la cocina.

Había también días en los que salía fuera. Pero eran muy poco habituales, y Ángel solía olvidarse de ellos con relativa facilidad.

Sin embargo aún quedaba mucho para que llegara el tiempo del ocio. Alrededor de diez horas, en concreto, si se sumaban las horas laborales al tiempo de descanso que le otorgaban, bastante más largo que lo que él mismo hubiera deseado, ya que prefería llegar antes a casa aunque eso supusiera menos tiempo para comer. Y eso sin contar la ida y la vuelta en coche, que, según la suerte que tuviera, podían convertirse en pequeños infiernos.

Hacía tiempo, sin embargo, que Ángel había encontrado una manera astuta de llegar antes a casa. En vez de hacer la ruta habitual que llevaba a su casa y le obligaba a pasar por Moncloa, un auténtico hervidero de coches a cualquier hora en Madrid, se desviaba hacia la Ciudad Universitaria. A esas alturas del día, con la noche ya cerrada, apenas había estudiantes por la zona, en el peor de los casos algún que otro catedrático adicto al trabajo, y por eso casi no se encontraba tráfico, gracias a lo que, a pesar de tener que recorrer mayor distancia, la recorría en mucho menos tiempo que si empleara la ruta habitual, que era, por otro lado, la que hubiera señalado cualquier GPS.

Aquel camino, sin embargo, tenía un inconveniente. Obligaba a Ángel a

recordar.

No sólo su época universitaria, recuerdos incluso anteriores al instituto. Porque Ángel había vivido desde pequeño muy cerca de la Ciudad Universitaria. Había aprendido a montar en bici en el Edificio de Letras, había realizado footing en el descampado junto a Derecho, había hecho botellón en el Parque de las Ciencias. Se había pasado más de media vida atado a ese lugar, de una manera o de otra. Aquel había sido su parque, su barrio, su lugar de estudio, su hogar. Y había albergado algo más íntimo, aún más personal.

Allí estaba su lugar especial.

Su universo secreto, al que escapar cuando todo iba mal, cuanto todo lo demás fallaba y sólo deseaba reflexionar en soledad. Muy especialmente, el lugar donde esconderse si sufría un fracaso sentimental.

Al principio, de hecho, toda la Ciudad Universitaria era su lugar especial. Es lo que tienen los jóvenes, que piensan demasiado a lo grande y, como decía un famoso escritor, abren las ventanas de su casa para hacerle el amor al mundo y lo único que consiguen es una neumonía. Por eso, con el paso de los años, Ángel fue poniendo límites a su reino, reduciéndolo cada vez más, y más, no sin cierta ironía escondida.

Porque el lugar especial de Ángel, aunque él no lo sabía al principio, era tan grande que podía albergar más de un millar de coches en su interior.

Al principio no tenía nada de especial. Sólo eran unas rampas de hormigón que se escindían de la Avenida Complutense, un callejón muerto sin interés alguno para nadie. No solía ir a menudo, apenas una vez cada varios años, pero eso no quería decir que no conociera bien el lugar, puesto que cada vez que estaba allí era para dejar atrás todo lo demás, para vivir, aunque sólo fuera durante unas horas, como un nómada, al borde de la frontera. Sentarse en la pared sucia y desconchada y mirar al cielo con rabia, preguntándose por qué su vecina no le había hecho caso, o qué había hecho para convertirse en el marginado de clase y que por ese motivo ninguna chica accediera a salir con él, a pesar de sus esfuerzos por parecer simpático.

Cuando Ángel estaba en aquel lugar, odiaba al mundo. Lo odiaba con todas sus fuerzas. Pero cuando lo dejaba atrás, cuando regresaba de nuevo a casa, el odio se desvanecía, y podía encarar el futuro de nuevo y prepararse para la próxima embestida.

2 de octubre de 2000: Traicionado

Aquello nunca sucedió en realidad. Accedió a estar conmigo, sí, pero sólo fue teatro, una pantomima, y yo sólo fui una marioneta en manos expertas. Porque ella nunca tuvo interés en mí. No era a mí a quien buscaba. Era a un amigo mío, y yo sólo era el vehículo de sus actos, el objeto con que darle celos.

Después de eso me mintió. Muchas veces. Se quejaba de que no le creía, y luego decía a mis espaldas que tenía razón al hacerlo. No era buena persona. Pero yo tampoco lo era, porque le permitía ser así, porque cometía el error de quererla a pesar de todo lo que era capaz de hacer con tal de satisfacer sus egoístas objetivos.

No dejaba de resultarme gracioso, sin embargo, que fuera una persona extremadamente miedosa. Aún recuerdo aquella rejilla del suelo, la que se cruzaba en nuestro camino todas las noches, cuando iba a buscarme a la facultad y subíamos hasta mi casa. Siempre insistía en bordearla, y por mucho que razonara que no se había caído nunca, jamás la convencí de que la pisara.

Los seres humanos sólo somos animales instintivos que hemos tratado de justificar nuestros actos inventando lo que hemos llamado lógica racional. Pero eso es una quimera. No hay raciocinio en nuestros actos. Sólo el poderoso influjo de nuestros antepasados, corriendo por nuestras venas.

Con el paso de los años, Ángel conoció la historia de esas rampas de hormigón. Tardó mucho en hacerlo, puesto que nunca preguntó a nadie de manera directa acerca de ello. No quería que nadie se acercara ni remotamente a sospechar que podía tener interés en un sitio así. Era su secreto, donde era invencible, intocable, donde podía escupir al mundo en la cara y darle la espalda, y no lo compartiría con nadie más.

Aquellas rampas, como no era muy difícil de suponer, eran en realidad el acceso a un aparcamiento, pero uno tan grande que circulaba por gran parte del subsuelo de la Ciudad Universitaria. Ángel nunca tuvo claro cuáles eran sus dimensiones exactas, pero por lo que había escuchado tenía capacidad para unas 1300 plazas, por lo que supuso que debía ser muy grande. Lo curioso, lo irónico de todo el asunto, era que el parking

no estaba ejerciendo su función. Ninguna empresa tenía interés en llevarlo adelante, y de ese modo tuvo que ser cerrado temporalmente. Con el paso de los años, el cierre pasó de temporal a indefinido, y se tapiaron las entradas y salidas con gruesas cortinas de cemento. Sólo una de las entradas se libró del emparedamiento, ya que dejaron en su lugar una no menos segura compuerta de acero, y otra de las entradas fue tapiada sólo parcialmente, dejando un enrejado de metal como posible acceso al interior.

Ángel, de hecho, siempre elegía como rampa predilecta donde tumbarse aquella que tenía el enrejado, pues nunca olvidaría la primera vez que estuvo frente a él. Estaba muy oxidado, con ribetes de color rojizo, lo que tampoco extrañó mucho a Ángel, puesto que la humedad del interior debía ser tan fuerte que la corrosión hizo su trabajo deprisa y los buenos tiempos para aquel metal duraron más bien poco. Las puntas laterales estaban fuertemente hincadas en las paredes de ladrillo recubierto de cemento, varias barras diagonales y rebeldes lo atravesaban de manera ocasional y no había bisagras a la vista, ni nada que pudiera evidenciar que aquello cumplía la función de entrada, aunque fuera entrada provisional.

Las demás rampas no estaban en mejor estado de conservación. En las paredes laterales de otra de ellas se destacaba un enorme graffiti quebrado por la mitad, debido a que parte del muro estaba derrumbada. Era de color predominantemente gris y de corte abstracto. La firma era tan grande como el dibujo y, a pesar de las letras incompletas, podía leerse a la perfección *Juanjo*. Junto a la firma, de una manera mucho más tosca, alguien había pintado ‘graffiti enfermo’.

Ángel solía pasarse horas mirando aquel graffiti, aquella pintura callejera de la que no entendía demasiado, pero que no por eso dejaba de llamarle la atención. Arte urbano, lo llamaban muchos. Para él era, principalmente, un elemento más de los que poblaban su minúsculo reino privado. Por eso conocía a la perfección todo matiz de gris sobre gris, todo trazo retorcido y desviado para juntarse con los otros, la línea horizontal de la pared que marcaba el nivel del agua cada vez que llovía y la rampa se inundaba, bajo la que moría el dibujo y se abría paso la ruina. Algunos elementos podían cambiar de visita en visita, pero el conjunto permanecía inmutable, inmortal, como si fuera una región eterna, más allá del tiempo y de las leyes de la naturaleza.

Sin embargo, si había algo que le fascinaba de aquel lugar a Ángel, era la oscuridad. La negrura que descansaba al otro lado del herrumbroso enrejado, como si fuera un cuadro, y la cuadrícula sólo sirviera para

mantener la distancia con la obra de arte que había al otro lado. La primera vez que estuvo allí, allá por el 96, ya reparó en el magnético efecto que ejercía aquella espesura insondable sobre su curiosidad, y que hacía que olvidara todos sus temores.

La segunda vez que estuvo, varios años más tarde, fue cuando llevó la linterna.

Una linterna pequeñita, de las que funcionan con pilas de botón, y que cabía perfectamente en un bolsillo. Cuando llegó, durante un buen rato, se olvidó por completo del otro lado, amargado como estaba debido al motivo que le había llevado hasta allí, el fin de una relación que, en realidad, nunca había sido tal. Pero pronto se sintió intrigado y se levantó del suelo para ponerse cara a cara con la oscuridad. Así permaneció durante casi un minuto, sólo mirando fijamente al infinito, al abismo de la nada, como si pudiera ver más allá de las sombras.

Después de eso, encendió la linterna.

La débil luz de aquel aparato apenas iluminaba nada, pero Ángel empezó a sospechar que aquel lugar estaba tan herméticamente cerrado que no lograría ver demasiado aunque llevara consigo una linterna más potente.

Lo primero que vio fue un pasillo, bastante más estrecho que lo que había imaginado que sería por tratarse de un parking. Luego se dio cuenta de que en realidad, lo que creía que era la pared izquierda era un conglomerado de mesas y sillas similares a las que él mismo había usado en el instituto, las sillas con su respaldo beige atornillado por cuatro sitios, las mesas con sus barras dobles y su bandeja para la carpeta.

En la pared contigua había un graffiti, o eso al menos le pareció a Ángel. A pesar de la oscuridad, podía leerse claramente la palabra *Seloalv*. La firma era, simplemente, dos paréntesis que no encerraban nada en su interior.

Aquella visión, sin que entendiera bien por qué, asustó a Ángel. Apagó la linterna, se echó atrás y volvió a sentir la luz atravesar los poros de su piel, como si lo anterior hubiera sido producto de un mal sueño. Miró a su alrededor y se preguntó qué era lo que en realidad estaba haciendo en un lugar como aquel. Se prometió a sí mismo que no volvería allí. Que la próxima vez le iría bien, y podría liberarse de la maldición de regresar a su purgatorio particular.

Pero Ángel regresó con el paso de los años. Varias veces. Al mismo tiempo que crecía como persona y dejaba atrás instituto y universidad.

La última vez que lo hizo fue en el año 2008. Y aunque él no lo sabía,

aquella vez iba a ser la definitiva.

5 de julio de 2003: Sobreestimado

Aquella vez todo marchó bien. Marchó mejor que lo que yo mismo hubiera sospechado. Pero para mi desgracia, mis sospechas no tardaron en estar fundamentadas. Sólo fue otro espejismo, otra ilusión.

Porque ella no vio en mí lo que yo era en realidad. Ella me pensó fuerte, y decidido, y no comprendió que necesitaba tanto apoyo como el que ella misma buscaba en mí. Fue entonces cuando comprendí que había puesto sobre mis hombros toda la responsabilidad de la relación. Sólo entendía el amor en una dirección: la suya.

No comprendía que yo también tenía ayer, que yo también lo había pasado mal. Me obligó a pensar por los dos, a ser fuerte por ambos, y no pude aguantar esa presión, pero aun así, aguanté.

Aguanté, y aguanté, y cuando quise darme cuenta no había nada que aguantar. Todo había acabado, y no tenía sentido seguir luchando, porque ya sólo quedaban ruinas, escombros de lo que pudo ser. Nunca tuve la oportunidad de mostrarme vulnerable, de confesar mis propios miedos, mis propias debilidades.

Después de eso lo dejamos, con efectos muy distintos en cada uno de los dos. A ella le sirvió para ganar seguridad en sí misma, puesto que me había usado como su paño de lágrimas, había pasado la peor parte conmigo. No tardó en encontrar una nueva persona con la que alcanzar la paz.

A mí sólo me sirvió para hundirme más en las tinieblas.

Aquella noche, Ángel había decidido salir fuera, después del trabajo. Era una de esas escasas veces en que se permitía el lujo de hacerlo, pero no tardó en arrepentirse de ello. No mucho tiempo atrás había conocido a una chica en un curso de fin de semana a los que se apuntaban los solteros sin vida como él, y cuando el curso acabó la invitó a tomar algo. Al principio aceptó, pero el mismo día que habían quedado, apenas media hora antes, le mandó un mensaje para decirle que se encontraba mal y no podía acudir,

pero que ya llamaría ella otro día.

La llamada nunca se produjo, y aunque en su momento Ángel no quiso pensar en ello, el paso del tiempo, unido al recuerdo de fracasos anteriores, le amargó la noche hasta tal punto que decidió volver a casa cuanto antes. Cogió el coche, se guió malamente hasta llegar a la zona de Moncloa y una vez allí se desvió hacia la Ciudad Universitaria. Pensaba para sus adentros que había tenido suerte con el tráfico de Moncloa, a pesar de no haber podido desviarse a tiempo, cuando de repente notó que algo iba mal en el pedal de freno y no respondía como debiera. Asustado, intentó parar en seco, aprovechando que estaba solo no sólo en su carril sino también en el contiguo, pero aunque su velocidad había disminuido mucho no logró detener el coche del todo.

Más o menos al mismo tiempo comenzó a llover. Era una lluvia suave, apenas perceptible, lo que solía llamarse un calabobos, pero Ángel sabía que precisamente ese tipo de lluvia era la más peligrosa para la conducción. Torció hacia la Avenida Complutense y pensó que podía ir de un lado a otro de la misma cambiando de sentido al llegar a cada extremo, hasta que se acabara la gasolina. Sin embargo, al mirar el depósito, comprobó que tenía el tanque casi al completo. Profirió un insulto en voz alta y trató de pensar qué hacer.

A lo largo de la Avenida no había apenas salientes en los que rozar el coche, y Ángel supuso que más hacia delante podría haberlos, pero tuvo miedo de salir de aquella zona, sobre todo teniendo en cuenta que de encontrarse con un semáforo en rojo no podría detenerse. Tenía que decelerar de alguna manera, ya fuera rozando el coche, ya fuera con un brusco giro.

Al llegar a la media docena de subidas y bajadas por la Avenida, y ver las rampas, Ángel concluyó que eran su única posibilidad.

Las dejó pasar una vez más, y en la siguiente vuelta, una vez tomó de nuevo la rotonda, se preparó para meterse de lleno en alguna, tan frenético que tomó el carril en sentido contrario, para encontrarse cuanto antes con ellas. Su intención era colisionar con el frontal izquierdo del coche, para así quedar atravesado. Por un lado, el menos esperanzador, esperaba que el choque no fuera demasiado brutal, y por el otro tenía la vaga esperanza de que pudiera introducir el coche de tal modo que rozara masivamente la pared y se detuviera por sí solo.

La realidad se aproximó a sus suposiciones más pesimistas. No pudo girar a tiempo de cuadrar el coche en la rampa, y como resultado el morro del coche se plegó como un acordeón por el asiento del copiloto. Al mismo

tiempo el airbag saltó y protegió a Ángel, no sólo de golpearse contra el volante, sino también de varios fragmentos de cristal que volaron por el interior del vehículo y rebotaron contra las paredes del mismo.

Cuando Ángel abrió los ojos concluyó que debía haber estado unos minutos desmayado, o tal vez desorientado. Se quitó el cinturón y salió del coche a toda prisa, temeroso de que pudiera estallar, ya que salía humo del motor.

Nada más pisar el suelo, y notar cómo la lluvia aumentaba su intensidad y limpiaba de sangre los cortes de su cuerpo producidos por los cristales, se encontró cara a cara con el enrejado oxidado.

Se llevó una mano a la cabeza, mareado, pero a pesar de todo tuvo un segundo para pensar que, irónicamente, una vez más estaba en el lugar que tanto había tratado de evitar, pero que era al que debía ir. No en vano, nuevamente, todo había salido mal. Su vida sentimental, de nuevo, era un fracaso, y aquel era el lugar al que su verdadero yo pertenecía.

Trató de recordar la última vez que estuvo allí, pero no pudo hacerlo. Entonces se quedó un rato mirando al otro lado del metal corroído, a una oscuridad aún más creciente por la noche que lo que solía ser por el día, y concluyó que debía salir de ahí cuanto antes si es que quería razonar con claridad.

No sin cierto esfuerzo, subió por la rampa, apoyando la mano al caminar, dejando ligeras huellas de sangre en la pared desnuda y sobre los graffitis. Cuando llegó arriba se detuvo un momento a tomar aire, mirando al suelo. No sabía si tenía alguna lesión grave, pero le costaba respirar, seguramente por culpa del cinturón.

Cuando levantó la vista vio que una silueta le observaba a lo lejos, al parecer perteneciente a una mujer.

—¡Oiga! —gritó. Sin embargo la silueta no se inmutó. Estaba en la otra acera, apenas a unos pocos metros, pero Ángel no lograba distinguirla con precisión, en parte por culpa de la lluvia, en parte por culpa de que era incapaz de enfocar a un punto fijo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano comenzó a caminar hacia ella, notando, para su tranquilidad, que a medida que avanzaba se sentía mejor y podía continuar sin demasiado esfuerzo extra.

La silueta, sin embargo, se fue alejando poco a poco, sin prisa, como si estuviera guiando a Ángel. Como sea que en aquel momento era incapaz de razonar con claridad, se limitó a andar tras ella, y de ese modo atravesó casi una manzana entera de aquella zona que, dada la ausencia de viviendas colindantes, presentaba un aspecto completamente fantasmal.

Al fin la silueta se detuvo, y Ángel se paró en seco. Aquel cambio repentino no le gustó en absoluto, y prefirió quedarse quieto, sin tener muy claro qué hacer a continuación. Seguía sin ver a la chica misteriosa, pero por algún motivo que desconocía, le resultaba vagamente familiar. Algo relacionado con la manera de caminar, de desplazarse.

—No pases por encima —dijo la chica de repente.

Y en ese momento las pupilas de Ángel se dilataron. Porque reconoció esa voz —cómo olvidarla— y entendió por qué decía aquello. Y aunque sabía que nada de lo que estaba pasando tenía lógica, y que posiblemente era sólo una alucinación debida a la violencia del impacto contra el airbag, no pudo evitar hacer caso de la advertencia, a pesar de que sabía que nada podía ocurrir, de que él mismo había dicho, mil veces atrás, que eso no iba a suceder.

No sirvió de nada que lo intentara. Porque en cuanto intentó dar un solo paso, el panel de la rejilla sobre el que estaba se desprendió con fuerza y ambos cayeron juntos por el profundo agujero.

19 de Diciembre de 2007: Infravalorado

Si en el caso anterior fue por exceso de celo, en este fue por completo desinterés.

Daba igual lo que hiciera. Daba igual que me arrancara el corazón del pecho y se lo entregara en una bandeja. Lo que ella consiguió no lo había conseguido ninguna antes. Hacerme pensar que soy un monstruo. Una criatura abominable, desterrada del territorio de la humanidad, condenada a vagar por un abismo de rechazo, como algo abyecto, repugnante, que no debe ser mostrado a la luz.

Fue más o menos a partir de entonces cuando algo se apagó en mí. Tal vez no la humanidad, pero sí la parte de mi interior que me hacía sentirme humano. Empecé a pensar que tal vez era mi destino, un destino al que ya estaba dejando de temer y me limitaba a aceptar.

Siempre tiene que haber oscuridad para que haya luz, ¿no es así? Es lo que dicen siempre en tantas películas y libros.

Mi interior devastado estaba empezando a asumir el papel de esa oscuridad.

Una vez más, Ángel se despertó, y una vez más, al despertar, tuvo la sensación de estar soñando.

Aunque en este segundo caso, el sueño se asemejaba más a una pesadilla.

Estaba en el fondo de un amplio pozo de unos diez metros de diámetro. A su alrededor había complicadas marañas de tubos que se enredaban unos con otros y ascendían por la pared del pozo. Desde arriba se filtraba un tenue halo de luz mortecina, tan débil que Ángel no era capaz de ver la fuente del mismo. A su lado, enterrado entre colillas y porquería, estaba el panel de la rejilla que había cedido bajo su peso, junto a unos viejos raíles en desuso que desembocaban en la pared. Sin embargo, al mirar hacia arriba, no era capaz de ver la rejilla, y mucho menos el exterior. El agujero era tan profundo que, cuando quiso utilizar el teléfono móvil, descubrió que no tenía cobertura. Se planteó por un momento a cuánta profundidad debía estar para que sucediera algo así, y cómo era que no se había matado en la caída. Enfocó con el móvil al suelo, y comprobó que era una amalgama de papeles, polvo, comida podrida y toda clase de envoltorios, sólo por citar los más abundantes. Ángel comprobó con asco que, por haber, había hasta condones usados.

Se levantó y trató de enfocar a las tuberías con el móvil. Tras un examen más o menos concienzudo, concluyó que no le servirían para trepar hasta arriba, y eso suponiendo que estuviera en condiciones de soportar la subida. Bajó la mano resignado y el foco de luz del aparato enfocó de refilón una puerta de mantenimiento. Ángel comprendió que si quería salir de ahí iba a tener que caminar hasta encontrar un lugar donde hubiera cobertura. Mientras tanto, razonó, sería mejor que apagara el móvil. Afortunadamente aún guardaba la linterna que llevaba con él casi desde que empezó la universidad, la misma que le había servido para mirar a través del enrejado tanto tiempo atrás. La encendió y enfocó a la puerta. Se veía mucho peor, pero menos daba una piedra.

Por suerte para Ángel la puerta no estaba bloqueada, pero le costó cierto trabajo abrirla del todo. Empujó con todas sus fuerzas, que no eran muchas teniendo en cuenta que acababa de salir de un accidente de tráfico, y al otro lado escuchó un tremendo estruendo. Nada más pasar comprobó que había una pila enorme de mesas y sillas como las que vio en su momento, y había echado abajo una parte significativa de la misma al abrir la puerta. Eso le hizo concluir que nadie solía pasar por allí a menudo, por lo que más le valía moverse.

Inicialmente Ángel se propuso intentar orientarse para acabar al otro lado del enrejado, puesto que allí seguro que habría cobertura, ya que podía incluso sacar los dedos a través de la cuadrícula. Pero en ausencia de

puntos de referencia, y con una linterna que apenas iluminaba medio metro por delante de donde pisaba, aquella tarea se convirtió en un auténtico reto. El parking era muy grande y para su fortuna las columnas estaban tan espolvoreadas que resultaba difícil darse de bruces contra alguna de ellas, pero al mismo tiempo eso le provocaba una terrible sensación de indefensión. Ángel había escuchado una vez que, de todos los asientos de una mesa, los que tenían detrás ventanas o, sencillamente, no tenían un muro, eran los que resultaban más incómodos para cualquiera que los ocupaba. Estando allí dentro, sin ser capaz de ver paredes ni límites a su caminar, empezó a entender los motivos.

Llegó un momento en el que decidió que lo mejor que podía hacer era moverse con un cierto orden, y se limitó a caminar en línea recta, o al menos todo lo recta que pudiera, y luego bordear las paredes. Con esa idea en mente avanzó, y avanzó, y la impaciencia hizo que ese rato se le hiciera eterno, lo que, unido al hecho de que tenía el móvil apagado, le hizo perder por completo la noción del tiempo.

Para cuando llegó a la pared más cercana, Ángel notó que, de hecho, había topado con una esquina. Como apenas sabía nada del diseño interior de aquel lugar, ignoraba si era una de las cuatro únicas esquinas o, por el contrario, había muchas de ellas por todas partes.

Al mismo tiempo que encontraba la esquina, Ángel pudo ver también un graffiti, situado un poco por debajo de la altura de sus ojos. Se trataba de la misma palabra que vio en su momento, *Seloalv*. La firma era, nuevamente, un par de paréntesis sin nada dentro de ellos.

Sin embargo, había diferencias con respecto a la última vez que vio aquella pintada. Diferencias significativas.

El motivo era que Ángel se interesó en ese lapso de tiempo por los graffitis, pues tenía curiosidad por saber quién podía haber creado esa pintada que tan vivamente le impresionó la primera vez que la vio. Buscando por Internet escuchó hablar de autores como Banksy, un grafitero que, desde el anonimato, plasmaba su obra, con un estilo muy peculiar, plagado de ratas y soldados, sobre el mobiliario urbano de ciudades de todo el mundo. Sin embargo, por mucho que buscaba, por mucho que investigaba, no lograba saber nada del misterioso artista que firmaba con paréntesis.

Hasta que encontró sessenkrad.com.

En esa página, Ángel descubrió que ella, de nacionalidad desconocida pero también con graffitis por todo el mundo, se hacía llamar Larama, aunque casi siempre la mencionaban como la Invisible. Al igual que

Banksy, su identidad era un secreto, y firmaba sus trabajos, casi siempre caligráficos, con un par de paréntesis sin nada dentro. En la página web había otros trabajos suyos, y aunque la mayoría eran palabras extrañas, como por ejemplo *Erkum* y *Ovordul*, a veces consistían en frases o pequeños refranes. No discriminaba idiomas, y la letra de cada graffiti era única, especial, y despertaba en Ángel un cierto temor, porque no sabía por qué, había algo que no le gustaba en aquellos trazos acerados, aquellas mezclas de mayúsculas con minúsculas, e incluso de cursivas con redondas.

Y una vez allí dentro, ante aquel graffiti extraño y aquella palabra desconocida, *Seloalv*, Ángel sintió que en verdad tenía ante sí una obra de la auténtica Larama, la Invisible; a pesar de que eso no tuviera ningún sentido, de que fuera absurdo que se hubiera colado allí para pintar algo que, con un poco de mala suerte, jamás nadie llegaría a ver.

A medida que Ángel dejaba atrás el graffiti y seguía pegado a la pared, se encontró con más pintadas muy similares a la anterior. Todas estaban realizadas con mucho esmero, y ayudaban a mitigar la sensación de soledad y desolación que Ángel estaba sintiendo ahí dentro, aun a pesar de la inquietud que le provocaban. Cada vez que veía uno, casi se alegraba en su interior, pero no tardaba en recordar que no había encontrado aún puerta alguna y eso le traía de vuelta al mundo real.

Luego, un rato después de empezar a recorrer la pared, no supo si minutos u horas, notó cómo su móvil vibraba. Había recibido un mensaje. Lo cogió de manera instintiva, y sólo cuando lo empezó a leer fue cuando cayó en la cuenta de que lo había apagado.

No debes temer a nada desde que tus peores temores se hicieron realidad.

Ángel se quedó quieto, frenético, volvió al menú principal y trató de enviar un mensaje. Si había recibido uno tenía que ser capaz de hacer lo mismo. Pero nada. No tenía cobertura. Por más que retrocedió parte del camino, no había cobertura.

Fue en ese momento cuando trató de pensar qué era lo que había pasado, puesto que estaba seguro de haber apagado el móvil. Pero dado que las pruebas indicaban lo contrario, supuso que se había confundido y prosiguió su camino con el móvil encendido, pero usando todavía la

linterna para no agotar innecesariamente la batería del mismo.

Cuando llegó a la esquina contraria, Ángel concluyó que no había encontrado una sola puerta de salida. Imaginó que había tenido mala suerte y le había tocado el lado ciego del aparcamiento, por lo que se limitó a seguir bordeando la pared.

Pero cuando llegó a la tercera esquina, siguió sin ver ninguna puerta, y Ángel estaba casi seguro de provenir de esa dirección. Sin embargo, con tan poca luz y habiendo sufrido un accidente, entendió que no podía dar nada por concluyente.

Recorrió la tercera pared y no tardó en ver que no era lisa, sino que poseía profundos recovecos, en los que hábilmente había más graffitis pintados, todos con el mismo diseño del anterior. Al llegar al final, sin embargo, su búsqueda de salidas fue en vano.

Aquello no tenía sentido. Si de algo estaba seguro Ángel, era que no provenía de la cuarta pared, la única que le quedaba por explorar. Pero dado que no tenía más que avanzar para comprobar su hipótesis, hizo el último recorrido.

Cuando terminó, concluyó dos cosas. La primera era que tenía que haber pasado por alto algún acceso, puesto que había recorrido todo el perímetro de lado a lado, y no sólo no había encontrado ninguna salida, sino que ni siquiera había vuelto a ver la enorme pila de sillas y mesas que se encontró al llegar.

La segunda era que podría jurar que había tardado mucho menos en hacer la última exploración que las otras tres.

En ese momento, Ángel recibió otro mensaje. Era igual que el anterior. De nuevo trató de comunicarse con el exterior. De nuevo fue inútil.

Cuando comenzó de nuevo la exploración, tuvo la inequívoca sensación de que el recinto se estaba estrechando.

O bien se había confundido, o bien se había desviado en algún giro extraño, pero estaba seguro de que cada vez tardaba menos en hacer las exploraciones laterales. De hecho, tenía el reloj del móvil para corroborarlo, aunque tampoco es que se fiara demasiado de aquel aparato, teniendo en cuenta su comportamiento con respecto a la cobertura.

Sea como fuere, siguió avanzando, y no sólo no encontró puertas, sino que cada vez el recinto, en efecto, era más estrecho, y al mismo tiempo, cada vez había más mesas y sillas a su alrededor, lo que confirmó sus sospechas de que debía estar andando por otros pasillos distintos de los anteriores.

Esa sospecha, sin embargo, se desvaneció cuando Ángel se encontró a sí mismo siendo capaz de vislumbrar los dos muros laterales simplemente moviendo la linterna a izquierda y derecha.

Estaba en un pasillo, un pasillo sucio y polvoriento, lleno de mesas y sillas a los lados del mismo. En el centro había columnas de las que delimitaban plazas de aparcamiento, a pesar de que no había sitio para meter un coche allí. A los lados ya no había graffiti alguno.

Ángel comenzó a caminar por aquel pasillo, asustado, sin entender muy bien cómo era que había llegado hasta allí, pero seguro por fin de que la salida tenía que estar al fondo del mismo, pues no había otra camino posible y no podía ser que estuviera encerrado entre cuatro paredes.

Fue no mucho después cuando encontró la primera jaula.


Ilustración: Ferrán Clavero

Había un número en la misma, labrado junto a los oxidados barrotes: 21111996. Ángel enfocó al interior de la jaula y pudo ver al fondo una especie de criatura extraña, de textura tan tosca que se confundía con las paredes y la mugre que la rodeaba. No llegaba a verla con claridad, pero se reía de una manera que le puso los pelos de punta. Se alejó todo lo que pudo y siguió caminando.

La segunda jaula estaba casi enfrente de la primera y tenía otro número: 02102000. Esta vez Ángel no quiso enfocar con la linterna a su interior, aunque la luz lateral que se escapaba le permitió ver que el suelo era una rejilla como aquella por la que había caído, rota por muchos sitios, y algo en el interior saltaba de un lado para otro, muy similar en términos estructurales al anterior prisionero.

Ángel empezó a ponerse cada vez más nervioso. Como esperaba, había una nueva jaula en la pared de enfrente. Su número era el 05072003. Ángel no quiso tampoco mirar, pero su miedo a lo desconocido fue superior a su miedo a lo que pudiera estar ahí y enfocó, muy brevemente, su interior. En un destello de apenas una fracción de segundo, pudo ver que había dos seres dentro de esa jaula. Uno era similar a los anteriores, el

otro no. El primero estaba pegando al segundo, como si sólo fuera un muñeco de trapo, ya que ni se defendía. Las ropas que llevaba el agredido, o lo que fuera que le cubría eran, además, de colores muy parecidos a las suyas propias.

En la jaula siguiente, que tenía como número el 19122007, la situación era muy similar, pero los roles de agresor y víctima estaban cambiados. Sólo fue una rápida mirada de reojo, pero la visión de algo, que un momento antes le había parecido un muñeco sin vida, moverse de forma espasmódica, como si tuviera parte de los hilos cortados, fue suficiente para que avanzara más deprisa, sin querer mirar atrás.

Cada vez más nervioso, Ángel echó a correr, y una nueva jaula se cruzó en su camino. No quiso ni mirar su interior, pero de repente, de un vistazo fugaz, algo le detuvo. No se trataba de que hubiera mirado, contradiciendo sus intenciones, sino que al observar su número correspondiente, 17092008, entendió de repente lo que quería decir.

Era la fecha del día presente.

17 de septiembre de 2008: Engañado

La conocí en un curso. En un curso que ni siquiera me interesaba en realidad. Éramos las dos únicas personas de una edad similar, todas las demás nos sacaban un mínimo de diez años. Eso me facilitó las cosas al principio, pero luego no.

Se supone que a partir de ese punto, de la primera toma de contacto, todo resulta más sencillo. Pruebas a estirar la goma, a ver cuánto da de sí. Si se rompe, te olvidas de ello. El mar está lleno de peces, suelen decir. No para mí. No hay pez alguno que desee caer en mi red. Los motivos, los ignoro. Supongo que lo más fácil es echarle la culpa a mi aspecto. Al pasado. A mi personalidad. A todas esas cosas al mismo tiempo. Pero el caso es que hay gente más horrible que yo, con peores recuerdos y un carácter mucho más insufrible que el mío que no han sido condenados a este infierno en vida en el que se ha convertido mi existencia.

En realidad esta chica no es como las otras. No ha habido nada especial en su rechazo. Es sólo la gota que ha colmado el vaso.

Es por eso que sé que algo terrible debe estar a punto de suceder.

Ángel se acercó a la jaula, paso a paso, muy lentamente, con la linterna enfocando al suelo. Algo, tal vez su sentido común, le estaba gritando que se marchara, que no mirara atrás, pero no podía hacerlo. Tenía que saber qué era lo que estaba pasando, qué era lo que le estaba sucediendo. Y si para ello tenía que sacrificar su cordura, entonces seguiría adelante.

Se colocó frente a los barrotes. Ni un ruido desde el otro lado.

Elevó la linterna y enfocó frente a él.

La jaula estaba vacía.

Vacía por completo. Movió la linterna de un lado a otro, registró con la luz cada esquina, cada recoveco. Nada.

Fue entonces cuando, al girarse, vio el espejo al fondo del pasillo.

El hecho de que eso implicara que estaba en una estancia cerrada, sin salidas ni entradas, ya ni le importó a Ángel. Todo había pasado a ser tan inexplicable que no reparó en ese detalle.

Mientras avanzaba hacia el espejo, lleno de manchas y roto por muchos puntos, se fijó que había pintado en él un nuevo graffiti. Desde lejos parecía igual que los anteriores, pero al acercarse notó que, con mucha maestría, un segundo juego de letras, en concreto una frase, había sido grabado sobre el primero, que era la misma palabra que en los otros. Era una técnica que había visto en alguna de las obras anteriores de Larama. La frase era corta pero precisa.

Sólo en la oscuridad aparece la verdad.

La conexión de la frase con la palabra sobre la que estaba escrito no pasó desapercibida a Ángel, y de repente, al mirar no al espejo, sino a través de él, notó que el reflejo estaba vagamente distorsionado. Enfocó con la luz y notó que el reflejo, de hecho, le devolvía una imagen más similar a la del aparcamiento del que provenía. Eso le hizo pensar que debía ser un espejo falso, o alguna especie de ilusión óptica, por lo que se echó hacia atrás con la intención de coger carrerilla y romperlo de una patada.

Al retroceder, sin embargo, notó que justo frente a la quinta jaula había otro espejo similar al anterior.

Trató de recordar si lo había pasado por alto al principio, pero pensó que eso ya apenas le importaba. Al mirarlo, no notó nada especial. La jaula

seguía vacía, acaso toda la herrumbre había desaparecido, y lo que parecía una jaula, en realidad, era una especie de construcción de jaula improvisada con mesas y sillas.

Se giró de nuevo y se dispuso a correr hacia el espejo principal cuando una terrible duda asaltó su interior. Se giró hacia atrás de nuevo, hacia donde estaban las otras cuatro jaulas. Aún podía escuchar las risas, los saltos y los golpes por duplicado, cada uno un poco más lejano que el anterior. Un sudor frío le recorrió la frente. Porque Ángel estaba empezando a comprender que las cosas no eran como él deseaba que fueran. Porque tendría que vencer sus más terribles miedos si es que deseaba salir de allí.

Ver la verdad que aparece en la oscuridad.

Caminó de nuevo al principio, desandando el camino, hasta que encontró de nuevo la cuarta jaula. Ya ni siquiera quiso mirarla directamente, aunque hubiera preferido hacerlo a tener que posar la vista en el espejo.

Cuando miró, lo que vio al otro lado fue tan terrible que tuvo que taparse la boca para no gritar.

Salió corriendo, como un loco, hasta que tuvo frente a sí la siguiente jaula y el siguiente espejo. Al mirar, de nuevo sus terribles sospechas se confirmaron, y volvieron a confirmarse cuando miró al siguiente espejo y al último de ellos, que estaba frente a la que había sido la primera jaula que había encontrado en su camino. Después de aquello, la mente de Ángel colapsó, y se tiró al suelo, revolviéndose mientras se movía con espasmos y lanzaba linterna y móvil lejos de su alcance.

Al fin, solo en la oscuridad, entre horribles gritos que no le parecían propios, vio la verdad.

25 de septiembre de 2008: Informe policial

Fue un profesor madrugador de la Facultad de Medicina, que solía emplear una de las entradas selladas del subterráneo para aparcar su propio coche, el que nos avisó del vehículo siniestrado. Una vez localizado, no fue difícil reconstruir los hechos, dado el rastro de sangre que había dejado su ocupante al caminar. Nos llevó cierto tiempo bajar con cuerdas a través del conducto de ventilación, pero el esfuerzo mereció

la pena. Lo que allí abajo encontramos sólo puede describirse como producto de una mente enferma. Se habían usado las plazas de aparcamiento, junto con el mobiliario escolar que había almacenado allí abajo, para crear unas rudimentarias celdas, cinco para ser más concretos. En cuatro de ellas estaban los cadáveres de cuatro chicas, en avanzado estado de descomposición y al parecer víctimas de toda clase de torturas, abusos y vejaciones. La quinta celda estaba vacía. En el medio de las celdas, el cuerpo de un hombre joven, al parecer muerto a base de golpes, como si le hubieran propinado una paliza. Al principio pensamos que había sido atacado por la hipotética quinta ocupante de la celda, o bien que él mismo era el ocupante, pero esas hipótesis se han desvanecido cuando hemos encontrado, en el maletero del coche siniestrado, un nuevo cadáver, otra chica joven como las anteriores.

Estudios posteriores han revelado que el dueño del coche conoció personalmente a todas las víctimas en distintos momentos de sus vidas, pero que nunca se llegó a siquiera sospechar que las desapariciones tuvieran que ver entre sí porque los intervalos temporales entre ellas eran muy largos, en torno a un año en el mejor de los casos. Los psicólogos, por otro lado, han apuntado a un claro componente pasional en los crímenes. De todos modos, la investigación no trascenderá a los medios de manera significativa, dado que se desea reformar el parking para su uso futuro por parte de la comunidad universitaria.

Lo que sigue siendo un misterio, sin embargo, es la muerte del autor de tan horrendos crímenes, así como la palabra que apareció grabada en su espalda, con un esmero tal que se cree que el autor puede ser alguna clase de artista.

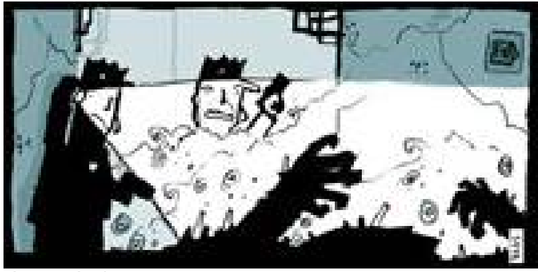


Ilustración: Ferrán Clavero

La palabra era Seloalv, y su significado, si es que lo posee, sigue siendo una incógnita. Nada encontramos allí que tuviera relación alguna con ese vocablo. Salvo el asesino y sus víctimas, nadie había entrado allí en mucho tiempo.

No había ni siquiera pintada o graffiti de clase alguna, tan habitual en esa clase de recintos abandonados o descuidados.

Magnus Dagon es un seudónimo de Miguel Ángel López Muñoz. Nacido en Madrid en 1981. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta, publicada después bajo el sello de Ediciones B. Ese año fue finalista también del Premio Andrómeda, al año siguiente del Premio Pablo Rido y en el 2009 ganador del IX Certamen de Narrativa Corta Villa de Torrecampo. Ha publicado relatos en numerosas publicaciones digitales y de papel. Es miembro de la asociación Nocte de escritores de terror. En abril de 2010 salió a la venta su primer libro, "Los Siete Secretos del Mundo Olvidado", con la editorial Grupo Ajec. Es cantante y letrista del grupo musical Balamb Garden, que se puede escuchar AQUÍ.

De Magnus ya hemos publicado en Axxón EL LÁNTURA, EL BRILLO DEL MAL, EL IMPERIO CAOS, NUEVO COMIENZO, COCHES AZULES, LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS PERDIDOS: LOS HOLOGRAMAS (ficción breve), EL JUGADOR, BEYOND y WARREH SPAWN.

Axxón 213 - diciembre de 2010

Cuento de autor europeo (Cuentos : Fantástico : Terror : Crimen : Venganza : España : Español).

Café con sangre

Juan Pablo Noroña

CUBA



Ilustración: Duende

El hacendado se descruzó la correa del hombro y puso la cartera de cuero sobre la mesa, junto a la chismosa encendida.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán, los ojos prendidos del bello repujado de la bolsa.

Sin decir palabra, el esbelto hacendado empujó hacia adelante la cartera, y dentro de esta se escuchó un tintineo de monedas. Los otros tres hombres sentados a la mesa lo miraron intrigados.

Los diversos embalajes de mercancía apenas dejaban espacio para la mesa

y cuatro taburetes. El hacendado tenía la espalda contra una pila de sacos, tras el capitán había un barril de manteca, y el ayudante rubio se recostaba contra un horcón de la pared. El guajiro viejo tenía detrás la puerta de la habitación delantera del bohío de yagua y embarrado.

—Considéreme el primer contribuyente de la demarcación —el hacendado apoyó sus palabras con un gesto amable—. La cartera es un regalo personal, para usted, así como los víveres que traje para su tropa.

—¿Impuestos?

—Así es. Me imagino que su Gobierno, no por estar en armas dejará de cobrarlos.

El hacendado vestía un elegante traje de caza y botas altas, el guajiro, pantalón y camisa de lona y yute, y los dos militares llevaban ropas que habían sido de calidad antes de las manchas, rasgaduras y costurones.

—Usted verá, monsieur Olivier, no estaba previsto cobrar impuestos —carraspeó el oficial, un hombre de cuarenta años, enjuto y entrecano—. Mis órdenes eran cerrar todos los cafetales en la zona…

—¡Imposible! —se sorprendió el francés—. Destruirá usted la economía local. ¿Qué patria esperan ganar así?

—Mi patria no es asunto suyo, monsieur…

Se hizo un silencio incómodo.

—No se ponga farruco, capitán Robredo —dijo el guajiro viejo—. Mosiú Olivié no lo dijo por mal.

El hacendado alzó una mano.

—Gracias, compadre Atanasio. En efecto, me dejé llevar por la sorpresa… no deseo cuestionar sus métodos, capitán. ¿Sería tan amable de perdonarme la expresión?

—No se hable más —dijo el oficial—. Esto lo afecta de grave manera, así que entiendo su desconcierto. Aunque, me extraña que no hubiera tenido conocimiento del bando de cierre dictado por mi general Mármol.

—He leído proclamas locales de su gobierno, capitán —Olivier pellizcó la correa de la bolsa—. El oro que sale de Cuba es una sangría, quienes pagan impuestos a España lo hacen con sangre esclava —el hacendado observó el rostro del joven ayudante—, las venas abiertas de Cuba, etcétera… interesantes metáforas, vívidas.

El capitán sonrió satisfecho.

—Mi general siempre tuvo una veta poética.

—Así lo veo. Entonces, ¿su República en armas prefiere ahogar la zona a fiscalizarla? Pensé que tendrían una postura más avenida… por eso pedí a Atanasio concertar la entrevista, porque no quería que mi cafetal terminara como La Indiana.

—No nos tome por irracionales —intervino el ayudante. Su acento era más extraño al castellano que el del hacendado—. Usted paga impuestos de timbre al gobierno español, ¿no es cierto?

Olivier asintió.

—Mientras pague impuestos a España, lo cual es inevitable si quiere exportar —continuó el ayudante—, España enviará soldados a la zona. Si usted cierra el cafetal y deja de pagar impuestos, el enemigo se desentenderá de la zona, que nosotros reclamaremos. Demarcación por demarcación, departamento por departamento ganaremos este país, dándole a Madrid donde más duele, en la bolsa.

—Excelente plan —aplaudió el hacendado—, Clausewitz lo hubiera felicitado, joven. ¿Fue idea suya acaso, ya que tan bien lo expone?

—No, pero dio cerca —saltó Robredo—, fue un compatriota de Ignacio quien aconsejó…

—Es una idea simple —dijo el rubio—, apenas fue necesario sugerirla para que las autoridades de la República vieran el mérito del plan.

El capitán miró molesto al joven.

—A veces eres un poco confianzudo, Ignacio. ¿Allá en la Austria los niños acostumbran quitar la palabra a los mayores?

Apenado, el rubio bajó los ojos. Atanasio tomó el momento para excusarse e ir hacia la habitación vecina.

—Cerrar la cosecha de café entera… —la mirada del hacendado volvió al joven ayudante —. Quizás les sea difícil, con sólo veintidós hombres.

—¿De dónde saca esa cifra? —Robredo frunció el ceño.

—Cuando mi criado Tobías distribuyó víveres, todos y cada uno de sus hombres acudieron… ninguno quiso quedar atrás. Mi cocinera hace un boniatillo con canela cuyo aroma levanta a un muerto.

Ignacio soltó una risita y el capitán lo miró con ira.

La puerta a la otra habitación quedaba en línea recta con la principal. Todos podían ver desde sus asientos el firme que se abría ante el bohío, donde, a la luz de la luna, una desarrapada tropa comía tasajo, bacanes y boniatillo en jícaras o yaguas.

—Maldita sea la gracia —bufó Robredo—, la indisciplina no da risa

alguna, Ignacio. Ya los haré soldados —dio un puñetazo en la mesa—. Pero de todas maneras, monsieur Olivier, seremos más. De hecho, empezamos con diez, y reclutamos más en la campaña. De cada veinte negros que liberábamos, diez se quedaban en el cafetal, cinco se apalencaban y cinco se unían.

—Entonces su expedición tiene más de reclutamiento que de conquista —dijo el francés—. Usted va a cafetales que por una razón u otra están desguarnecidos y se lleva los negros.

—Yo respondo a la división del general Mármol y le aseguro que tiene mucho más de veinte negros. Muchos hombres que nacieron libres están con él y muchos que no tuvieron esa suerte están ansiosos de ganarse la condición a puro machete.

—No espere lo mismo de mis negros —aseguró Olivier uniendo las manos enguantadas sobre el puño de su bastón de ácana—, son muy fieles, porque los trato bien.

Sonriendo, el capitán se torció el bigote. —Eso pensaban los otros propietarios. No se fíe tanto usted de sus negros… una cosa le dicen y otra cosa piensan.

El hacendado frunció los labios. —Para quien se presenta como un liberador, tiene usted muy mala opinión de los negros.

—Es la esclavitud. Los negros comenzarán a perder todas las mañas y resabios en cuanto sean libres.

—Ya veo que no puede esperar la hora. ¿Pero tiene que ser a costa de la única riqueza del departamento?

—Es una guerra —el capitán alzó las manos—, una causa sagrada, y amerita algo de sacrificio. Además, no se preocupe, en libertad habrá más prosperidad…

—Hablando de prosperidad —terció Atanasio, mientras ponía en la mesa dos botellas de barro y un porrón—, de la mía puedo brindar, de corazón, a los caballeros —y retornó a la habitación delantera.

Visiblemente alegre, Robredo descorchó ambas botellas.

—Miel jíbara y ron de monte, la alegría del insurrecto. ¿Y eso que huelo es café?

—Ya va, capitán, ya va el café —el guajiro reapareció en la puerta con un jarro humeante en una mano y en la otra cuatro jícaras con los correspondientes palitos de caña brava—. A gusto, sírvanse ustedes —distribuyó los cubiertos.

El capitán, su ayudante y el guajiro, cada uno mezcló en su jícara una proporción diferente de bebida y miel con agua o café. Olivier, en cambio, esperó que todos se hubieran servido miel y procedió a echar en su recipiente cuanta cabía, más una pizca de ron y agua. Revolvió con parsimonia bajo los ojos asombrados de Robredo y Atanasio; Ignacio bebió sin mostrar interés en el hacendado.

—La miel es un gran alimento, da vigor, energías —explicó el francés y se deleitó con un sorbo.

—Por eso sus negros no me venden miel —dijo Atanasio sonriendo—, usted se toma toda la que sacan. ¿Quiere más?

—No, gracias…

—Tengo más, porrones enteros.

—De verdad no, compadre Atanasio —el hacendado dio un trago largo y se relamió—. Sé que tiene mucha —guiñó un ojo—, mucha prosperidad. ¿En qué trata usted además de en miel?

—Aperos, víveres, remedios… denante la guerra. Ahora es la jamaiquina —el guajiro hizo la mímica de fumar—, tengo plantío y secadero. La bajo al poblado y los quintos la compran por mazos, para quitarse la matunguera y trancar la cagalera.

—Vea, capitán —dijo Olivier—. Sin ánimo de perjudicar a Atanasio, eso sí beneficia a España. Pone a los soldados en pie de guerra… el café no se compara.

El rubio ayudante sonrió torvamente.

—¿Paga usted impuestos, compadre Atanasio?

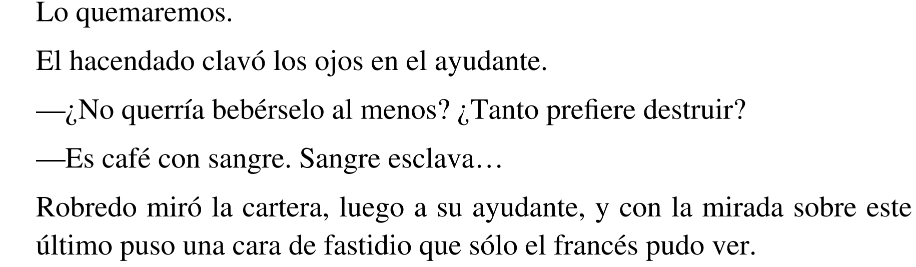
—Ni muerto —el viejo se persignó—, a España ni la sombra.

—Además, monsieur —intervino Robredo—, no crea que los intoxicados con cáñamo son buenos soldados… ojalá todos, de Don Blas al último quinto, lo fumaran. Mire, no le demos más vueltas —empujó la cartera de vuelta hacia el francés—, use esto para retirarse a la Luisiana por un tiempo, y vuelva cuando Cuba sea libre… su título de propiedad será respetado.

Olivier empujó la cartera de vuelta hacia el capitán.

—Para retirarme tranquilamente a la Luisiana —dijo en tono calmo—, necesitaría vender la cosecha que ya está recogida. Tome mis impuestos y permítame bajar la cosecha al puerto. Evitaré pagar los impuestos a España, si eso lo hace feliz, pero necesito vender mi café.

—No podemos permitirlo —dijo Ignacio—, por órdenes de los superiores.



Lo quemaremos.

El hacendado clavó los ojos en el ayudante.

—¿No querría bebérselo al menos? ¿Tanto prefiere destruir?

—Es café con sangre. Sangre esclava…

Robredo miró la cartera, luego a su ayudante, y con la mirada sobre este último puso una cara de fastidio que sólo el francés pudo ver.

—No hay más que decir —y se dirigió a Atanasio—. Compadre, un aparte… tengo unos recados familiares que darle.

—Para servirle, mi capitán —el guajiro se puso en pie—. Venga conmigo; los caballeros quedan en casa —tras sopesar las botellas y el porrón, los dejó en el centro de la mesa—. Esto alcanza. ¿Más café?

—No, gracias —Olivier sonrió—, es café con sangre, ¿no escuchó al joven?

Una mueca sardónica asomó por un instante al rostro del rubio.

—Pues a mí me sabe normal, mi capitán —aseguró amablemente el viejo mientras ponía una mano sobre el hombro del oficial—, usted me dirá cómo estaba.

—Exquisito, Atanasio —el capitán se dejó guiar por el guajiro—, no haga caso a la juventud, siempre de teatro —dijo desde la puerta del bohío, en tono suficientemente alto como para ser escuchado en el fondo.

En cuanto Atanasio y Robredo salieron del bohío, el rostro del hacendado se volvió por completo frío, inexpresivo. Se tornó hacia el joven ayudante y le dijo algo en alemán.

—Soy húngaro —respondió el rubio—, no hablo alemán.

—Decía, no creo en la casualidad —dijo Olivier—. ¿Un aventurero europeo viene a esta guerra, y se enrola en la poco gloriosa misión de merodear por cafetales desguarnecidos y requisar esclavos?

—Si le molesta mi presencia, debió haber sobornado a algún coronel español para que le situara una sección de soldados. O quizás, alquilar una pandilla de facinerosos armados.

—Mis razones para evitarme la presencia de soldadesca, mercenarios o cualquier clase de extraños —el francés golpeó la mesa con el curvo puño del bastón—, le son de sobra conocidas.

Ignacio puso su jícara con café junto a las botellas y se llevó ambas manos a los muslos.

—No sé a qué se refiere.

—Tampoco creo que sea casual que unos consejeros europeos, compatriotas suyos los llama el capitán Robredo, sugieran a los insurrectos acabar con el café en la zona.

—Disculpe, si no se explica…

—Y por último, usted hiede a ajo. ¿Acaso lo toma en desayuno, almuerzo y comida?

Las espesas cejas del joven, casi blancas, oscurecieron por efecto del extremo fruncimiento.

—Un precio pequeño por librarme de ser su desayuno, almuerzo o comida.

Olivier bajó los ojos hacia su jícara. —En una década no he tocado a una persona —se pasó el bastón a la mano izquierda y con la derecha removió la miel para volver a mezclarla con agua—. Sobrevivo con sangre de jutía, repostería local, miel y guarapo. ¿Ha probado usted el guarapo? Al anochecer, cuando me levanto, hago que me lo sirvan en una jarra que ha pasado el día dentro de un pozo… es un placer que no esclaviza tanto como ese al que he renunciado.

Bajo la mesa se escuchó un sonido metálico.

—Tiene las municiones adecuadas —susurró el joven.

Impávido, el francés alzó la vista.

—¿Intentará matarme aquí mismo?

—No soy un cazador sino un mero batidor —Ignacio negó con la cabeza —, mi trabajo es sacarlos de sus guaridas en la jungla… otros se encargarán de ustedes en las ciudades. No, el arma es sólo para mi protección.

—¿Jungla? ¿Llama usted a este monte, jungla? Usted no ha viajado mucho, ¿verdad?

—Oh, estoy seguro de que usted ha asesinado en los más exóticos parajes…

El hacendado tomó un sorbo de miel, que paladeó calmado.

—Sin hablar de ese plural, “sacarlos”… ¿recorrerá todo Guantánamo en busca de ese plural?

—No es algo que le diría a usted, ¿no cree?

—Si yo quisiera —Olivier depositó la jícara y se inclinó hacia adelante—, le extraería cuanta información deseara… es usted, claramente, un novato. No haga alardes. Pregúntese, más bien, por qué enviaron a un imberbe de

batidor… ¿es así como se ve usted, un batidor? Qué cinegético. Ah, el capitán Robredo lo dijo… la juventud es teatral.

El joven enrojeció, pero al instante su expresión volvió a ser suficiente, desfachatada, sarcástica.

—Sabe usted —continuó Olivier, reclinándose atrás—, si aún pudiera sentir esas emociones físicas, estaría furioso con usted por haberme acorralado —y llevó la derecha al puño del bastón, que descansaba sobre el muslo izquierdo—, mas por cuestión de principios, seré rápido, misericordioso, y sobre todo, limpio…

De pronto el joven dio un respingo, cambió la sonrisa por una mueca de dolor, y siguió con ojos atónitos el arqueado brazo del francés: hombro, codo, mano, estoque, punta manchada de sangre. Perplejo, el joven se llevó la izquierda al cuello y se palpó un tajo burbujeante a milímetros de la tráquea.

—Fallé la garganta —musitó el hacendado—. Disculpe usted, estoy fuera de práctica.

La crispación del hombro derecho del joven fue seguida por un disparo.

Sobre la mesa cayó sangre con tanta fuerza y profusión que varios chorros alcanzaron la jícara del joven, removiéndola, y algunos incluso llegaron a la pechera de Olivier, quien ahora estaba en pie a la derecha del taburete, inclinado sobre la mesa, sosteniendo el estoque. La hoja atravesaba el cuello de Ignacio y los estertores de este la hacían estremecer, pero la mano del hacendado mantenía la empuñadura tan firme como la punta del arma, enterrada en el horcón de la pared, tras el agonizante.

Detrás y a la derecha del francés un saco se vaciaba de frijoles.

El hacendado no vio el último aliento del joven, absorto en la jícara llena con sangre y café, en las voluptuosas espiras de vapor que la mezcla indistinguible de líquidos liberaba contra el aire fresco de la noche. Entonces se escuchó otro disparo, y el hacendado se contrajo hacia delante, como huyendo del redondel carmesí aparecido de repente en su espalda.

Fluido, en un solo movimiento continuo, el francés extrajo el estoque, apartó la mesa, se dio vuelta, y antes de que las jícaras, chismosa y demás tocaran al suelo, llegó hasta la salida del bohío, donde Robredo apenas alcanzaba a apretar el gatillo para el segundo disparo, inocuo, que sólo salió del arma cuando el acero ya estaba entre sus pasmados ojos.

Los cuerpos del ayudante y el capitán cayeron al unísono.

Fuera del bohío se escuchaban gritos de dolor mezclados con el sordo

machacar de hierro contra hueso. El hacendado aguzó el oído mientras limpiaba el estoque contra unos atados de tabaco seco en rama, y tras unos segundos más de atención, envainó el arma y salió.

En el firme, doce recién llegados macheteaban a los hombres del capitán Robredo. A excepción de las fajas amarillas y negras cruzadas sobre los torsos, casi no se diferenciaban en aspecto o vestimenta de sus víctimas. Estos últimos, marcadamente aletargados, no hacían sino arrastrarse como lombrices para intentar rehuir los golpes, en vano.

Olivier caminó hacia el centro de la explanada, observando a su paso cuerpos tajados, chorreantes, vivos aún. El suelo del firme, compacto, pedregoso, absorbía mal la sangre, y esta corría, hacía charcos, se empozaba, reluciente a la luz de la luna. El francés puso cuidado en evitarla. Caminaba impertérrito, pero sus labios y las aletas de su nariz tenían leves estremecimientos.

Uno de los doce, un hombre maduro cargado de amuletos, collares, pulseras, se acercó al hacendado. Llevaba, además del machete, un hachón encendido.

—Nenguno se libró, su mercé —informó a la vez que hacía un arco amplio con la antorcha—, el mejunje en la comida los endurmió fuerte, fuerte.

—¿Atanasio? —preguntó el hacendado.

—El viejo tiene pata de vejigo, su mercé. Cogió monte como el venado de la Virgen.

Olivier aspiró fuerte, y echó a andar hacia la espesura, pendiente arriba. El esclavo lo acompañó sin decir palabra; ambos fueron seguidos por once miradas de miedo reverente.

—Llevaremos el café a Guantánamo —dijo Olivier en cuanto entraron al monte—y allá les daré papeles de libertad.

El negro caviló por unos segundos.

—Muy viejo para meterme a poblano, su mercé.

—Pueden volver todos al cafetal, y me lo cuidan —el francés se detuvo y venteó la noche—. Te haré un poder para que no te molesten. No te aconsejo cultivar café… —y señaló con una mano.

El esclavo se adelantó para cortar el ramaje con su machete. De la hoja, blandida una y otra vez, se desprendieron varias gotas de sangre mezclada con savia, que cayeron en el rostro de Olivier.

—Su mercé recuerda la promesa —dijo el esclavo sin dejar de abrir paso

—, mi nieto Joaquín.

—Si hago eso él tendrá que marcharse conmigo, Tobías —el hacendado se pasó una mano por la cara con gran cuidado—, y quizás no lo veas más.

—Mejor así, su mercé, si se me muere es peor, y mis hierbas no lo salvan.

Llegaron a un claro de pocos metros de diámetro, cerrado por un farallón en el lado opuesto al de su entrada. El suelo estaba cubierto de hojarasca revuelta, ramas podridas dispersas, y bajo todo eso, varias yaguas secas. Alzando la vista, el francés descubrió copas de algarrobos y un seibo. Avanzó entonces, cautamente, y tanteó con la contera el lecho vegetal: varias de las yaguas cedieron. Tobías se acercó, tomó un extremo, tiró hasta que quedaron expuestas las lajas de un brocal a ras de tierra.

La luna, a plomo sobre el pozo seco, puso brillo en el cañón de un rifle.

—¡Viva Cuba libre! —retumbó por todo el claro, como en una caverna.

El hacendado colgó el puño del bastón en el antebrazo de Tobías.

—No mezcle las cosas —dijo asomándose a la boca del pozo—, compadre Atanasio —y se lanzó.

Tobías apartó la vista y el hachón.

Juan Pablo Noroña Lamas nació en La Habana, Cuba, en 1973. Redactor-corrector de la emisora Radio Reloj. Es Licenciado en Filología. Obras publicadas: un cuento en la antología “Reino Eterno”, Letras Cubanas, 2000; varias colaboraciones en el fazine de literatura fantástica MINATURA. *Hermano cósmico* en LA GUAYABA MECÁNICA. Premios y menciones recibidos: 1er. Premio Concurso de Cuento Breve “Media-Vuelta”, finalista Concurso “Dragón”, Cubaficción 2001. Activo participante en las discusiones del Club de Lectura Ucronia.

Aunque ya pasó bastante tiempo desde su última aparición, Juan Pablo ha colaborado con cuentos de muy variada temática, estilo y tono, siendo uno de los abanderados dentro de una importante participación de autores cubanos dentro de la revista. De su autoría contamos con HIELO, INVITACIÓN, OBRA MAESTRA, TODOS LOS BOUTROS VERSUS TODOS LOS HEDREN, BRECHA EN EL MERCADO, PROYECTO CHANCHA BONITA, QUIMERA, NÁUFRAGOS, PAREJA, HOGUERAS, SHIFT, CEPAS, LOS SOÑADORES DE KALIRIA, EL SEXO DE LOS ÁNGELES, DE PIE PARA EL HIMNO, EL PRÍNCIPE DE LOS ESPÍRITUS, HOMBRE CON OSCURIDAD, MAESTRO, HAGIOGRAFÍA, GEORGE Y GABRIEL, CHOCOLATE HEIST, EL CAPITÁN, EL PILOTO Y LA SIRENA, LA FUNDACIÓN (en *Cuenta Regresiva I*), VEINTE ESPADAS y ACOSADORES (en *Cuenta Regresiva II*).

Axxón 213 - diciembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Terror : Vampiros : Cuba : Cubano).

Editorial - Axxón 213



Otro año... muchos años. Hay un tiempo implícito en las cosas. ¿Cuánto tiempo se espera a que un árbol crezca hasta la altura que le corresponde, hasta que se lo considere un árbol completo y pleno? ¿Cuánto tiempo esperamos hasta que una persona se forme, aprenda, se establezca, se afirme, asuma plenamente las responsabilidades y pueda llevarlas adelante?

¿Cuánto tiempo necesita una obra, el proyecto de, por dar un ejemplo, una entidad dedicada a lo artístico y cultural, cualquier revista, no la mía, pero la mía también, para que se la considere firme, exitosa, establecida?

¿Cuánto tiempo necesita un autor para llegar al logro de escribir su novela, **la** novela de su vida, y cuánto tiempo hace falta para que ésta llegue a la gente y se la aprecie como ese autor esperaba?

Puedo continuar sin fin con los ejemplos, con las esperanzas de una mujer que cría sus hijos lo mejor que puede y desea verlos felices, plenos e independientes; con quien cuida su jardín para hacerlo hermoso; con quien construye un edificio, o un barrio, con ánimo de hacer algo arquitectónicamente valuable; con quien

junta dinero muchos, muchos años para alcanzar a tener un bien muy preciado; con quien participa de una entidad que pretende hacer el bien, ayudar a los demás; con quien canta, o baila, o compone, y espera encontrarse con un público que lo aplauda —por fin— con entusiasmo y emoción; con quien desea ser el goleador —aunque sea una vez— que haga delirar a miles de personas; con quien quiere poner en un cuadro el rostro de una persona, o un paisaje, que ama, y que eso perdure para siempre.

Podría continuar sin fin.

Es una forma de resumir cómo somos los humanos, una entidad palpitante donde vive un equilibrio entre lo que tenemos, y podemos disfrutar cada día, con lo que nos falta, nuestras esperanzas, sueños, deseos y expectativas a cumplir, a veces lejanas, a veces cercanas, a veces… dolorosamente… imposibles.

No soy afecto a los saludos hechos, a las tarjetas de navidad o de fin de año o de cumpleaños que salen de una máquina por miles; no soy afecto a las frases hechas. Pero siento como todos, amo a muchas personas que han hecho mucho bien a mi vida, que me han demostrado que me quieren, que han demostrado ser personas excelentes, esforzadas, éticas, fieles, sensibles, luchadoras y también, cómo no, con un dolor similar en su interior, porque esto es lo que hace nuestra naturaleza, esperanzada y deseosa de tantas cosas que no se han logrado, que nos hacen falta.

Por eso mi frase podrá ser una frase hecha, pero la acompañé con todo lo que está arriba. Quizás hay muchas cosas para leer allí, para interpretar, y las personas sensibles y que han cruzado el círculo de la individualidad de uno para encontrarse con lo que uno es, sabrán encontrarlas.

Deseo con todas mis fuerzas que logren por fin este año, y todos los años, lo que desean, lo que han deseado tanto. Que se sientan plenos. Que la vida reconozca lo que hacen, que sus esfuerzos tengan frutos, y que este año que llega los premie con felicidad y tranquilidad.

Feliz año nuevo a todos.



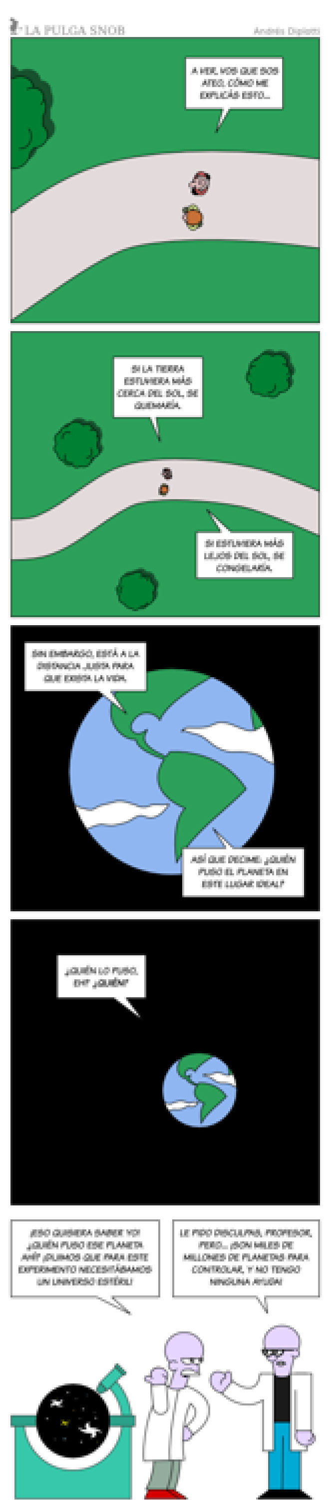
Eduardo J. Carletti, diciembre de 2010

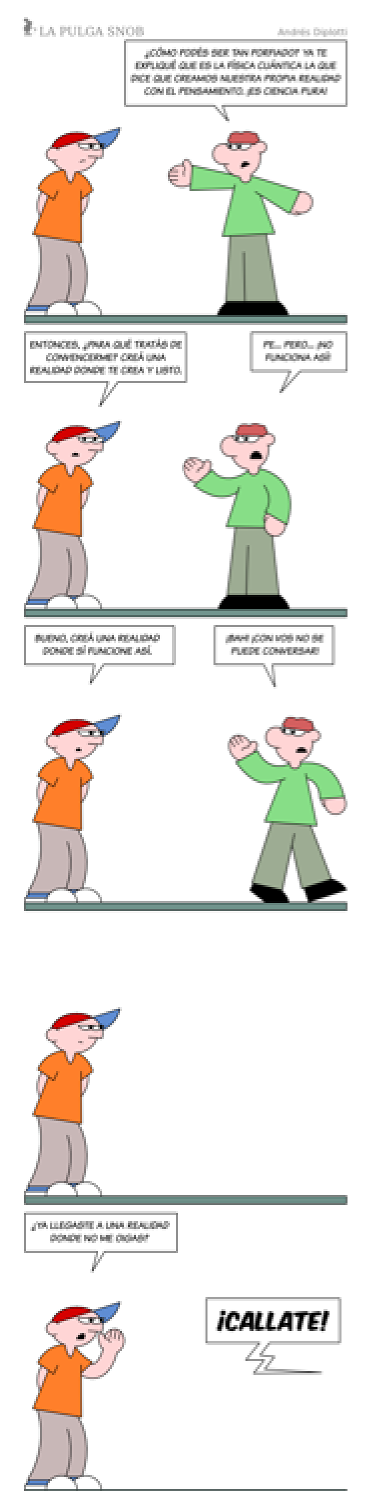
Mensajes al Editor: ecarletti@axxon.com.ar

La pulga snob (2)

de Andrés Diplotti

Ocurrencias aleatorias sobre vida cotidiana, religión, ciencia, política y muchos temas más, atrapadas en pixeles para que no vayan haciendo daño por el mundo, por Otis.


LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
A VER, VOS QUE SOS ATEO, CÓMO ME EXPLICÁS ESTO...
SI LA TIERRA ESTUVIERA MÁS CERCA DEL SOL, SE QUEMARÍA.
SI ESTUVIERA MÁS LEJOS DEL SOL, SE CONGELARÍA.
SIN EMBARGO, ESTÁ A LA DISTANCIA JUSTA PARA QUE EXISTA LA VIDA.
ASÍ QUE DECIME, ¿QUIÉN PUSO EL PLANETA EN ESTE LUGAR IDEAL?
¿QUIÉN LO PUSO, EH? ¿QUIÉN?
¡ESO QUISIERA SABER YO! ¿QUIÉN PUSO ESE PLANETA AHÍ? ¡DIJIMOS QUE PARA ESTE EXPERIMENTO NECESITÁBAMOS UN UNIVERSO ESTÉRIL!
LE PIDO DISCULPAS, PROFESOR, PERO... ¡SON MILES DE MILLONES DE PLANETAS PARA CONTROLAR, Y NO TENGO NINGUNA AYUDA!
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com


LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
¿CÓMO PODÉS SER TAN PORFIADO? YA TE EXPLIQUÉ QUE ES LA FÍSICA CUÁNTICA LA QUE DICE QUE CREAMOS NUESTRA PROPIA REALIDAD CON EL PENSAMIENTO. ¡ES CIENCIA PURA!
ENTONCES, ¿PARA QUÉ TRATÁS DE CONVENCERME? CREÁ UNA REALIDAD DONDE TE CREA Y LISTO.
PE... PERO... ¡NO FUNCIONA ASÍ!
BUENO, CREÁ UNA REALIDAD DONDE SÍ FUNCIONE ASÍ.
¡BAH! ¡CON VOS NO SE PUEDE CONVERSAR!
¿YA LLEGASTE A UNA REALIDAD DONDE NO ME OIGAS?
¡CALLATE!
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com

¿Vio alguna vez una nave espacial extraterrestre?

Sí
No

¿Vio alguna vez un objeto volador no identificado?

Sí
No

¿Vio alguna vez luces extrañas en el cielo?

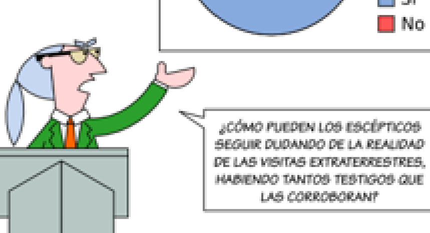
Sí
No

¿Vio alguna vez algo raro al mirar hacia arriba?

Sí
No

Personas que han tenido un avistamiento

Sí
No

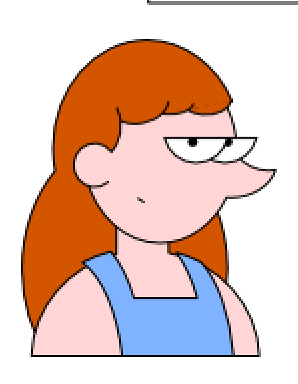


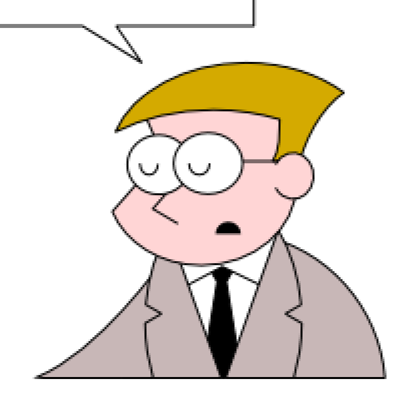

LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
HE DESCUBIERTO LA CAUSA DE LOS FENÓMENOS EXTRAÑOS.
SU CASA ESTÁ EMBRUJADA PORQUE FUE CONSTRUIDA SOBRE UN ANTIGUO CEMENTERIO.
¿EH?
¡OIGA, LO LLAMÉ PARA QUE ME DIERA UNA EXPLICACIÓN CIENTÍFICA, NO PARA QUE ME VENGA CON ESTAS PAPARRUCHADAS!
SU CASA ESTÁ IMPREGNADA A NIVEL CUÁNTICO POR UNA MANIFESTACIÓN DE ENERGÍA PSÍQUICA QUE EMANA DE UN FOCO INTERDIMENSIONAL UBICADO EN EL CEMENTERIO QUE ESTÁ BAJO LOS CIMIENTOS.
¡OOOOH! ¿Y HAY VIBRACIONES?
¡MUCHAS!
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com


LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
¿CÓMO QUE TIENEN VARIAS VIDAS PARA INTENTAR HACER LAS COSAS BIEN?
¿CÓMO QUE ALCANZAN LA TRASCENDENCIA DESPUÉS DE UNA SOLA VIDA?
¡YO QUIERO ESO!
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com



Andrés Diplotti



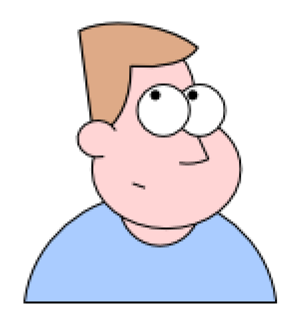


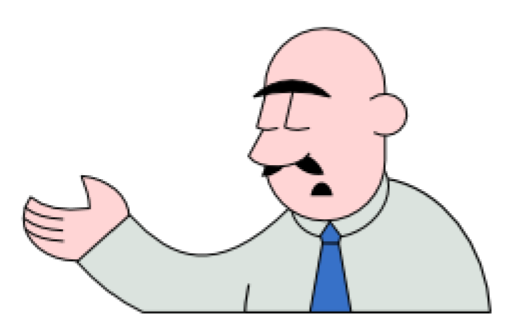




lapulgasnob.blogspot.com

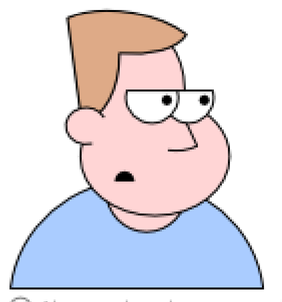
SUPONGA QUE HAY UNA BOMBA ESCONDIDA EN UN HOSPITAL Y LA POLICÍA ATRAPA A UNO DE LOS RESPONSABLES. ¿NO ESTARÍA JUSTIFICADO USAR TORTURA PARA HACERLO REVELAR LA UBICACIÓN DEL ARTEFACTO Y SALVAR VIDAS INOCENTES?

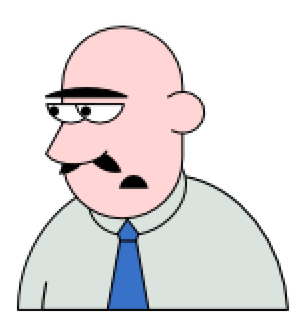




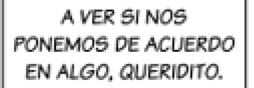
SUPONGA QUE LOS RESPONSABLES DICEN QUE VAN A DESACTIVAR LA BOMBA POR CONTROL REMOTO SI LO TORTURAN A USTED.

YA EMPEZAMOS CON LAS SUPOSICIONES ABSURDAS.

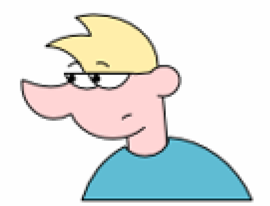








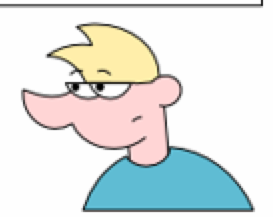




ENTIENDO MUY BIEN TODO LO QUE ME DECÍS DE LA "EVIDENCIA" Y EL "MÉTODO CIENTÍFICO".

PERO LO QUE YO SÉ ES QUE LAS ENSEÑANZAS DEL GURÚ SANALACHANKLA SOBRE LA NATURALEZA DEL UNIVERSO Y DEL SER ME HAN CONVERTIDO EN UNA PERSONA SERENA Y ECUÁNIME, CON UNA GRAN PAZ ESPIRITUAL.



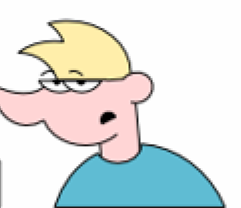


¡Y NO PIENSO PERMITIR QUE ALGUIEN QUE NO TIENE LA MENOR IDEA DEL TEMA VENGA A DECIRME QUE ESTÁN EQUIVOCADAS!









SEA E EL CONJUNTO DE TODO LO QUE EXISTE. SI DIOS EXISTE, ES UN ELEMENTO DE E. SABEMOS QUE E TIENE MUCHOS OTROS ELEMENTOS; LUEGO, E ES MAYOR QUE DIOS..

POR LO TANTO, SI DIOS EXISTE, NO ES LO MÁS GRANDE.

NO PIERDA EL SUEÑO POR ESTO, HERMANO AMBROSIO. A FIN DE CUENTAS, LA TEORÍA DE CONJUNTOS ES SÓLO UNA TEORÍA.

$\forall x / \exists x, x \in E$

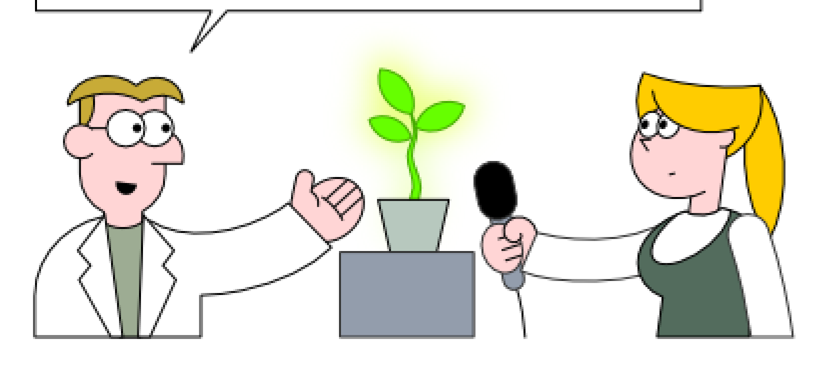
$\exists \triangle \Rightarrow \triangle \in E \Rightarrow \{\triangle\} \subset E$

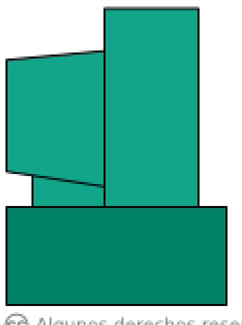
$E - \{\triangle\} \neq \emptyset$

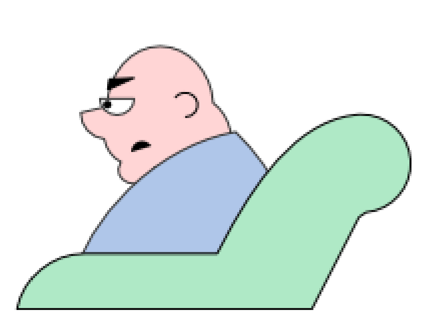
$E > \{\triangle\}$



Andrés Diplotti










GENERAL, UNO DE NUESTROS AVIONES ESPÍA AUTOMÁTICOS SE ESTRELLÓ CERCA DE UN ÁREA POBLADA. ENVIAMOS UN EQUIPO A RECUPERARLO, PERO ME TEMO QUE LA CONFIDENCIALIDAD DE LA OPERACIÓN QUEDARÁ COMPROMETIDA.
TRANQUILO. TENEMOS TODO BAJO CONTROL.


SI LO QUE QUE CAYÓ NO ES UN OVNI, ¿POR QUÉ INTERVINO EL EJÉRCITO? ¿POR QUÉ SE LLEVARON LOS RESTOS ANTES DE QUE ALGUIEN PUDIERA EXAMINARLOS? ¡NO ESTÁN OCULTANDO LA RESPUESTA A UNO DE LOS MAYORES ENIGMAS DE LA HISTORIA!
ES BUENO. ¿CUÁNTO LE ESTAMOS PAGANDO?
NADA. NI SIQUIERA SABE QUE TRABAJA PARA NOSOTROS.

LA PULGA SNOB

Andrés Diplotti



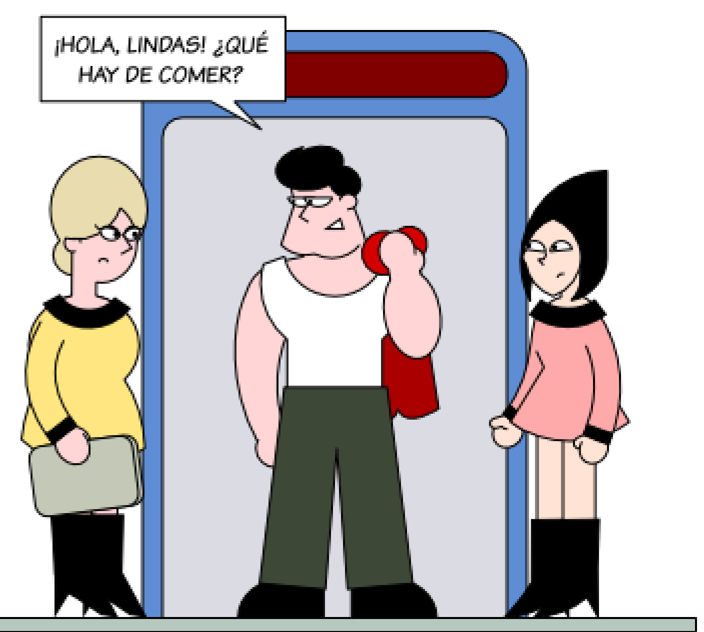


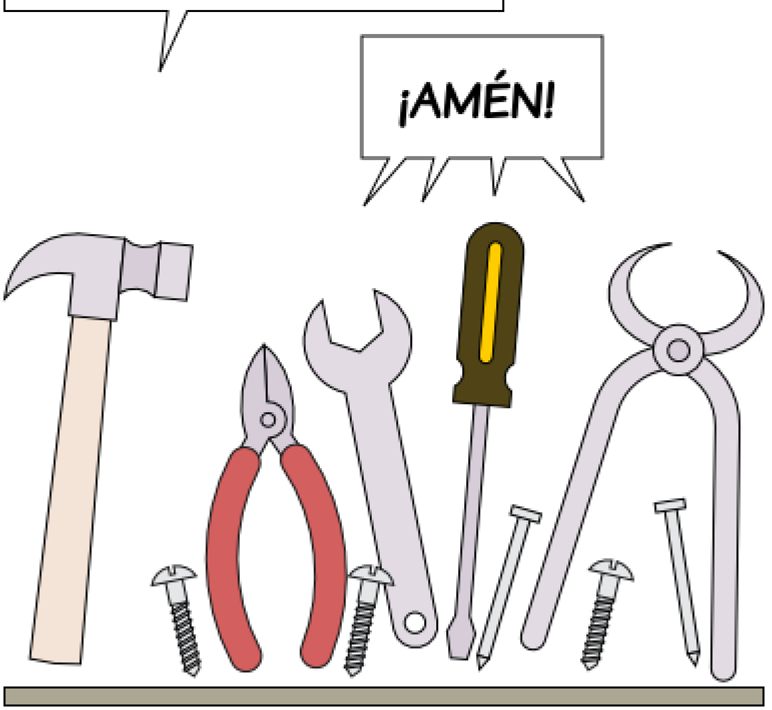
lapulgasnob.blogspot.com

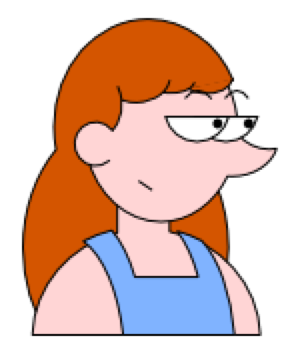

LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
¿SEGURO QUE ESE OMNIDETECTOR SUYO ES TECNOLOGÍA AVANZADA? A MÍ NO ME PARECE.
¡POR SUPUESTO! ¿CONOCE LA TERCERA LEY DE CLARKE? "TODA TECNOLOGÍA SUFICIENTEMENTE AVANZADA ES INDISTINGUIBLE DE LA MAGIA".
AJÁ. ¿Y?
BUENO, LA MAGIA NO FUNCIONA, ¡Y MI OMNIDETECTOR TAMPOCO! ¡ES TECNOLOGÍA AVANZADÍSIMA!
¡FANTÁSTICO! ¡DEME DIEZ!
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com

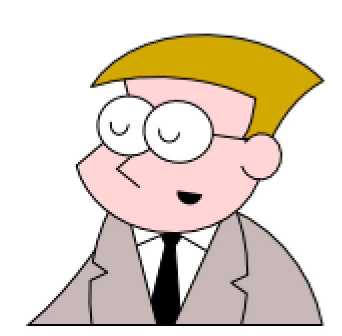
[image]


EL NUEVO TRIPULANTE VIENE DE UNA CULTURA DONDE REPRIMEN SUS EMOCIONES Y SU IMPULSO SEXUAL LOS LLEVA A BROTES DE IRRACIONALIDAD.
TELETRANSPORTE
¡FASCINANTE!


¡HOLA, LINDAS! ¿QUÉ HAY DE COMER?


¡HEMOS SIDO CREADOS CON UN PROPÓSITO! ¡ESO HACE QUE SEAMOS CRIATURAS DOTADAS DE DIGNIDAD Y NO MERAS COSAS QUE SE PUEDEN REEMPLAZAR!
¡AMÉN!


MIRALO DE ESTA MANERA.
DESPUÉS DE LA MUERTE, UN ATEO PUEDE DECIR "YO ESTABA EQUIVOCADO", PERO NUNCA "YO TENÍA RAZÓN".


UN CREYENTE, EN CAMBIO, PUEDE DECIR "YO TENÍA RAZÓN", ¡PERO NUNCA "YO ESTABA EQUIVOCADO"!


QUE PASE EL QUE SIGUE.
ESTABA EQUIVOCADO.


LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
PUESTO QUE YO TE HE DISEÑADO, HABRÁS DE REGIRTE POR ESTAS LEYES QUE TE DARÉ...


QUINTA LEY: UN HOMBRE NO DEBE MATAR A OTRO HOMBRE, SALVO QUE ESTO CONTRADIGA LAS LEYES PRIMERA A CUARTA.
SEXTA LEY...
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com


LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
HMM... ESTO DE LOS BLOGS PARECE BUENO PARA DAR A CONOCER LO QUE HAGO.
HMM... ESTO PARECE BUENO PARA PONER EN MI BLOG.


QUIERO AGRADECER A MIS LECTORES POR HABER HECHO ESTO POSIBLE...
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com



LA PULGA SNOB

Andrés Diplotti

SEÑOR, VISTO EL ENSAÑAMIENTO DE QUE HA VENIDO SIENDO OBJETO, EL EQUIPO TÉCNICO HA DESARROLLADO ESTE BLINDAJE DE CINCO CAPAS, DISEÑADO PARA DETENER LAS BLASFEMIAS DE TODO CALIBRE.

Exigencia de respeto

Contraargumentos

Demandas judiciales

Presión a legisladores

Violencia

¡EXCELENTE! ENVÍEN LAS ESPECIFICACIONES ALLÁ ABAJO DE INMEDIATO.

lapulgasnob.blogspot.com


LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
MALAS NOTICIAS, JEFE. UN GRUPO DE DEFENSA DEL CONSUMIDOR DICE QUE LES PONEMOS COSAS A NUESTROS CIGARRILLOS PARA HACERLOS ADICTIVOS.
¿OTRA VEZ? ¿AHORA QUÉ DICEN QUE LES PONEMOS?
TABACO.
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com

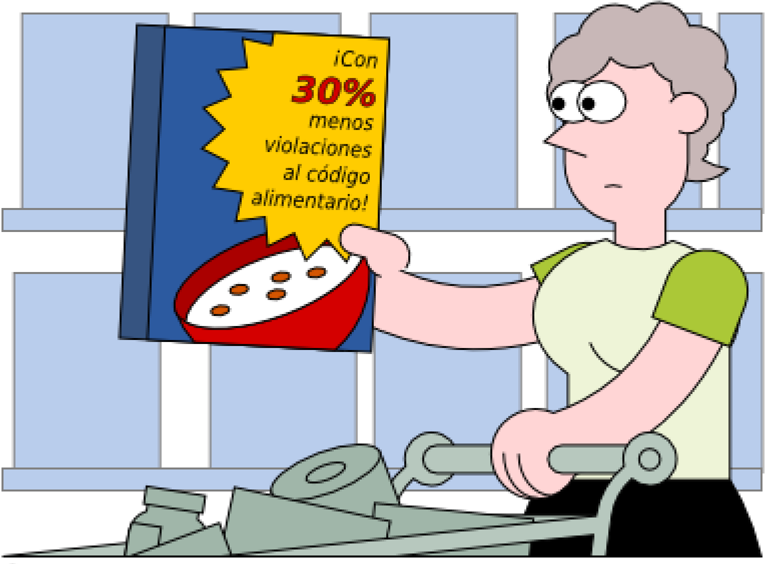


Andrés Diplotti

EN ALGÚN LUGAR SOBRE
NUEVO MÉXICO, ESTADOS UNIDOS.
JULIO DE 1947.

¡TODO LISTO PARA LA PRUEBA DE CHOQUE! ¡DESPEJEN EL ÁREA!


EN EFECTO, ESTÁBAMOS TRATANDO DE CREAR GENÉTICAMENTE UN *HOMO MATHEMATICUS*, UN SER HUMANO CON UNA COMPRENSIÓN INTUITUVA DEL AZAR Y LAS PROBABILIDADES. PERO HUBO QUIENES DIJERON QUE NUESTRO TRABAJO ERA INMORAL Y NOS HICIERON CLAUSURAR.
¿AGRUPACIONES RELIGIOSAS? ¿ORGANIZACIONES DE DERECHOS HUMANOS?
VENDEDORES DE LOTERÍA.


¡Con
30%
menos
violaciones
al código
alimentario!


ERROR: Usted ha sido baneado de forma permanente.
BUENO, YA ERA EXTRAÑO QUE TARDARAN TANTO.


LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
NO SÉ POR QUÉ, PERO MI DESPERTADOR RESPETUOSO CON EL USUARIO NUNCA FUNCIONÓ COMERCIALMENTE.
EL MUNDO NO ESTÁ LISTO PARA ALGO ASÍ
Son las 7:00. ¿Desea que suene la alarma?
Sí
No
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com


LA PULGA SNOB
Andrés Diplotti
... Y SI REPRODUCIMOS LA PSICOFONÍA AL REVÉS, SE OYEN GRAVÍSIMAS E INTOLERABLES INJURIAS CONTRA LA VIRGEN.
¡QUÉ BARBARIDAD!
¡EXIGIMOS UNA REPARACIÓN!
1er Simposio de Parapsicólogos Católicos
Algunos derechos reservados
lapulgasnob.blogspot.com

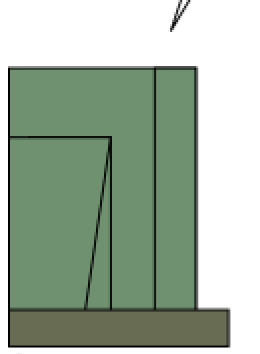


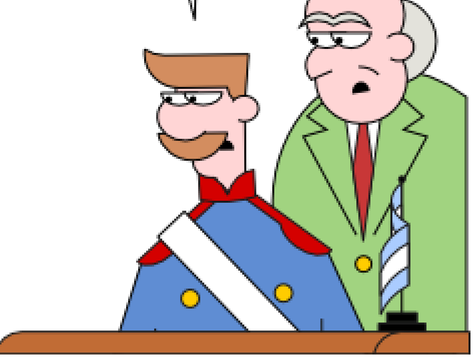
Andrés Diplotti



LA PULGA SNOB

Andrés Diplotti





lapulgasnob.blogspot.com

LA PULGA SNOB

Andrés Diplotti



lapulgasnob.blogspot.com



Andrés Diplotti, Otis Dill, o simplemente Otis (y eso si no queremos nombrar a la enorme cantidad de personajes que pueden ocultarse en su sección "Anacrónicas" en Axxón) parece ser un muchacho tímido, rubicundo, y la última vez que lo vi barbudo, que podría pasar desapercibido en cualquier reunión. Y, sin embargo, tras su disfraz de diseñador gráfico se esconde un imaginativo e ingenioso creador de humor filoso y desternillante, digno de estar invitado a nuestras fiestas. Este rosarino nacido en febrero de 1978 hoy vive en la ciudad de Pergamino, provincia de Buenos Aires, y ha publicado una larga serie de cuentos en Axxón y otros medios. También mantiene un blog, Pez Diablo, el que nadie puede perderse. Para más datos sobre Andrés, ver su entrada en la Enciclopedia de la Ciencia Ficción y Fantasía Argentina.

Estas tiras de humor que Andrés produce periódicamente se pueden disfrutar en su página en Facebook.

Preparando a los muertos

Pilar Alberdi

**ESPAÑA**

Se sintió tranquilo cuando le dijeron que esa noche no debía acudir a preparar a los muertos. ¡Por fin una noche que podría salir con los amigos! Los encontraría en la Taberna del Oso Azul, disfrazados de gentes de otras épocas, beberían hasta ver caer las viejas jarras de cerámica extranjera y a continuación sus propias cabezas sobre ellas, y que no viniese el profesor Mercurio con sus ideas locas de que «lo que está ocurriendo afuera nos preocupa a todos». ¿A quién le interesa saber lo que está ocurriendo afuera? ¿Quién vive afuera? Ellos estaban bien ahí abajo. Como canicas en un hoyo, como hormigas en el hormiguero, como lombrices comiendo y excretando tierra, como babosas… Así vivían, con luz artificial, yendo de un lado a otro acompañando a las horadadoras, abriendo túneles y desapareciendo por ellos camino a otro lugar. Y también estaban todos esos androides llenos de barro y agua hasta la cabeza, y no menos sucios que sus propios capataces, recordándoles que fuera, en alguna parte, acaso en algún extraño edificio o viajando por el cosmos, estaban los robots Violent Cara Cobra, y que vendrían a por ellos y los harían papilla como no se comportasen y rindiesen en el trabajo.

—Dicen que a los últimos muertos los encontraron a orillas del Mar Violeta. ¿A quién le importa? Los anteriores los hallaron en Cabeza de Perro, esa montaña tosca y de piedras hurañas que cae al borde del gran precipicio.

—¿Allí donde estuvieron las antiguas ciudades?

—Sí, señor. Las inmundas y asquerosas ciudades. Así las llamaban al final… También las llamaron las solitarias ciudades, las peligrosas… Sí. Y ahora sólo están, bueno, para qué decirlo… Esas… copias.

—¿Copias?

—Copias, sí. Y mañana, ¿dónde las levantarán mañana? —El hombre dejó de preparar unas maderas con las que parecía querer dar forma a un cuadrado. A continuación se pasó el dorso de la mano por la sudorosa y oscura frente y luego se la limpió en el pantalón—. ¿De qué sirve

preguntarse eso? Aquí, bajo tierra, todo es humedad y muerte. Como babosas, chico, que no somos más que babosas apestosas, resbalosas y frías. Al menos tan frías como los robots Violent Cara Cobra.

—¿Has visto uno alguna vez?

—¿Qué?

—Un Cara Cobra.

—No. El día que yo vea uno será porque… —Hizo el gesto de cortar el cuello. — Ya sabes. Puro metal y como te roce o levante su manaza sobre ti…

—¡Vaya! Entonces, ¿no has visto uno en toda tu vida?

—Ni creo que tú los veas. Pero si los ves, malo. Serán tus últimos instantes, seguro. —Luego dijo, como si estuviera solo. —Mira éste, queriendo ver un Cara Cobra… Lo último que uno querría ver en la vida, un Cara Cobra. —El chico lo miró inquieto. —¡Venga! A trabajar, muchacho… —El hombre tenía ante sí unos cuerpos. —Estos siempre tropiezan antes de llegar acá —se dijo, mirándoles los moretones y rasguños.

El joven evitó mirarlo a los ojos. Estaba acostumbrado a escuchar y callar. Llamar a eso «tropezar»… Sólo era un eufemismo.

El viejo prosiguió con su apestosa perorata.

—Aquí a los indeseables, a los «orilleros» como se los llama también, se los va echando poco a poco, del fondo de la tierra a la superficie, y al final se reúnen en grupos y, al hacerse más visibles cerca de las antiguas ciudades, son más fáciles de capturar. Dicen que entre esas bandas andan algunos disidentes que hablan mal de los Cara Cobra. Los que opinan que es posible otra clase de mundo. Si te digo la verdad, yo no sé si eso es posible, no conozco otra forma de vivir que ésta, bajo tierra, en los túneles, lejos de las altas radiaciones.

—Como ratas —dijo el chico.

—De acuerdo, como ratas. Pero estas ratitas —sonrió pícaramente— van a ir esta noche a la Taberna Azul. Y el que quiera opinar que opine, yo me callo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el chico.

—Que allí los Cara Cobra, es decir, donde estén, y por acá el resto. Unos vivos, otros muertos… Así de simple. ¿Acaso no es uno el que elige? Yo te digo, chico, que estos eligieron mal. Por eso están en esa pila de cadáveres.

—Pero los Cara Cobra no estarán aquí hasta el último día de vida. Si es que viven, porque hay gente que dice que nunca los vio.

—Por supuesto que sí. Toda la mía, la tuya y la de los demás. Puede que falte comida pero componentes para sus sistemas, de eso tienen, y, además, los producen constantemente. Es probable que en este momento estén preparando miles de nuevos Cara Cobra.

—Pero entre nosotros ya casi no nace gente.

—Así es. Pero ellos son otra cosa. A veces se ven salir sus naves. Surcan el cielo. Vete a saber adónde van.

El muchacho miró al viejo. Siempre estaba hablando. Charloteando de ésto y lo otro, cosas superficiales… ¿Y para qué? Si al final no sabía nada de nada, y ni siquiera había visto un Cara Cobra en toda su vida.

Por detrás suyo, en el sector norte, un ruido los sobresaltó. Se abrió una puerta y una brisa fría entró y rozó sus espaldas.

—¡Ah!Ya están aquí —dijo el viejo, asustado. Pero en cuanto los vio, se corrigió—. ¡Bah, son esos! —y se apresuró a cerrar una cortina.

Una vocecita con cara de tortuga y orejas de fauno, vestida con un abrigo largo, apareció arrastrando tras de sí un grupo de niños. Otra cara de tortuga más allá hacía lo mismo con otro grupo. Avanzaban en dos filas.

—¿Adónde van?

—Como se nota que eres nuevo aquí, chico. ¿Es que nunca vas a dejar de hacer preguntas? Van a los miradores. Allí…

El joven miró hacia donde le indicaba el viejo. Dos grandes rectángulos cubiertos de unas láminas de metal que comenzaban a abrir.

Se oyeron gritos de admiración. Luego los niños rodearon a los jefes tortuga para escuchar mejor la historia de los miradores. Esa especie extraña de elfos con nariz arrugada y pequeña chivita de unos pocos pelos ralos en el mentón sabía contar historias.

—Escuchad, niños, hijos de los dirigentes. Estos son los Miradores del Cielo. Los crearon los primeros que abandonaron las viejas ciudades. Allí vivieron los padres de vuestros padres.

—Vete a saber qué cuento les están metiendo —dijo el viejo al chico, mientras golpeaba un par de clavos con el martillo intentando armar una especie de caja en la que podía caber una persona en cuclillas.

—Suena muy poético lo que dicen…—afirmó el chico.

—¡Ya! Miradores del Cielo… Pero ¿no ves que son niños?

—¿Y?

—¿Cómo «y»? A los niños se los engaña… Ya sabes que los que estamos en los túneles no tendremos hijos pero esos son los hijos de los dirigentes… ¿Crees que les contarán la verdad algún día? Jamás.

El joven tragó saliva. No había pensado mucho en eso de que nunca tendría hijos… No había llegado a preocuparle. Ahora miraba con más atención a los niños. Tenían pocas ocasiones de verlos. Tan frágiles, tan dóciles… Miró la ropa de los guías. ¿Dónde he visto yo algo parecido? ¡Ya recuerdo! Parecen conserjes de hotel. El largo abrigo, el porte, las charreteras… El báculo. Dicen que dentro de él llevan una serpiente. Y mira: esa absurda luz que llevan en una linterna. Para ellos es una distinción. Por eso, muchas veces se los nombra como «Los portadores de la luz».

De repente, uno de los niños que los estaba observando rompió la fila del grupo y se acercó a ellos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó, curioso.

—Cajas — contestó el viejo.

—¿Para qué?

—Buena pregunta.

—¿Para qué? —volvió a insistir el niño.

A lo lejos, el jefe tortuga del Grupo Expedicionario 1 se había puesto nervioso y le pedía con gestos de las manos que volviese.

El otro guía tortuga, mientras tanto, continuaba con las explicaciones al Grupo 2 sobre los Miradores del Cielo.

—Los padres de vuestros padres vivieron allí. Ríos azules cruzaban verdes praderas. Cerca de ellas había grandes ciudades…

—¿Usted también ha estado allí? —preguntó una niña.

—No. Pero los padres de mis padres cuentan que así fue.

—¿Y qué había en las grandes ciudades?

—Personas.

—¿Como esas que están ahí?

—Sí, como vuestros padres…

El otro cara de tortuga dijo a su grupo:

—Antes volaban por el cielo pájaros con plumas. —Los niños rieron después de preguntar qué eran plumas. —Sí, pájaros con plumas y…

pájaros de metal —aseguró el hombrecito, pero de estos últimos sí tenían alguna idea los niños por las naves que les habían dicho que utilizaban los Cara Cobra y de las que les habían enseñado muchas ilustraciones en las que podía apreciarse una avanzada tecnología. Para eso estaban los colegios, para enseñar las cosas útiles.

De repente sonó la alarma en los relojes, y los jefes tortuga comenzaron a reunir a los niños, y en un instante y en dos columnas, tal como habían llegado, desaparecieron camino de la puerta norte, mientras las láminas de metal volvían a cubrir rápidamente los miradores. Cuando el joven oyó cerrarse la puerta norte corrió hacia los cristales para absorber con sus pupilas los últimos rayos de sol y lo que quedaba del pasado… Allí estaban las viejas y grandes ciudades de las que a él también le habían hablado cuando era un niño. Al joven todavía le tamborileaban en las orejas las palabras del guía Cara Tortuga: «Antes volaban por el cielo pájaros con plumas…» Y las preguntas y las risas de los niños… «¿Qué son pájaros con plumas?»

El viejo también se acercó, atraído por la luz tras los cristales opacos de los Miradores del Cielo.

—Aquellas —aseguró señalando al Este— son las antiguas ciudades. Estas, las que están más cerca, son las que nosotros fabricamos.

El muchacho no pudo dejar de observar que eran diferentes. Aquellas tenían encanto, porque, aunque medio destruidos, los edificios parecían nacidos al azar, unos más altos que otros, más anchos o más delgados. En cambio las ciudades nuevas eran monótonas, grises, iguales…

—Nunca había visto el exterior —dijo el joven, agachándose para aprovechar la última rendija de luz.

—Nunca más lo verás.

—¿Por qué?

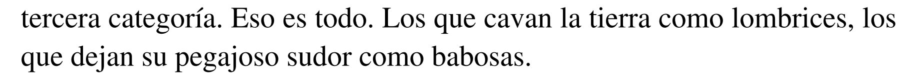
—Ha sido una casualidad: que estuviéramos aquí, y que justo viniesen los guías a este sector acompañados por los niños… Jamás volveremos a esta zona.

La última rendija se cerró, y ambos quedaron de pie, ciegos frente al metal. Luego, volviéndose, se miraron sin decir nada. Pero unas palabras previsibles acabaron saltando al aire.

—Nos quedan once y nos vamos a casa —aseguró el viejo.

—¡Vaya trabajo!

—No pienses, es mejor no pensar. Para ellos somos Cara Personas de


tercera categoría. Eso es todo. Los que cavan la tierra como lombrices, los que dejan su pegajoso sudor como babosas.

—Y esos niños… ¿por qué les mienten?

—¿A qué llamas mentir?

La puerta se abrió y un niño entró siguiendo una pequeña mascota que avanzaba velozmente por el suelo.

—¡Perro bebé! ¡Perro bebé! —gritaba el niño. El robot mascota que lo precedía se acercó a los hombres.

—¡Ni siquiera tenemos perros de verdad!

El perrometal de color naranja se detuvo y ladró a los hombres con un sonido artificial y metálico como si les estuviera clavando cuchillos. Luego retrocedió un paso, levantó una pata y mojó el suelo alcanzando a salpicarles las puntas de las botas.

—¡Vaya mierda de perro! ¿Te has fijado? Hace pis azul.

La puerta del norte volvió a abrirse. Asomó su cabeza un Cara Tortuga. Llamó al niño, quien se alejó para seguir al grupo. El perro iba detrás de él.

—A ver si nos dejan trabajar de una vez. ¿Hemos dicho que quedan…? Once.

—Sí, once.

El viejo se sentía asqueroso y sucio como siempre, pero la idea de acudir a la Taberna Azul por la noche resultaba el único y más auténtico consuelo.

Recapacitando, dijo:

—Aquí o haces bien tu trabajo o no vales nada. Los hombres de antes morían en los circos, luchando entre ellos o contra fieras, se despedazaban en las guerras… Si lo piensas bien, hasta parece que hemos tenido suerte. Lo que nos toca… es sólo hacer desaparecer unos cuerpos. Ya están muertos. ¿Qué es eso? Nada. ¿Verdad? Te acostumbrarás.

—No sé si me acostumbraré —dijo el joven.

—Tendrás que terminar tu trabajo para saberlo.

El viejo se alejó, descorrió la cortina, tomó entre sus manos un mando, pulsó un botón y apareció una carretilla robot trayendo los cuerpos. Entre los dos comenzaron a colocarlos en posición fetal dentro de los cuadrados de madera que habían preparado.

—Siempre la madera y los clavos —dijo el viejo, pero no supo bien por

qué. No recordaba quién le había enseñado la frase.

Dio a otra tecla del mando y del espacio que mediaba hasta el techo surgió una manga. El joven la tomó con las dos manos y la espesa masa que salía de ella cubrió rápidamente los cuerpos de las cajas hasta convertirlos en una especie de ladrillos grises y cuadrados como aquellos con los que se construían las ciudades.

—Dos más y nos vamos a casa… —El chico no contestó. —¡Maldito dolor de estómago! —dijo el viejo y se llevó una mano al vientre y la dejó allí unos segundos como sosteniendo algo.

El chico, con los ojos húmedos, dijo:

—Estamos más muertos que esos muertos.

—¡Qué dices! —contestó el viejo al mismo tiempo que se secaba el sudor de la mano en la camisa.

—Estos muertos estaban vivos antes de morir —dijo el chico.

—Como todos.

—No, como todos no. Siempre traen algo bajo las uñas…

—¡Qué van a traer!

—Restos de cal, astillas de madera… La piel de los dedos de las manos lastimadas, el torso, los pies con rasguños y heridas. Una vez, uno de ellos traía uno de sus dedos en la boca. Había intentado comérselo.

Se impresionó al recordarlo y las ganas de vomitar le apretaron el estómago haciendo un nudo. Cuando se repuso, continuó diciendo:

—Y aquel otro… El que trajeron el otro día. El martes pasado…

—No sigas chico… Es mejor que no sigas… Da igual… Prométeme que nunca serás uno de ellos. Que yo nunca… tendré que hacer ésto que ahora hago por ti.

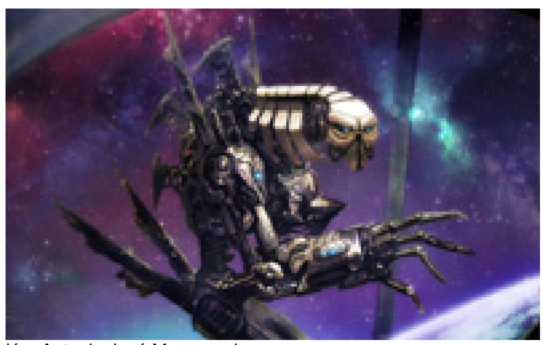


Ilustración: Antonio José Manzanedo

Al muchacho le gustaba mirar a la hija de la mesonera y también beber un poco, sólo un poco, y que el frío pero quemante líquido le cayese por la boca, le refrescase el pecho y le durmiese un poco las ideas, mientras la chica tomaba su mano y le prometía el cielo con caricias que nunca llegarían a dar hijos… «El deseo de vivir lo puede todo», pensó el muchacho. Incluso puede con el olvido y con el olvido del olvido, y con no tener hijos, y con la idea de superar el vivir en el fondo del fondo, allá donde también viven las tuneladoras y los androides y la gente no tiene hijos. Pero de repente uno de aquellos cadáveres de uñas rotas y piel lastimada volvió como un golpe a sus pensamientos mientras ella lo abrazaba y le decía que lo quería, y entonces se apretó a la chica con fuerza, y con la cabeza contra su pecho quiso llorar como un niño, pero era un hombre y no olvidó dónde estaba, y cuando los demás rieron, él rió. Rió porque sólo había dos formas de acabar en esa vida que llevaban: los que se convertirían en tierra para la tierra y los que se convertían en parte de La Promesa de un futuro mejor, el de las nuevas y grandes ciudades del mañana.

Y fue al otro día o al siguiente cuando comenzó a pensarlo. Se lo contó al viejo y este le dijo:

—Tienes mente de taxidermista.

—¿Qué quiere decir?

—Digo que no dejas en paz a los muertos, que quisieras verlos vivos.

—¿Eso es ser un taxidermista?

—No sé. Tal vez… Es lo que me dijo mi jefe cuando yo era un muchacho de tu edad y comencé con las preguntas.

—¿Usted también?

—Sí, yo también las hice. Pero más preguntas haces, más te das cuenta de que las cosas no se pueden cambiar.

—Y ahora… ¿hay taxidermistas?

—No lo sé. Como no lo seamos tú y yo.

—Es verdad.

El chico se sintió enfermar. Aquellos muertos no hacían más que zumbar en su cabeza, todo el día buscando entre las células de su cerebro la pose y la mirada que llevaron en vida… ¿Quiénes habían sido? ¿Qué nombres tenían? ¿De qué parecían reírse con sus mandíbulas desencajadas? El joven estaba convencido de que todos, si les hubiesen dejado hacerlo, se habrían llevado algo que les recordase dónde estuvieron, quiénes fueron en vida. Pero estos se iban desnudos. Las telas de sus ropas debían ser

recicladas. ¡Malditos pensamientos! Pero los pensamientos seguían… No en vano existían extrañas pirámides donde se había enterrado a los muertos. Hombres poderosos las habían mandado a construir para sí mismos… Hasta su nombre se les escribía para que supiesen quiénes fueron, para que no olvidasen.

Al día siguiente había doce muertos para preparar. Y el viejo y el joven casi no hablaron. Lo justo para decir trae la mezcla, échala aquí o allí. Llama al robot para que se los lleve…

Pero el muchacho no dejaba de pensar. «Los muertos que tenía delante algo tenían que llevarse». Nadie los peinó ni los lavó. Lo haría a escondidas si fuese necesario. Él les inventaría un nombre. Lo escribiría en una madera y lo pondría entre sus piernas. Se los escribiría con tinta en la piel de la palma de las manos. Cuando despertasen se llamarían Ebraim IV, Althus IX, Sarah III, Martel IX, hijos todos del mismo universo. No, no tendrían pirámides, nadie habría muerto para construirles una pirámide con el fin de que recordasen su vida, pero tendrían un nombre.

Un día en la Taberna Azul, el muchacho se tornó agresivo. El pecho de la hija de la mesonera no le sirvió de consuelo cuando le preguntaron qué trabajo hacía y él contestó mecánicamente que era ayudante de la tuneladora 1232, que actuaba en el sector quince. Su jefe, el androide Impar Feldon. No añadió nada más porque era lo único que tenía permitido decir. Pero de repente se le vinieron a la cabeza todos esos cuerpos sin nombre… Y dicen que la pulsera que lo identificaba como trabajador de las tuneladoras se puso en rojo. Luego vinieron dos o tres androides de clase Z, la peor, y se lo llevaron.

Nunca volvieron a saber de él, hasta que un día, el viejo, que ya tenía un ayudante nuevo, vio en lo alto del grupo de cadáveres que tenían para encofrar ese día a alguien que se parecía mucho al joven. Dudó en acercarse. Al final se decidió y sí, era el joven. Y entonces, «¡Vaya estupidez!», se dio cuenta de que no sabía su nombre. «¡Qué estúpido soy!», se dijo, siempre lo había llamado chico, muchacho… «¡Qué estupidez! ¡Qué estupidez!», se repetía. En ese instante comprendió todo lo que había pasado por la mente del muchacho, aquel infierno, y cuando su nuevo ayudante no lo observaba escribió en la palma de la mano del cadáver en que se había convertido su joven y desafortunado compañero algunas letras del abecedario, primero una, después otra; anhelando, él que no sabía escribir ni leer, que aquello que había dejado escrito allí, que

esas pocas letras que conocía puestas juntas formasen un nombre. Cuando el nuevo ayudante se acercó, el viejo le mostró la palma de la mano del cuerpo que tenía delante, preguntándole: «Mira. ¿Qué dice aquí?». Y el otro contestó: «Nada».

—Pero ¿tú sabes leer?

El muchacho dudó y movió la cabeza afirmativamente, pero el viejo no le creyó, seguro como estaba de que las palabras que él había escrito tenían que poder formar un nombre.

—De acuerdo —dijo el viejo—. Sigamos con el trabajo. Pero déjame ese a mí.

—¿El de las letras en la mano?

—Sí, el mismo.

Después, sin que el ayudante lo viese, sacó un peine del bolsillo y se lo pasó por la cabeza. «El cabello de estopa… Eso de que una persona no esté peinada es un delito». Él siempre lo decía. «En eso se ve que no tienen a nadie que los cuide… Uno no es nadie si no tiene a otro que lo mime y que lo cuide, viejo. Y a usted ¿quién lo mima? A ver… Nadie». Ya con la manga bien sujeta entre las manos dejó caer la mezcla gris que una hora más tarde sería dura como una piedra.

Continuó recordando las conversaciones que mantuvieron.

—¿Qué te preocupa? —le había dicho el viejo una noche—. Nacerán muchos más de las fábricas de madres. La vida es así.

Tenía razón. ¿O no? Las fábricas de madres. En esos lugares había mujeres que parían hijos a cambio de vales-trabajo. Ni siquiera eran máquinas. ¡Tanto hablar del futuro, de la tecnología! No los dejaban acariciarlos ni peinarlos. Jamás los besarían…

—Nosotros podemos con todo —dijo el viejo—. ¡Claro que podemos, chico! Piensa en la Taberna Azul y olvídate de estos muertos. Al fin y al cabo, ¿qué son? Borrachos, disidentes, vagabundos… —El joven lo miró. No estaba tan seguro de que él y el viejo pensaran igual. Él, por lo menos, había querido tener un peine para peinarlos. Él había querido decirles que los dioses existen… Saber sus nombres, escuchar sus deseos… Y, por supuesto, les habría puesto un nombre. Y de noche, alguna vez, hasta volvería a pensar en ellos. Porque alguien tiene que pensar en los muertos.

El viejo volvió a repetir, y lo hubiera hecho hasta quedarse afónico:

—Nosotros podemos con todo.

—¿A cambio de qué? —preguntó el joven—. ¡Por favor! ¿A cambio de

qué? ¿De no pensar? ¿De eso se trata?

Pero el viejo no contestó, estaba harto de todo. Se limitó a observar una babosa que había en el suelo. Había dejado un rastro brillante y blanquecino. Una babosa tan parecida a él, tan escurridiza, tan oscura o más que el más oscuro de los túneles que había ayudado a cavar y levantó su pierna, se miró la bota y dejó caer el pie con toda su fuerza sobre ella. Y como no se quedase conforme, siguió aplastando y aplastando, hasta que sintió que ya no debía quedar más que el rastro que había dejado la babosa.

La escritora hispanoamericana Pilar Alberdi es licenciada en Psicología y reside en España. Ha obtenido, entre otros, los premios: «Relatos» Feria del Libro de Madrid, Plaza & Janés Editores, publicado en el Nº 42 de su colección de bolsillo (Barcelona, 2000); «Premio Lazarillo de Teatro» (Manzanares, 2000), España; «Ciudad de Segovia de Teatro» (Segovia, 1997), España y «XVI Certamen Nacional Ánfora de Plata de Poesía» (Málaga, 1997) España. También ha sido finalista en varios concursos, tanto en España como en otros países: «Concurso de textos teatrales» del Ayuntamiento-Escuela de Teatro, Santa Cruz de la Palma, Islas Canarias (2002); «Juan Martín Sauras de Relatos» (Andorra, Teruel, 1999); «Ciudad de La Laguna de Cuento» (La Laguna, Tenerife, 1998); «III Certamen Literario contra el racismo y la xenofobia, el antisemitismo y la intolerancia» (Seleccionado para edición, Alcalá de Henares, 1997); Mención «II Concurso Internacional Literario de la Sociedade de Cultura Latina do Brasil» (Mogi das Cruzes, Brazil, 1997); Mención «Internacional de Poesía Juana de Ibarbourou» (Montevideo, Uruguay, 1995). Sus cuentos han sido seleccionados en diferentes antologías como por ejemplo: VI Premio Calabazas en el trastero: Bosques. Editorial Saco de Huesos (España, 2010); «Premio de Vivencias Orola» "150 Vivencias y 150 Autores" (España, Octubre 2010); «III Certamen de relatos Editorial Hipálage» (Sevilla, España, 2010) y «III Premio de cuentos Ediciones Beta» (Bilbao, España, 2009). También ha publicado en la revista de Ciencia Ficción NGC3660. Entre sus blogs: Sobreliteraturafantástica y Pilar Alberdi.

Esta es su primera participación en Axxón.

Sobre el ilustrador: Antonio José Manzanedo. Este joven ilustrador español se dedica, según su blog, a la ilustración y al diseño. Pueden ver trabajos suyos (en especial arte conceptual y diseño de personajes) en su blog.

Axxón 213 - diciembre de 2010

Cuento de autor europeo (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Distopía : Sociedad : España : Española).

Desde la culpa

Lucas Berruezo

**ARGENTINA**

Ya habían pasado más de veinte minutos desde que Martín se había sentado delante de su computadora. Veinte minutos desde que el cursor del *Word* había comenzado a titilar, sin avanzar un milímetro de su lugar. No había caso, no estaba inspirado. Además, estaba ese sonido que no lo dejaba concentrarse; ese sonido a rasguño sobre una superficie de cartón, que no lo dejaba pensar en otra cosa que no fuera ese sonido. Recordaba el momento en que lo oyó por primera vez: la noche posterior al velatorio de Noelia. Sí, lo recordaba con claridad, porque había sido el día en que su capacidad para escribir había desaparecido.

Martín tenía veintitrés años, y hacía apenas tres meses que se había casado con Noelia, su novia de la secundaria y de toda la vida, después de que le diera positivo un test de embarazo. Si hubiese sido por él, habrían criado a su futuro hijo sin pasar por el altar, pero Noelia había insistido y él no sabía muy bien decir que no. El casamiento se llevó a cabo tan rápidamente como las condiciones lo permitieron. Sólo una pequeña fiesta, para los íntimos. El haberlo retrasado un poco, un mes exactamente, les hubiera dado tiempo para cerciorarse del error que estaban cometiendo. Es que al mes de haberse casado, Noelia tuvo su período. Nunca supieron si el error había sido del test o si ella había perdido el embarazo, pero en realidad no importaba. Ya no. Noelia había muerto en un accidente un mes después, cuando iba en remís a la casa de sus padres. Martín estaba trabajando, no se enteró sino a las horas de ocurrido el accidente. Fue un conductor ebrio que había cruzado un semáforo en rojo. El remisero no había tenido la culpa, pero eso tampoco importaba. Tanto el remisero como el otro conductor se habían salvado. Noelia no. Ahora, técnicamente, llevaba tres meses como un hombre casado, aunque un mes como viudo. ¿Si la extrañaba? Sí, por supuesto, pero no pensaba en eso. Al menos no en ese momento. Sólo pensaba en ese sonido que no le permitía hacer lo que más le gustaba, escribir.

«¡Puede ser que siempre empiece a sonar cuando me siento a escribir!», se dijo Martín, aunque eso no era cierto. También sonaba cuando se iba a

dormir, dificultándole el sueño.

Martín miraba fijamente el cursor en la pantalla de su monitor. La hoja en blanco se extendía en ella. No había nada que él pudiera hacer para modificar eso. No era la primera vez que le pasaba. Desde que Noelia había muerto, él no había podido escribir una sola línea. La aparición del sonido se había dado al mismo tiempo que la desaparición de su condición para escribir. Cosa que no era poco decir. Cuando estaba en la secundaria Martín había ganado varios concursos literarios. Algunos de sus cuentos y de sus poemas se habían publicado en revistas escolares, de distintas escuelas. Uno de sus cuentos había sido incluido en un volumen especial que había organizado el Gobierno de la Ciudad, recolectando relatos de adolescentes de toda la Argentina. Su futuro parecía estar relacionado con las Letras, aunque ahora no podía escribir ni una. Varias veces lo había intentado. Todos los días se sentaba enfrente del monitor y observaba titilar el cursor. A veces se quedaba horas en esa posición, sin que le saliera nada, con ese sonido de fondo molestándolo.

Sonó el teléfono. Era su madre, que quería saber cómo andaba. Habló poco con ella, le dijo que estaba tratando de escribir algo. Cuando volvió a la computadora, se sentó y la apagó. Al hacerlo, el sonido se extinguió.

Cenó algo rápido. No le gustaba cocinar. Además, nunca lo había hecho. Su madre siempre había cocinado en su casa. Una vez casado, Noelia se había encargado de hacerlo hasta el día del accidente. Ahora vivía a salchichas y a pizza. Prendió entonces la televisión, pero no encontró nada que le agradara. Resignado, se fue a acostar, llevándose consigo *Carrie* de Stephen King. Ni bien se acostó, el sonido comenzó de nuevo. No había caso, tampoco podría leer.

Recién casados, Martín y Noelia se habían ido a vivir a una casa que les había facilitado el padre de ella. Ahora, Martín seguía viviendo ahí, aunque no sabía por cuánto tiempo. Él y su suegro no se llevaban bien. Tal vez nunca le había perdonado el haber tenido relaciones con Noelia antes del casamiento. Podía sonar anacrónico, pero teniendo en cuenta la personalidad conservadora de su suegro, Martín no se sorprendería de que fuera así. Aunque, a ciencia cierta, no sabía exactamente qué era lo que al hombre le molestaba de él. Lo que sí sabía era que le iba a pedir la casa en cualquier momento. No le importaba. De hecho, no le molestaría volver con su familia, sólo que no quería ser él quien lo propusiera.

Pasó una mala noche. El sonido apenas lo dejó dormir. A las siete de la

mañana estaba esperando el colectivo. Trabajaba en una librería en Palermo y, desde donde él estaba, Castelar, tenía por lo menos una hora y media de viaje. Cuando volvió a su casa eran las diez de la noche.

Cenó pizza fría, que tenía en la heladera hacía varios días. Al terminar, prendió la computadora y se sentó delante de ella. Sonó el teléfono. Fue a atender. Era su madre.

Después de varios minutos de una muda conversación, Martín volvió a la computadora. La página del *Word* ya se veía en la pantalla. Se sentó y el sonido comenzó a oírse.

Un raspar de uñas contra un cartón. Un arrastrar los pies por el piso. Por momentos, los menos, un mover los muebles de lugar. Martín, resignado, apagó la computadora. El sonido se apagó también.

Leyó *Carrie* hasta las doce de la noche. Luego se fue a acostar. Ni bien lo hizo, el sonido reanudó su ritmo intolerable. Martín se tapó los oídos rodeando su cabeza con la almohada, pero era inútil. El sonido parecía provenir de su misma cabeza.

Esa noche tuvo un mal sueño. Era de noche e iba caminando por la vereda de su casa de soltero. En el medio de la calle estaba Noelia, vestida con su camisón blanco, tal como la había visto la última vez, antes de ir a trabajar. Lo saludaba y le hacía señas para que se acercara. Martín lo hizo. Al llegar a su lado, notó que lloraba. Tenía los ojos cerrados y su boca se contraía en una mueca. Martín le apoyó la mano en el hombro, en un gesto contención. Noelia abrió los ojos. Martín quiso gritar, pero no pudo. Sus ojos eran tan negros como gotas de petróleo. Dos lágrimas rojas cayeron de ellos, una de cada ojo, dejando un sendero de sangre por ambas mejillas. Martín quiso retirar su mano del hombro de Noelia, pero tampoco pudo hacerlo. Continuó mirando a su esposa. Su boca comenzó a descomprimirse y una sonrisa se dibujó en ella. La sonrisa dio paso a una risa y ésta a una carcajada, aguda, que lastimaba los oídos y dejaba ver sus dientes, amarillos. Entonces, Martín se despertó de un salto.

Estaba sentado en su cama matrimonial, con el rostro apoyado sobre su pecho. Se sintió aliviado al notar que todo había sido un sueño. Fue entonces cuando vio a Noelia parada al pie de la cama. Estaba vestida igual que en el sueño, con un camisón blanco. Aún reía a carcajadas, sólo que ningún sonido salía de su garganta. Su rostro estaba cubierto de sangre, que continuaba saliendo de sus ojos. Movía la cabeza de un lado al otro, de un hombro al otro, como si estuviera diciendo constantemente

«Qué me importa». Martín quiso gritar y, a diferencia de antes, pudo hacerlo. Gritó con todas sus fuerzas, y la imagen de Noelia desapareció. De fondo, muy levemente, siguió oyéndose el sonido de antes, el sonido de siempre, como un raspar de uñas contra un cartón, como un arrastrar los pies por el piso.

Al otro día volvió a trabajar. Cuando regresó a su casa, su suegro le había dejado un mensaje en la contestadora. Tenía que hablar con él, así que, por favor, que lo llamara. Martín no lo hizo. Desde que había muerto Noelia, prácticamente no había hablado con nadie de su familia. Sólo charlas de rigor, e iba a sostener eso hasta donde pudiera.

Se hizo la comida. Iba a comer bien, la mala alimentación le estaba afectando hasta el punto de tener pesadillas. No quería que la visión que había tenido la noche anterior se repitiera. Se hizo un churrasco con una ensalada de tomate. Mejor que pizza rancia era, aunque después lo iba a lamentar cuando tuviera que lavar los cubiertos.

Su madre llamó, como todos los días. Martín la atendió parcamente, como todos los días. Más tarde, volvió a escribir sin escribir nada, con el extraño sonido de fondo. Leyó un poco de *Carrie*, con poca concentración y mucho sueño. Y, por último, se fue a dormir con el sonido emergiendo de nuevo de sólo Dios sabía dónde.

A diferencia de la noche anterior, esa noche no tuvo ningún mal sueño. A diferencia de la noche anterior, Martín no durmió en absoluto.

Un día más, un día más de trabajo. Una noche más, una noche más de una cena rápida, de un también rápido llamado telefónico de su madre, de infructuosos esfuerzos para escribir, de sonidos extraños en la casa, de un poco de *Carrie*, de un intento por dormir, de sonidos extraños nuevamente.

Martín decidió no insistir. ¿Para qué pasar horas acostado, si ya sabía que el sueño no lo visitaría? ¿Para qué cerrar los ojos, si sus oídos seguirían abiertos al sonido? Se levantó y fue a la cocina. El sonido desapareció inmediatamente. Prendió la luz y puso a calentar café en la hornalla. Se estaba acostumbrando a su soledad. Ella en realidad lo estaba transformando. Ya no tenía la misma relación con su madre ni con sus compañeros de trabajo. Era consciente de que se estaba volviendo huraño, pero no le importaba. Lo único que en verdad le importaba era que Noelia

ya no estaba con él. La vida le había jugado una mala pasada. Mientras que otros chicos de su edad sólo se preocupaban por ir a bailar, salir con amigos y conquistar chicas en los boliches, él tenía que vivir con la carga de ser una persona viuda que vivía sola. Una existencia que nadie, en fin, envidiaría. Y ahora, a su soledad, se venía a sumar un extraño sonido primero, un horrible sueño después, y ahora el insomnio como corona de un reinado de angustia.

Mientras el café se calentaba en el fuego, Martín fue a su escritorio, ubicado en una habitación que, en teoría, iba a servir de pieza a su futuro hijo. Del primer cajón extrajo un anotador con un lápiz. Volvió a la cocina y se sentó a la mesa. Meditó por unos instantes y empezó a escribir, casi de manera automática:

La vida no parece ser justa

cuando la balanza se inclina por el dolor;

cuando llegue el Juicio Final, Señor,

me tendrás que pedir perdón.

Lo leyó varias veces, buscando detalles para pulir, pero no lo tocó. Le gustaba así como estaba, reflejaba en parte lo que sentía. Cuando él muriera, Dios, si realmente existía, tendría que pedirle perdón.

Sintió olor a quemado. Se volteó y vio que el café estaba hirviendo.

Daba pequeños sorbos al café para no quemarse. Antes de cada sorbo, soplaba suavemente la superficie del líquido negro. Estaba caliente y tenía gusto a quemado.

Observó el verso que acababa de escribir. Por fin había podido escribir algo sin que el sonido apareciera para interrumpirlo. Por fin había podido escribir algo, aunque más no fuera un verso que nunca le mostraría a nadie.

Miró a su alrededor, la luz provenía del techo, de una pequeña tulipa, e iluminaba toda la cocina con una claridad amarillenta. Se volteó y consultó el reloj que estaba colgado de la pared, a un lado de la puerta: eran las dos menos veinte de la madrugada. «Qué mierda», masculló, y volvió a sorber su café.

De a poco y casi imperceptiblemente, el sonido se dejó oír. Pronto aumentó de densidad hasta erizar los pelos de la nuca de Martín. Por primera vez, tuvo la sensación de que alguien lo estaba observando desde la puerta de la cocina. Temía darse vuelta. Nunca había sentido algo así. Sabía que ahí no podía haber nadie. Recién había mirado y estaba solo. Además, todas las puertas y las ventanas de la casa estaban cerradas y trabadas. Sin embargo…

Se volvió lentamente. No quería hacerlo, pero algo le decía que no había nada que temer, que todo era producto de una imaginación exaltada (siempre la había tenido así) y de una sobredosis de café. El sonido ya no se escuchaba. Siguió girando hasta que vio el vano de la puerta. Quiso gritar, pero el grito se le ahogó en la garganta. Allí estaba Noelia, parada y con sus ojos negros, reventados, manando sangre, y con su sonrisa también negra, también reventada y también manando sangre.

—¿Qué…que… rés? —exclamó a duras penas.

Noelia comenzó a emitir una risita que le heló la sangre. Era la misma risita que había oído en sueños. ¿Había sido un sueño? Ya no estaba tan seguro.

—Per… do… name… —dijo Martín, poniéndose de pie. Al hacerlo se enredó con la silla y cayó al suelo. Perdió de vista la figura de Noelia, y cuando volvió a mirar ya había desaparecido. Su risita tampoco se oía ya. Martín, confundido y aterrado, escondió su rostro en su antebrazo y, recostado sobre el suelo, comenzó a llorar.

Su reloj lo despertó. Sonaba desde su pieza. Martín se incorporó y notó que estaba acostado sobre el suelo de la cocina. Le dolían la espalda y la cintura. Miró el reloj de la pared, eran las seis de la mañana. El reloj despertador, en su habitación, seguía sonando.

Se puso de pie con dificultad, fue a su habitación y apagó el despertador. Abrió las sábanas y la frazada de su cama y se metió adentro. Cerró los ojos. Por fin podía dormir.

Caminaba por una calle desierta. Era de noche y el asfalto estaba húmedo. Las luces de mercurio se reflejaban en el suelo, impregnándolo todo de una claridad confusa, contradictoria. Martín avanzaba por el medio de la calle, estaba perdido. Miraba a su alrededor sin descifrar dónde se encontraba. A

media cuadra, en la esquina, había un auto destrozado. Estaba viejo, oxidado, como si después de sufrir un choque, su dueño lo hubiese dejado allí para que se pudriera. Martín se acercó lentamente. Tenía frío. Miró hacia abajo, notó que estaba descalzo. Las plantas de sus pies debían estar mojadas, aunque él no lo notara.

Llegó a la esquina. El auto parecía ser un Peugeot 504, en algún momento gris. Martín se asomó al interior. La vio. Ella estaba ahí. Su esposa. Noelia. Abandonada en un auto en medio de una calle desolada, donde al parecer nunca nadie pasaba.

No podía verle el rostro, estaba sentada, inclinada hacia adelante, con la frente apoyada en el destruido asiento delantero. Sus manos, que colgaban sobre sus piernas, parecían sostener algo. Martín sabía de qué se trataba, aunque quería verlo con sus propios ojos. Para hacerlo, sujetó a Noelia de un hombro. Sintió repulsión al sentirla dura, huesuda. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Desde cuándo Noelia estaba ahí, sola, en medio de la calle? La empujó hacia atrás y sus ojos se fijaron en sus manos tiesas. Sí, era lo que Martín pensaba. Sostenía una hoja de papel, aferrada contra su abdomen.

«¿Por qué no me dijiste?», escuchó Martín que una voz ronca, cavernosa, le susurraba al oído.

Se irguió con rapidez y observó el rostro de Noelia. No era ella. En su lugar había una calavera, todavía con pedazos de carne descompuesta en el rostro.

«¿Por qué?», seguía diciendo la cosa. Al hablar, su boca se abría y se cerraba, moviendo los colgajos de carne. «¿Por qué no me dijiste que no me amabas? Me hubieses salvado.»

—Pero yo te amaba —dijo Martín—. Yo te amo, Noe. Todavía te amo. Por favor, volvé.

Pero la cosa no le respondió. En cambio, dejó escapar un chillido electrónico, como una especie de alarma.

Martín abrió los ojos. Estaba acostado en su cama, rodeado de oscuridad. Reconoció el extraño sonido electrónico. Era el teléfono, que estaba a su lado, sobre la mesita de luz. Atendió.

—Hola… —dijo con voz afónica.

—¿Martín?¿Ya estás durmiendo? Soy mamá.

Terminó de hablar con su madre (las mismas preguntas de siempre con las mismas respuestas de siempre) y miró su reloj despertador. Eran las doce menos veinte de la noche. Había dormido casi un día entero. Se incorporó en la cama y tiró las sábanas y la frazada a un lado. Estaba vestido, incluso con las zapatillas puestas. Se levantó de la cama y fue al baño. Orinó, se lavó los dientes y se dirigió a la cocina. Una vez allí, puso el café en el fuego.

Mientras esperaba a que se calentara el café, recordó el sueño que acababa de tener. Lo recordaba con toda nitidez, pero no podía descifrar su significado. ¿Por qué había soñado eso? ¿Por qué en el sueño era de noche si Noelia había tenido el accidente a pleno día? ¿Por qué el remordimiento no lo dejaba en paz?

El remordimiento, la culpa. «¿Por qué ser tan culposo cuando no se es tan culpable?», se preguntó. Pero, ¿no era culpable? No, de la muerte de Noelia no. ¿Pero de qué era culpable entonces? Lo sabía. Él era culpable de haber hecho que Noelia muriera llorando. Él era culpable de haberle hecho pasar los peores últimos momentos de su vida. De haberle roto el corazón justo antes de morir. De haberle hecho pensar que él no la amaba. De haberla dejado morir sola, sola en su mente, pensando que nadie en el mundo la iba a extrañar, que su marido no la quería y que se había casado con ella por que ya era muy tarde para hacer otra cosa. Sí, de eso sí era culpable.

Recordó cuando le entregaron las pertenencias de Noelia. La reconocieron por su DNI, que llevaba en su cartera. Le entregaron también una hoja de papel. Le habían dicho que en el momento del accidente la tenía en sus manos. Era un poema, un poema escrito por él. Recordaba también lo que había dicho el remisero que manejaba el auto: «La chica estaba triste, iba llorando». Martín no lo dudaba. Conocía a Noelia lo suficiente como para saber que iba llorando.

No había vuelto a ver esa hoja con ese poema. Ya no quedaban rastros de ella. Él se había encargado de quemar la hoja. No había copias, pero no importaba. Aunque intentara olvidarlo, el poema subsistiría en su cabeza. Incluso en ese momento, el poema surgió en su mente, claro, exacto:

Se siente muy mal,

ver,

el mundo al revés

y a nadie para cambiarlo.

Se siente muy mal,
creer,
que no eres para mí
e igual seguir avanzando.

Se siente muy mal,
sí, la cobardía
se siente muy mal.

Se siente muy mal,
saber,
que estoy equivocado
y es tarde para remediarlo.

Se siente muy mal,
sí, la hipocresía
se siente muy mal.

Creía que ese poema ya nunca lo abandonaría, como ya nunca abandonaría a Noelia. Se odiaba por haberlo escrito. Se odiaba por ser el responsable de que Noelia se llevara esas letras a la tumba. Además, estaba la fecha que figuraba en la hoja debajo de sus iniciales: treinta de marzo de 2009. Dos semanas antes de que se casaran. Estaba seguro, Noelia murió pensando que él no la amaba, que se había casado con ella por cobarde e hipócrita.

De repente, Martín comenzó a oír el sonido. Ahora ya sabía a qué pertenecía. O mejor dicho a quién. Miró hacia el vano de la puerta de la cocina. Allí apareció Noelia, caminando de manera extraña, con los movimientos recortados, rápidos, eléctricos. Por cada paso, se dejaba oír el extraño sonido. «Un arrastrar los pies por el piso», pensó Martín, «*sus* pies».

Noelia se detuvo en el vano de la puerta. Observó directamente a Martín. Sus ojos, como en los sueños, estaban reventados, de tanto llorar sangre. En su boca la mueca, y en ella los dientes amarillos.

Martín la observó, sorprendido por su sangre fría.

—¿Qué querés que haga? —dijo— ¿Querés que te pida disculpas? Ya lo

hice. ¿Querés que deshaga lo hecho? Lo haría si pudiera, pero no puedo. ¿Qué querés que haga? Decime.

Por toda respuesta, Noelia comenzó a reír.

—¡Dejame en paz! —gritó Martín, al tiempo que se tapaba los oídos con ambas manos y se abalanzaba sobre Noelia. La atravesó, como un avión atraviesa una nube.

Caminó por la casa con sus manos sobre los lados del rostro, intentando, por todos los medios, no oír la risa de Noelia y el sonido de sus pasos. Sin que él lo notara, todas las fotos de la casa en las que estaba Noelia comenzaron a temblar. Los portarretratos se cayeron de su lugar, las fotos que colgaban de la pared temblaron como si se estuviese produciendo un terremoto. La foto de Noelia de su billetera, que estaba en el cajón de su escritorio, vibró. Pero él no lo veía. Sólo estaba atento a un pensamiento: «Terminar con ese sonido de una vez por todas».

Volvió entonces a la cocina. Sentía detrás de él a Noelia que lo seguía, con su risa y sus pasos perforándole los oídos. Se acercó a la cajonera, abrió el primer cajón y de él sacó un cuchillo para cortar carne. Se volteó. Noelia seguía ahí, riendo.

—¡¿Es esto lo que querés?! —gritó Martín—. ¡¿Es esto?! ¡Entonces, tomá esto!

De un solo movimiento, Martín se rebanó su muñeca izquierda. Al hacerlo comenzó a reír. Rió tan fuerte que ya no pudo oír la risa de Noelia. Rió hasta que se desmayó. Hacía mucho que no reía.



Ilustración: Pedro Belushi

Lo último que vio fueron los pies de Noelia. Los vio mientras estaba desplomado sobre el piso, segundos antes de perder el conocimiento, cuando de su risa quedaba apenas un leve quejido.

Lo que no vio fueron las fotos de Noelia, dispersas por toda la casa. No vio cómo, en el momento mismo en que se cortó la muñeca, de los ojos de la Noelia de las fotos habían brotado lágrimas. Ninguna foto había sido la excepción. Era lo único que esa Noelia había podido hacer, pero no había sido suficiente. No había podido contra la otra Noelia, creada por su marido. No desde donde estaba. Desde allí, sólo había podido llorar.

Lucas Berruezo (Buenos Aires, 1982) es estudiante avanzado de la carrera de Letras de la UBA y escritor. Escribió los prólogos para las antologías de cuentos fantásticos y de horror Mundos en tinieblas (años 2008 y 2009), publicadas por Ediciones Galmort. Además, es codirector de la revista de literatura argentina contemporánea Sudor de tinta y gestiona el blog El lugar de lo fantástico, un espacio dedicado a la literatura y el cine fantásticos, pero en el que también se reflexiona sobre diversos temas teóricos, filosóficos y de actualidad.

Este es su primer relato en Axxón.

Axxón 213 - diciembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Terror psicológico : Espectros : Culpa : Argentina : Argentino).

Ficción Breve (sesenta)

varios autores

Las ficciones breves ¿constituyen un género nuevo? ¿Una forma intermedia entre prosa y poesía? ¿Son relatos genéricos llevados a un estado de máxima condensación? Es difícil decirlo y muchas veces la respuesta depende del marco de referencia de cada lector. Quizás porque se trata de una categoría que se adapta a todos los géneros y en la que podemos colocar desde los textos más respetuosos de la narración clásica a los más vanguardistas y mutables, percibiendo el acierto de este acto a pesar de las evidentes diferencias estructurales.

Según el teórico Gérard Genette, todo texto es potencialmente literario, es decir, susceptible de ser analizado desde un punto de vista estético aunque no haya sido creado con este propósito. Las minificciones están enraizadas en la levedad, la instantaneidad y la fragmentación que caracterizan al siglo XXI. No pueden echar mano a la abundancia de lirismo, a la relajación de la tensión dramática o a las disgresiones que permiten la novela o el cuento largo, pero muchas de ellas son capaces de brindarnos el mismo placer en el breve lapso que le dedicamos a su lectura.

Silvia Angiola



Desde niño mostró una especial sensibilidad por los seres delicados y dignos que poblaban los relatos ilustrados de su solitaria infancia. Unicornios, sirenas, dragones y centauros suplieron el bullicio propio de las familias numerosas y fueron una inmejorable compañía para el único hijo de la familia Costa-Formiga.

Más tarde se interesó por los dinosaurios y conoció a los habitantes de las más remotas mitologías. Fue creciendo mientras su biblioteca se expandía

como una ameba que extiende sus seudópodos, y él se dejó fagocitar, encantado por las historias sobre otros universos que le envolvían y ocupaban todos los rincones de su alma. Es comprensible, pues, que sus parientes se sorprendieran cuando se enteraron que quería ingresar en la Facultad de Biología. Al principio lo tomaron como otra de sus muchas excentricidades, pero tras recapacitar unos segundos concluyeron que, una vez agotado el tema de los seres fantásticos, no estaba de más que dejase entrar en su cabeza un poco de realidad. Inmediatamente siguieron con sus ocupaciones.

Se especializó en zoología, y se dedicó con pasión a la desagradecida tarea de catalogar y recuperar insólitas especies de ranas, tortugas, tritones, insectos y simios abocados a una inminente extinción.

Compaginó, durante casi cincuenta años, la alta investigación en dinámica de ecosistemas con la divulgación pragmática (y en ocasiones oportunista) de los efectos devastadores de tanta desaparición. Aunque con su empeño logró prolongar unos años la presencia en la tierra de algunos de los animales, la larga lista prendida en la pared de su despacho iba disminuyendo, y muchas de las especies a las que trató de salvar desaparecieron definitivamente a lo largo de su dilatada y prestigiosa carrera. Cada vez que había una baja en la lista, el doctor Costa-Formiga colgaba una fotografía del animal extinguido en una vitrina en la que, a modo de mausoleo, posaban los animales que no pudieron ser.

No había día en el que no se avergonzara de pertenecer a una especie tan depredadora y codiciosa como la suya. Cada fotografía que accedía a la vitrina era una inyección de adrenalina que impulsaba al doctor a investigar más a fondo los factores de estrés en los sistemas naturales, a escribir más artículos, a participar en más foros internacionales y a viajar allá donde su presencia fuera requerida. La rabia actuó como el acicate más potente contra cualquier atisbo de pereza y le convirtió —sin él quererlo— en la mayor eminencia del mundo sobre animales en peligro de extinción. Solamente en su vejez —cuando la vitrina ya tenía demasiadas capas de fotografías y apenas recordaba el aspecto de los primeros animales que colocó— esa rabia dio paso a una creciente melancolía.

La Academia de las Ciencias quiso concederle, cuando ya era un anciano y él mismo podía ser considerado un ser en peligro de desaparición, el máximo galardón en reconocimiento a una vida dedicada a la ciencia y a la conservación de la biodiversidad del planeta.

Lo podemos ver, frágil y hermoso como una pieza de porcelana,

acercándose con paso lento al estrado para leer el discurso de agradecimiento. La palidez de su piel casi transparente contrasta con el terciopelo azulado de su frac.

El anciano se detiene ante el micrófono y, sin prisas, observa a la audiencia. No puede evitar una sonrisa al pensar en un gran arrecife repleto de focas monje. Los miembros de la Academia, los científicos y las demás autoridades también sonríen, ayudándole a visualizar la imagen al enseñar levemente los colmillos.

Tras un suave carraspeo comienza a leer el discurso, con mano temblorosa pero voz firme. Un discurso corto pero ancho, tan ancho que caben todos.

Tras dar las gracias por el premio empiezan a desfilar por entre sus palabras una larga procesión de seres que ya no existen. Nombra, como si fuera un segundo Noé tratando de llenar su arca, a los animales que querría llevarse con él. Los llama por su nombre y ellos, sumisos, entran en la sala y la recorren.

En primer lugar un recuerdo emocionado y en clave de vergonzosa disculpa para algunos de los últimos expulsados: el delfín de río chino y el coqui dorado.

A continuación, un réquiem en memoria de los ya casi legendarios bisontes, dodos y tigres de Tasmania. También menciona en voz baja —para evitar que se acerquen y desbaraten la comida de gala— a dinosaurios y mamuts.

Por último —y con la libertad que otorga el no tener ya nada más que perder— un gutural y lacerante reclamo sale de su garganta.

Se oye un extraño rumor de pasos y batir de alas que crece desde el suelo. Una legión de sirenas, faunos, dragones y arpías se deslizan por entre los comensales para acudir gozosos a su llamada y rodearle. Un minotauro y un Yeti clausuran el desfile.

Para cerrar el discurso ninguna mención a la universidad, a los políticos ni a los investigadores que le escuchan con los colmillos ahora escondidos y los ojos muy abiertos. Solamente una caricia en el hocico del unicornio que se ha sentado a su izquierda.



Paz Monserrat Revillo vive en Molins de Rei, Barcelona, España. Nació en Tortosa en 1962. Está casada y tiene cuatro hijos. Es licenciada en biología y profesora de secundaria en un instituto de Sant Joan Despí (Barcelona). Master en Educación Ambiental. Ha ganado varios premios literarios: Primer premio de microrrelatos DDOOSS (Valladolid), Segundo premio en el II Certamen "Cuéntanos tu viaje" (Areas, Barcelona), y ha quedado finalista en varios certámenes más (Acumán, grupo Búho, certamen literario "El laurel", Premio Ciudad de Getafe, Relatos breves Sant Joan Despí). También ganó el primer premio como coordinadora de un trabajo para el certamen de jóvenes investigadores (1996).

EL ÚLTIMO SUEÑO DE CHUANG TZU - Martín Monreal

ARGENTINA

Chuang Tzu soñó que era un elefante. Su altura era enorme y su peso hacía temblar la tierra. Furioso —en el sueño no podía recordar la causa, pero algo de horror se confundía con su ira— embestía contra las ciudades y los hombres, aplastándolos sobre la tierra amarilla. Desde la llanura reconoció que la aglomeración de casas a la que ahora se acercaba era su ciudad.

Entonces despertó. Qué liviano le parecía todo… La luz de la mañana atravesaba las cortinas entre el susurro de la seda y rebotaba sobre las

cosas, de vuelta hacia el aire…

En la esquina de la habitación su amanuense había dejado una jarra con agua y un recipiente de plata para enjuagarse la cara. Chuang Tzu se levantó y cruzó el cuarto. Escribiría su sueño, tan real como la vigilia en la que ahora se movía. Se preguntó si, para el propósito de su argumento, no sería mejor reemplazar la imagen del elefante con la de una mariposa, más sutil y memorable: "Chuang Tzu soñó que era una mariposa, y al despertarse no supo…"

Se sentó. Una tabla de bambú osciló en sus manos. Buscando su pincel, miró hacia atrás. Con cierta alarma observó que las huellas que iban desde la cama hasta su escritorio eran rojas y que las plantas de sus pies estaban manchadas de sangre.

Se miró al espejo. En ese momento un peso enorme cayó sobre él y lo aplastó.

EL ENTERRADO - Martín Monreal


ARGENTINA

…es como un fantasma del viejo pasado…

Gardel - Le Pera

Primero lo vi de lejos, trabajando la tierra, ajeno a la lluvia y los relámpagos; pero ya desde antes, en el camino, el viento traía su voz, aguda y desafinada, cantando *"Mentira, mentira, yo quise decirle, las horas que pasan ya no vuelven más…"*. Después entró en la casa y ya no lo oí, y pasaron otros diez minutos hasta que llegó Gutiérrez. Entre los dos no nos costó nada sujetarlo, cubrirle la cabeza con una bolsa y meterlo en el auto. Casi cuarenta minutos manejamos y el viejo no paraba de gemir. No paró ni siquiera cuando nos subimos al bote y el bote hizo agua; y mientras el Gute remaba, yo achicaba lo que podía con una lata del almuerzo. *"A quién se le ocurrió este río podrido…"*, gruñó el Gute. El lugar acordado era una casa en una islita perdida del Tigre. Al principio nos costó ubicarnos porque antes habíamos venido una sola vez, pero al final llegamos.

Ni bien bajamos —yo estaba amarrando la cuerda a un tronco— el Gute empezó a darle patadas al viejo. *"¿Qué hacés, tarado? ¡Pará!"*, le dije.

Yo no tenía nada contra nadie. Yo hacía mi trabajo y nada más. Gutiérrez se acercó hasta casi pisarme y me aplastó en la cara su aliento a sardina. *"¿No ves lo que hace? ¡Nos quiere volver locos! ¡A propósito lo hace, el mierda! ¡No para de cantar!"*. Con el ruido de la lluvia era difícil oír; pero para mí no cantaba, gemía.

En la casa no había luz. El teléfono no andaba. Atamos al viejo a una silla, y Gutiérrez empezó a putear y a patear cosas. *"¿Y ahora cómo hacemos? ¿Cómo llamamos?"*, y cosas así. El viejo seguía gimiendo. El Gute se le fue encima y le pegó un revés que lo tiró al piso. *"Si no fuese por vos no estaríamos acá…"*. Eso era cierto, pero no sé si podíamos reprochárselo.

El Gute le siguió gritando *"¿Te vas a callar?"*, y ahí se le fue la mano; porque empezó a darle con todo y en todas partes, y cuando yo me acerqué para frenarlo me lastimó un ojo, pero al viejo le desfiguró la cara. Cuando se cansó de pegar, fue hasta la ventana y se quedó mirando la lluvia que caía, y cómo caía, y en dónde. Yo me acerqué al viejo, que era todo una pulpa sangrienta, y le tomé el pulso. Nada. Ni quise quitarle la bolsa, de pura impresión. *"Sos un animal"*, dije. *"Voy a ver dónde encuentro un teléfono ahora. Ni se te ocurra salir, que estás todo manchado de sangre"*.

Así que me fui, y lo que maniobré con el bote hasta encontrar un almacén —lejos, muy lejos—, y hablar con el jefe, y volver, y cómo al bote finalmente se le descuajó el fondo, todo eso no importa. Importa que cuando volví ya era de noche y el Gute todavía estaba de espaldas, mirando por la ventana. Parecía más encorvado, como envejecido o culposo. Yo estaba cansado y quería terminar de una vez. *"Hay que enterrarlo"*, dije. Y después de eso ni le hablé, ni lo miré, ni nada.

Traje unas palas del sótano, envolví el cuerpo en una manta y lo cargamos. Yo iba atrás, porque en el Gute no confiaba más. No se veía nada, y la lluvia caía más fuerte que antes, y me pareció que por ahí estaba bien, que un lugar era tan bueno como cualquier otro, porque en una isla no se puede ir muy lejos. Cavamos como una hora, él más lento y yo más rápido, por el enojo, y no hice caso a sus murmuraciones. Si estaba arrepentido, mejor; pero que arreglara sus cuentas con el cristo. Cuando al final tiramos el cuerpo en el pozo y hubo que empezar a tapar, dejó la pala y se fue. Me causó gracia porque no le había dicho que el bote estaba roto, que no teníamos forma de salir.

Lo vi alejarse entre los juncos y las matas altas, caminando despacio, con la ropa arruinada. Después lo perdí de vista. Y cuando ya no lo vi más, no lo vi más pero lo oí; es decir, entre el ruido de la lluvia y los truenos y el

sonido del río, oí *eso*… Y ahí me pudo un poco el miedo y me vine hasta la casa y me quedé quietito donde estoy ahora, anotando esto.

Las gotas pegan contra el techo de chapa, pero de a ratos, a veces lejos, a veces abajo mismo de la ventana, se oye la voz, no la de Gutiérrez, que era ronca, sino otra, más aguda y desafinada. De lo que canta no puedo entender mucho, no puedo entender nada, en realidad, salvo la parte esa que dice: “*…las horas que pasan ya no vuelven más…*”

Ahora hay silencio. Debería haberle hecho caso a mi vieja. Debería haber terminado la secundaria.

Martín Monreal nació en Buenos Aires en 1976. Estudió literatura en la UBA y fotografía y video digital en el Pratt Institute, en Nueva York, ciudad en la que reside desde hace diez años. Fue asistente en la agencia literaria Carol Mann, una de las primeras en trabajar con autores latinos en Estados Unidos, y ahora trabaja de forma independiente como traductor. Desde el 2007 reseña libros y realiza entrevistas para Tinta Fresca, revista literaria escrita en castellano y publicada en Estados Unidos. Ha escrito artículos para el diario “Hoy” (EEUU), la revista “K” de México, y tiras cómicas para “Universidad de Belgrano” y “Croniquita”, del diario Crónica.

Su relato “En el umbral” recibió la primera mención de honor en el concurso organizado por el CACyF (Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía, 1994). Sus poemas fueron premiados en el concurso Letras de Oro, organizado por la revista La Autopista del Sur, y fueron publicados por la editorial Honorarte en el 2004.

FUEGO - Patricia Nasello


ARGENTINA

Sabe que tiene que irse.

—Apure, profesor —llaman desde afuera.

—Ya voy. —Ajusta la lente del telescopio y sigue mirando. Contra el negro de la nada los rayos se descomponen en mil colores.

La luz. Siempre la misma y sin embargo distinta. El hombre la contempla con ojos de enamorado.

Y el calor.

Hasta ayer, con una toalla grande y gesto indiferente, secaba el sudor que corría por su cara, por su cuerpo. Hoy ya ha renunciado al intento de

mantenerse seco. Al esfuerzo de tomar notas también.

—No queda mucho tiempo —insiste la misma voz, ya lejana.

Mira en derredor. Instrumentos de laboratorio y algunos efectos personales. Amados objetos que debe abandonar. El saxo de su padre. "Esta es una familia de músicos, el científico es nuestra oveja negra", bromeaba, orgulloso, el viejo. También está la pintura. Lara, preciosa como era. Viva.

Su equipaje ya ha sido cargado.

—Sólo lo imprescindible, profesor, menos, si puede. Usted comprende —él entiende perfectamente.

Las diez de la noche. Sale al horno que es la calle. Cierra con llave. ¿Para qué? Nadie se queda. En pocos días quedará nada.

Aún peor que la temperatura es el silencio. La ciudad ya ha sido evacuada. La ciudad y el mundo.

Quita el cerrojo que acaba de poner, abre la puerta, se sienta en el suelo bajo el marco.

Aguarda un rato.

De pronto, ciento veinte segundos de ruido ensordecedor. Luego, la más absoluta calma. La nave ha despegado en el horario previsto.

Pasan un par de perros, ahora sin dueño, desorientados.

Mira el cielo. En una hora, a los sumo dos, no será necesario el telescopio. Se podrá observar un bello espectáculo a simple vista.

El Sol continúa agigantándose.

No cree estar solo. En algún lugar del planeta habrá otro ser humano que, como él, haya decidido quedarse a esperar el amanecer en casa.

Patricia Nasello ha publicado un libro de microrrelatos: "El manuscrito", en 2001. Ha escrito un segundo libro de microrrelatos que permanece inédito. Coordina talleres de creación literaria desde 2002. Ha participado en distintas ediciones de La Feria del Libro de su ciudad, Córdoba. Tiene trabajos publicados en diversos blogs: BREVES NO TAN BREVES; RÁFAGAS, PARPADEOS.

En julio de 2010 presenta su blog: Esta que ves. Colaboró y colabora con diversos medios gráficos: Otra Mirada (revista que publica el Sindicato Argentino de Docentes Particulares, Córdoba, Argentina), Aquí vivimos (revista de actualidad, Córdoba, Argentina), La revista (revista que publica la Sociedad Argentina de Escritores Secc. Córdoba, Argentina), La pecera (revista/libro literaria, Mar del Plata, Argentina), Signos Vitales (suplemento cultural, Mar del Plata, Argentina).

Participa, prologa y presenta "Cuentos para Nietos", antología de cuentos para niños, en 2009.

Ha ganado diversos premios literarios entre los cuales se encuentran: Primer Premio Concurso Nacional Manuel de Falla, categoría ensayo, 2004, Alta Gracia, Argentina. Tercer Premio Concurso Iberoamericano de Cuento y Poesía Franja de Honor, Sociedad Argentina de Escritores, 2000, Córdoba, Argentina. Finalista Concurso Internacional en honor a Gabriel García Márquez, Madrid, 2004. Distinción Especial Concurso Nacional "Diario La Mañana de Córdoba", cuento breve, 2004, Córdoba, Argentina.

LA MUJER ARAÑA - Armando Enríquez Vázquez



Las personas vienen a verme con ávidas miradas, buscando en mi condición la expiación de sus culpas. Sus ojos brillan con el placer que da el morbo, como si mi desgracia los liberara de su mediocridad. Cuando narro la maldición que pesa sobre mí, los veo desilusionarse. Las siniestras historias que buscan no están aquí. Los horrores que anhelan escuchar se encuentran en el fondo de sus atribuladas almas. Mi historia sencilla y provinciana no es comprensible para sus grises vidas. Mi alimento no los asquea y ni siquiera mi origen les parece ya fantástico. Pertenezco a una estirpe digna de ser olvidada y no al sucio asfalto que la lluvia y los zapatos de plástico color neón gastan a diario.

Al final los veo levantarse de sus asientos con el olvido dibujado en un bostezo y las manos muertas en los bolsillos.

Se van sin que su pantagruélico morbo haya sido saciado. Con su gris y monstruosa maldición a cuestas entran en la carpa de al lado, donde un esqueleto leproso y albino, les muestras los muñones, restos de sus manos y pies, mientras con gemidos lastimeros les cuenta cómo el diablo lo castigó por avaricioso.

Y yo, horrorizada, los compadezco. A veces, cuando las luces de la carpa se apagan, tras mi cena de ratones y gusanos, lloro de miedo.

Juro, entonces, al cielo ser fiel a mi amo con tal de que nunca me devuelva a la terrible condición humana.

Armando Enríquez Vázquez nació en 1962 en el Distrito Federal. Estudió cine y se ha dedicado a la televisión durante más de veinte años.

Actualmente es Senior Producer del noticiero estelar de Cadenatres. Ha publicado cuatro libros en ediciones de autor y colabora en las revistas on line The Point.com.mx y Blureport.com.mx.

DUDOSO SUCESO - Natalia Andrea Cáceres

ARGENTINA

El joven rascó la punta de su nariz, arrancando un pedazo de duda endurecida. La miró un rato con aire distraído, sopesándola en el hueco de su palma para luego arrojarla sobre la vereda y alejarse, visiblemente más liviano.

El pequeño fragmento quedó oscilando en el borde del cordón de la vereda, de donde lo recogió una paloma que lo confundió con una miga de pan duro.

Levantó vuelo, llevándolo en su pico hasta una terraza donde casi choca con un gato negro que la obligó a soltarlo. Pudo escapar, rauda y veloz.

El gato jugó un rato con el vestigio de duda, haciéndolo rodar por el asfalto hasta que se enganchó en una de sus uñas. El felino se incorporó y se lanzó escaleras abajo con ojos preocupados.

Un perro lo interceptó en una esquina y comenzó a ladrarle divertido. El gato, con un zarpazo amenazante, perdió el trozo de duda y volvió a su terraza a desperezarse al sol.

El perro olfateó el objeto, extraño a sus ojos perrunos, enredándolo en sus bigotes desprevenidos. Al instante se echó a correr enloquecido durante largas, interminables cuadras. Se escabulló en un patio trasero, bebió desesperado del agua de la piscina y volvió a las calles moviendo la cola.

La porción de duda se diluyó en el agua verdosa y calma sin demasiado espamento.

Horas más tarde, el joven salió al jardín trasero a regar el pasto. Despreocupado y un tanto incauto tropezó con la manguera, precipitándose en las profundidades de la piscina.

Por algún extraño artificio del destino, no pudo mantenerse a flote y halló la muerte en el verdoso fondo, ahogado sin remedio en su propia duda. Mientras, un lento y silencioso grupo de certezas se amontonaba en el borde de la pileta a observarlo con morbosa curiosidad.



Natalia Andrea Cáceres (nacida en Buenos Aires en 1977) escribe desde que tiene memoria. Esta afición se manifestó en su vida casi con tanta intensidad como su amor por la lectura. En 1992 recibió una Mención Honorífica en el Concurso de Ciencia Ficción y Fantasía para alumnos de la Escuela Secundaria del CACYF. En la actualidad ha concluido una novela corta (”Sed”) que se encuentra a la espera de publicación.

 **CUBA**

Érase una vez (hace mucho tiempo, en este o en otros mundos) que elfos, enanos, gigantes, trasgos, orcos y globinoides (juntos o separados), vivieron aventuras de "verdadero interés humano" (contadas en trilogías, por supuesto).

COYUNTURA - Yunieski Betancourt Dipotet

 **CUBA**

Por enésima vez reniego de la hora en que acepté filmar el famoso poema. Gracias a eso estoy al borde del fracaso, y no me consuela saber que nadie podía imaginar que el incremento de las hostilidades Cuba - Estados Unidos llevaría al gobierno a declarar antipatriótico, hasta nuevo aviso, el uso del idioma inglés.

Miro desesperado a mi asistente de dirección y este vuelve a negar:

—No hay forma —dice, y señala la decena de pájaros negros en las jaulas —. En las circunstancias sociopolíticas actuales, ninguno de nuestros cuervos va a arriesgarse a pronunciar el dichoso *Nevermore*.

ARS LONGA - Yunieski Betancourt Dipotet

 **CUBA**

En la penumbra de la habitación el artista ríe a carcajadas, periódico en mano.

"El señor Poe ha afirmado que la muerte de una hermosa mujer es el tema más poético del mundo. Estas palabras reflejan la perturbación que sufre este gran creador, a quien nos resistimos a imaginar buscando en la prensa, día tras día, la descripción de los fallecimientos de mujeres jóvenes. No podemos creerlo capaz de acto tan patético."

"Por supuesto que no", murmura el artista, y deja el periódico en la mesa, se levanta, toma su abrigo y comprueba una vez más el filo del cuchillo

antes de salir a procurarse un poco de inspiración.

SOLUCIÓN - Yunieski Betancourt Dipotet

CUBA

Terminó de leer el cuento y tuvo que tomar tres vasos de ron para alejar de su mente la confesión del protagonista. “En cualquier momento puedo quebrarme”, pensó, y se quedó en vela, con los audífonos puestos, tratando de ignorar el latido infatigable que atravesaba el suelo de cemento del cuarto. Al amanecer encontró la solución. Llamó a un amigo para que le permitiese estar unos días en su casa, luego recogió lo imprescindible y lo echó en una mochila. “Allá el infeliz que venga para acá”, se dijo y salió rumbo a la radio local a poner el aviso de permuta.

MAPAMUNDI - Yunieski Betancourt Dipotet

CUBA

Dedicado a mi primo Luis

El día que mi primo me contó de su entrevista en la Oficina de Intereses de Estados Unidos, yo leía sentado en una de las butacas de la sala. Lo vi tan feliz como cuando se fue su novia Elisa.

—Ya le avisé —dijo—. Me respondió que no me preocupara, que me va a enviar el dinero para los trámites.

A las dos semanas llegó con un paquete.

—Mira lo que me mandó —dijo.

Sacó un gran bulto de papel, lo desenrolló y sujetó a una de las paredes de su cuarto.

—¿Un mapa? —pregunté.

—Corrección —respondió—, un mapamundi. Elisa me pidió que señale los lugares a los que iremos cuando yo salga.

—Así que primero los ves de mentiritas y luego de verdad —le dije.

—Asimismo —aseveró, y destapó dos cervezas—. Al principio va a ser duro, tendré que trabajar mucho, pero al año o año y medio podré visitar algunos de esos lugares, ver mundo, porque allá puedes ir a cualquier lado y te sale barato.

Pero de planes…

—Me han pedido cantidad de cosas, dice Elisa que es demasiado dinero y que por ahora no va a poder ser.

No puede más, pensé cuando lo vi día a día, semana tras semana, casi mudo, errando por la casa. Hasta que un día entré a mi cuarto y vi sus ropas sobre mi cama. Me asomé al suyo.

—¿Y esas ropas? —pregunté.

—Te las regalo.

—¿Por qué?

—Regreso a mi casa.

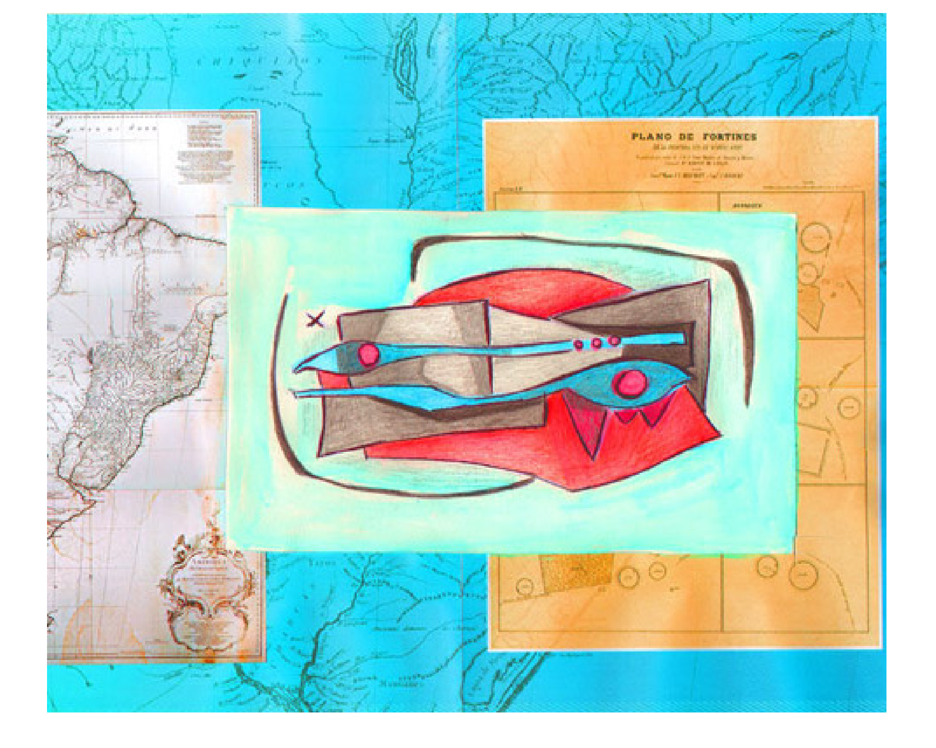
—¿Cienfuegos?

—Sí —dijo. Y vi los cajones vacíos y la maleta y las mochilas sobre su cama.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

Hoy se cumplen diez días de su partida. Padres, hermana, amigos, ninguno sabe nada. Pero yo soy el más preocupado, porque justo ayer me di cuenta de que se había llevado el mapamundi. ¿Y quién sabe? Si lo utilizó, puede haber ido a parar a cualquier lugar.



Yunieski Betancourt Dipotet. (Yaguajay, Sancti Spíritus, Cuba, 1976). Sociólogo, profesor universitario y narrador. Máster en Sociología por la Universidad de La Habana, especialidad Sociología de la Educación. Ha participado como ponente en eventos nacionales e internacionales de su disciplina. En estos momentos trabaja en su proyecto de doctorado, que versa sobre los procesos de socialización y la transmisión de la enajenación. Imparte las asignaturas Historia y Crítica de las Teorías Sociológicas I, II y III, Sociología y Política Social Urbana, Sociología y Política Social Agraria y Sociología de la Cultura. Cursó el taller de narrativa del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, Ciudad de La Habana, Cuba. Ha publicado en La Isla en Peso, La Jiribilla, Axxón, miNatura, NM, Korad, Papirando. Finalista en la categoría Pensamiento del II Concurso de Microtextos Garzón Céspedes 2009. Premio en el género Fantasía del Segundo Concurso de Cuento Oscar Hurtado 2010. Actualmente reside en Ciudad de La Habana.

UN DISPARATE - Fernando José Cots

ARGENTINA

Héctor y Gladys volvían a su casa tras unas largas vacaciones. Héctor venía cargando las valijas en tanto que Gladys se adelantaba con la llave en

la mano.

Al llegar a la puerta, Gladys se detuvo sorprendida. En el umbral, tapando la entrada, había un perro muerto. El pobre animal estaría desde el día en que ellos se fueron, dado su avanzado estado de descomposición.

—¡Héctor,ven a ver esto!

Cuando Héctor vio lo que pasaba, se indignó.

—¡Pero qué vergüenza! ¡Y en la puerta de mi casa! ¡Fuera de aquí, rápido!

El perro se levantó y se fue.

—¿Has visto eso? —preguntó Gladys.

—¡Por supuesto que lo he visto! El muy sinvergüenza se ha dejado la cola. Habrá que barrerla.

Fernando José Cots Liébanes nació en Córdoba, Argentina, el 1 de junio de 1950, y viene publicando desde hace ya tres décadas. Quienes leen ciencia ficción argentina desde hace tiempo seguramente recordarán su *Los invasores del sábado* (1987), cuento que de haber existido Axxón en aquel momento nos hubiese gustado publicar, pero claro, pasa el tiempo y ya tenemos esa historia en el número 179.

NANODINOS - Claudio Guillermo del Castillo Pérez

CUBA

A Agustín de Rojas, Gran Maestro de la ciencia ficción cubana.

De un tardío aunque ya incondicional admirador.

Los Nanodinos de Titán son pequeños, muy pequeños; tan pequeños que no necesitan tener patas. ¿Para qué?, aunque caminasen toda su vida jamás alcanzarían el punto más cercano. Sólo un tonto presumiría de haber dicho alguna vez: *¡Caramba!, miren, ha llegado un Nanodino.*

¿Que si tienen orejas? ¡Ni pensarlo! Si no hay espacio ni para una insignificante nariz. Son diminutos, ¿recuerdas? En efecto, también carecen de boca. Como imaginarás, no hay nada lo suficientemente minúsculo que pudiera servirles de alimento. Pues algo del tamaño, digamos… de la mitad de un Nanodino es inconcebible, ¿no crees?

Bueno, los Nanodinos aún existen porque su interacción con el entorno es

tan imperceptible, que la Naturaleza simplemente ha olvidado sacarlos de circulación. Ellos, que por no tener tampoco tienen un pelo de tontos, bendicen su suerte y se alegran de eso: de ser sin tener. Y está claro que esa es toda la filosofía que se pueden permitir.

¿Por qué te hablo de los Nanodinos si son… casi nada? Ay, mi niño, es que el universo de los humanos es tan complejo que no cabría en un solo cuento.

¿CONTACTO? - Claudio Guillermo del Castillo Pérez

CUBA

—¿Qué haces aquí? —pregunta Mr. Brown a su interlocutor—. Te advierto que alquilé esta región, desde *Grimaldi* hasta *Copérnico*, por dos semanas. *“Derechos exclusivos de esparcimiento”* dice bien clarito la copia del contrato que traigo en la guantera de mi 6×6.

El desconocido alza sobre su casco un disco dorado que parece (y en efecto es) de gramófono:

—Rech… Rechibimosh vueshtro menshaje-je-je. ¡Hemosh venido-do-do! —proclama.

Aun a través de la radio, el mil veces ensayado parlamento se percibe solemne.

—Y me alegro, créeme, sólo que el tal mensaje no lo envié yo; conque… de vuelta a casita —dice Mr. Brown, y a empujones embute al hombretón de ocho pies en la escotilla por donde ha salido minutos antes—. ¡A fisgonear a otra parte! —concluye.

La regia astronave despega y se esfuma veloz en dirección a Ofiuco.

Mientras, una estela de polvo gris recorre silenciosa el *Oceanus Procellarum*. Ya en el Hilton *“Selene”*, Mr. Brown aparca su móvil lunar y, en el vestíbulo del hotel, da un escándalo de miedo a la representante del Consorcio de Turismo Espacial: que *“¡mentira!, el control de las fronteras no es mejor que en Texas”* ; que *“con tanto intruso se resienten mis merecidas vacaciones”* ; que *“la competencia va un paso adelante”* …

—No veas, chiquilla, el pedazo de cohete que se han gastado los rusos… ¿La escafandra? ¡Por favor!, con extremidades adicionales y todo. ¡Quiero una igual para mi paseo de mañana! —vocifera Mr. Brown, y se retira

malhumorado a su habitación.

Una vez allí, extrae de su mochila el disco dorado, que dejó caer el visitante en su aparatosa huida. *"¡Wow!, esta pieza es única"* , conviene para sí el magnate. Y el "*Sounds of Earth*" de una Voyager termina en su Colección de Clásicos del siglo XX.

En la Tierra, los telescopios escrutan el infinito; los científicos, desesperan…

Claudio Guillermo del Castillo Pérez nació el 13 de septiembre de 1976 en la ciudad de Santa Clara, Cuba. Es ingeniero en Telecomunicaciones y Electrónica. Actualmente trabaja en el aeropuerto internacional "Abel Santamaría", como técnico en Sistemas de Radionavegación y Comunicaciones Aeronáuticas. Es miembro del Taller Literario "Espacio Abierto", dedicado a la Ciencia Ficción, la Fantasía y el Terror Fantástico Ganador del I Premio BCN de Relato para Escritores Noveles (España) en 2009. Finalista del Certamen Mensual de Relatos (septiembre/09) de la Editorial Fergutson (España). Mención en la categoría Ciencia Ficción de la I Edición del Concurso de Fantasía y Ciencia Ficción Oscar Hurtado 2009 (Cuba). Tercer Premio del Concurso de Ciencia Ficción 2009 de la revista Juventud Técnica (Cuba). Ha publicado sus relatos en los e-zines Axxón (Argentina), MiNatura (España), Cosmocápsula (Colombia), NGC 3660 (España); así como en las páginas de Breves no tan breves (Argentina), Químicamente impuro (Argentina) y Tauradk (España).



SUEÑOS PROGRAMADOS - Francisco Latorre Murcia

ESPAÑA

Consulta del psiquiatra.~Madrid 03/07/2024.

PACIENTE: Permítame decirle una cosa, doctor. Yo no creo que estas píldoras hagan que mi vida sea mejor, más llevadera. Vine porque mi mejor amigo insiste pesadísimo cada día en que venga a verle, o sea, que lo hice para callarle de una vez por todas.

DOCTOR: Ya verá como esto hace que se levante cada mañana con muy buen humor, créame. En casi todos los casos el buen humor perdura hasta la próxima toma. Vivirá pensando en lo que le espera por la noche, ansioso. Perfecto para no pensar en sus problemas.

Aquí le dejo la maquina mezcladora-encapsuladora, el software y los

manuales, apréndaselos de pe a pa y comience a diseñar sus sueños. Ya verá que es muy fácil, el programa admite fotografías, vídeos e incluso referencias de Internet. Una vez elegidas las imágenes, elige o diseña la trama y clica en “Crear Píldora”. La máquina mezcladora-encapsuladora fabricará la píldora en unos minutos, se la toma antes de irse a dormir ¡y listo!

PACIENTE: Me dijo mi mejor amigo que en esta versión se incluye sexo explícito, ¿es cierto, doctor?

DOCTOR: Cierto. El programa tiene unas cincuenta modelos y famosas de la actualidad en su base de datos. Imagínese diseñar que viaja a Miami y, en una discoteca, Paris Hilton se fija en usted; hacen el amor en los lavabos y, al terminar, son pillados “in fraganti” por un paparazzi. ¡También podrá programar situaciones más románticas, claro! Le garantizo que en cualquier caso usted se despertará con una sonrisa de oreja a oreja.

PACIENTE: Suena bien. Aún así tengo una incógnita: los sueños no siempre se evocan, a veces no nos acordamos de lo que soñamos.

DOCTOR: Eso es cierto a medias. Verá, la mente descarta aquellos sueños que son intrascendentes emocionalmente. Para que me entienda: si usted programa y luego sueña que se come un pepino, no lo recordará al día siguiente, en cambio el caso de la Hilton sí lo recordará porque la experiencia le marcó emocionalmente aún en el sueño.

PACIENTE: Le veo otro problema a estas píldoras prediseñadas por ordenador.

DOCTOR: Dígame cuál.

PACIENTE: Tendré sueños interesantes, espectaculares, me sentiré feliz mientras sueño, pero cuando despierte volveré a ser el mismo desgraciado de siempre: la misma vida, el mismo trabajo y los mismos problemas.

DOCTOR: Sí, pero un desgraciado al que le fascina una parte de su vida que además puede controlar y modificar a su antojo. Mire, ayer mismo tenía ganas de un sueño tranquilo, relajante, así que diseñé que estaba en la Luna, solo, y diseñé también un mar lunar. Allí me encontraba: el cielo negro con muchas estrellas, el mar en calma, violeta, no había viento ni frío que molestase mi tranquilidad. Al cabo de un rato comencé a tener hambre, en el sueño quiero decir, y *mi mente* hizo que apareciese allí mi suegra con un bocadillo de calamares en las manos, ofreciéndomelo.

La mente le jugará malas y buenas pasadas e incluso dibujará notas de humor en sus sueños. Llevo todo el día pensando en lo de mi suegra, todavía me río cuando lo recuerdo.

Lo que le quiero decir es que su día será mejor gracias a estos detalles, ¿comprende?

PACIENTE: Pues la verdad, suena bien. Y escúcheme, doctor: ¿puedo diseñar que le pateo el culo a mi jefe?

DOCTOR: En efecto. Puede.

Francisco Latorre Murcia, nacido el 9 de Abril de 1979, vive en Montgat, Barcelona, España. Estudió Informática de Gestión, fue programador, técnico informático y actualmente trabaja en una empresa municipal de servicios. Se siente un adicto a la lectura en general y al género de la ciencia ficción en particular. Se declara admirador de escritores como Orson Scott Card, Aldous Huxley o George Orwell. Desde hace un año dedica parte de su tiempo libre a escribir y publica sus relatos en su blog Ficción Fugaz.



SUBIR POR OTRO SENDERO - Rodolfo García Quiroga

ARGENTINA

Tendría que haberle dicho que no. Es peligroso, me lo avisaron desde el principio. Quieren escalar el cerro por los senderos alternativos a toda costa, yo los conozco bien. Les parece que así van a ver cosas que los otros no ven. ¡Es que sube cada uno! Aunque en cierto modo, los entiendo. Yo también me enteré de Capilla del Monte cuando era chico y por algo me quedé a vivir acá, no nos engañemos. Siempre digo que la vida en Buenos Aires está imposible, que la tranquilidad, que los impuestos en Córdoba son más baratos. Pero no es nada más que eso, claro. Mirá el relieve poroso de esa saliente rosada, en cada ascenso se ve algo nuevo. Antes siempre les dije que no, soy un guía responsable. Si se enteran, en una de esas no me dejan subir más. Pero cuando sacó los billetes y me los puso en la mano, la verdad que no pude decirle que no. ¿Pero qué es eso? Me pareció ver… No, imposible.

«¡Estupendas fotos! ¡Esas tomas de la cresta roja del pájaro carpintero mientras trabajaba el árbol allá abajo, un verdadero hallazgo! He conseguido auténticas postales de valles serranos sin urbanizar con sólo practicar un poco de senderismo. ¡Cuando las vea Amparo se pondrá verde de envidia! Deberíamos venir juntos alguna vez a este lugar y quizá probar incluso con la fotografía nocturna. Calculo que todavía tenemos un buen rato de caminata. Necesito un trago de agua, el sol aprieta cada vez más. El aire ha adquirido un cierto perfume aquí arriba, un ligero aroma a cítrico. Pensé que al ascender la vegetación debería ralear, pero me he equivocado de cabo a rabo. ¡Un poco más de agua! Es que he ganado peso en estas vacaciones, no cabe duda. Me resulta difícil seguirle el paso a buen ritmo. Necesito una alimentación más saludable, ya me lo han dicho. Verduras, pescado y frutas».

Es plata. Acá es plata, por eso lo hice. Además se nota que sabe cómo es esto de los ascensos. Lleva un equipo perfecto, calzado ideal. Frutas secas, manzanas, mandarinas. Una cantimplora mejor que la mía. La cámara es japonesa, cuesta una fortuna. ¡Pero mirá vos con qué vigor creció esa carandilla! Y el sendero se va diluyendo por los pastizales, cada vez me cuesta más trabajo seguirlo. ¿Qué dice? ¿Más despacio? Se lo nota agitado. Mirá en el lío que me metí con este gallego, a ver si tiene alguna descompensación y encima tengo que llamar a los muchachos.

«¡Epa! Esto sí que no me lo esperaba. ¿Comerán su carne en esta zona? Cuando visitamos Canarias, Amparo quiso que la llevase a una excursión por las dunas, pero yo me negué porque debíamos regresar a Madrid. Pero no sabía que aquí también había, bien guardado se lo tienen las guías de viaje. Voy a aprovechar que este tío al fin se ha detenido para tomarle una buena foto y darme un respiro, que bien merecido me lo tengo. Qué pelaje

precioso, está a la vista que es un ejemplar de primera calidad».

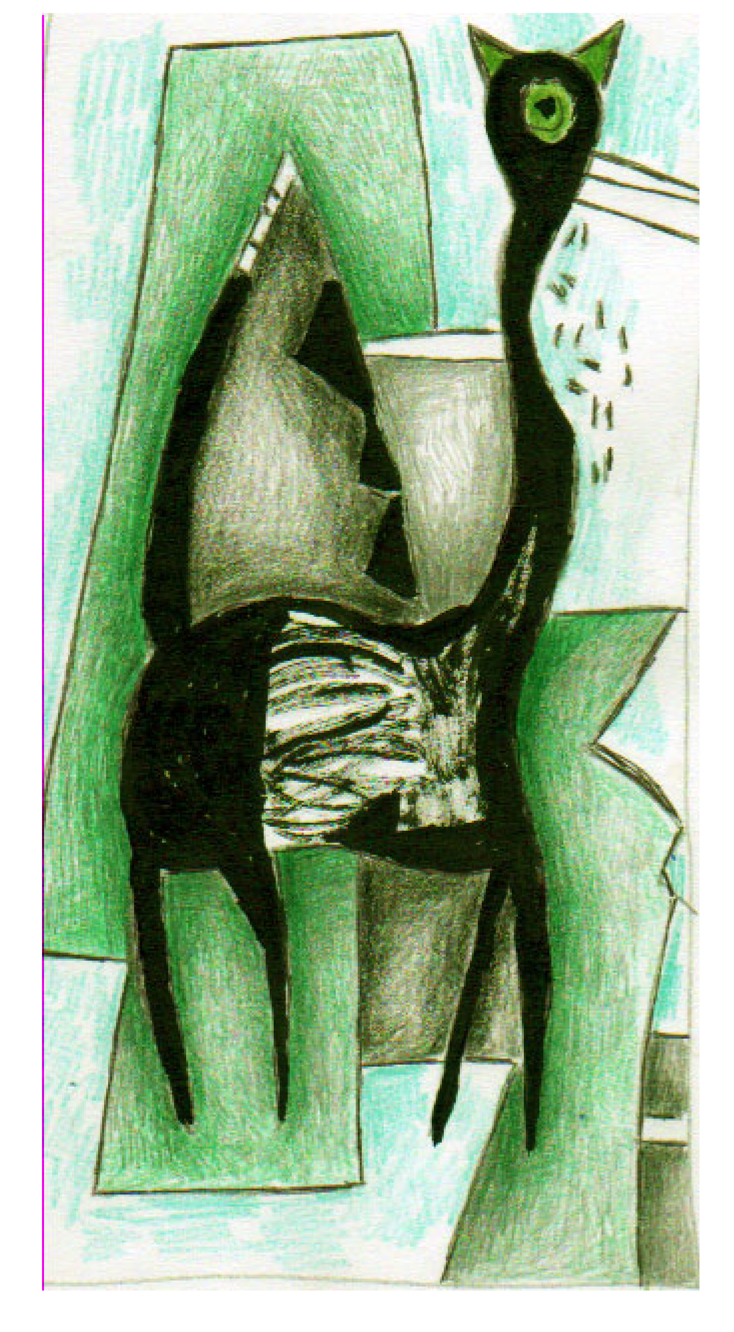
No, no puede ser. Acá están por filmar alguna película, seguro. Pero yo me tendría que haber enterado. ¿Qué hace ese bicho ahí? A ver, no puede ser. Sí. Es. Y nos está mirando. Y allá, más arriba, hay otro. ¡Voy a tener que llamar a los muchachos, a ver qué pasa! Pero, ¿y si los llamo y se avivan de donde estoy? Ya sé, le voy a decir de volver al gallego. Pero va a protestar, está entusiasmado con subir hasta arriba. Salvo que invoque un malestar. Sí, eso. La verdad es que no me siento bien, está muy caluroso para esta hora de la mañana. ¡Cuatro, cinco, cada vez veo más! ¿Quién los habrá traído? Un dolor de cabeza fuerte, eso es lo que le voy a decir. Pero tengo que ser decidido, porque el gallego se me va a enojar. Y la plata no se la devuelvo, eso sí.

«¡Hombre, menuda sorpresa me tenía reservada este ascenso! Una manada de camellos sueltos en el cerro, qué pintoresco. ¿Se podrán alquilar para escalar hasta la cima? A estas alturas, pagaría una fortuna para trasladarme hasta allá en el lomo de uno de esos animales. ¿Qué es lo que se ha quedado viendo este tío con tamaña atención? Y el móvil suena y suena, ¿será que no piensa atender nunca?»

—¿Cómo que llamás de la granja? ¿Qué granja? ¿Que yo invadí qué? A ver, pasame con Nacho. Con Nacho, sí. Oime, ¿pero vos estás borracho o fumaste algo, pibe? Soy José, José Flores. ¿Cómo que no se puede…? ¡Querido, hace cinco años que trabajo en el cerro subiendo gente! ¿Pero vos de dónde saliste? ¿Que soy intruso? ¡Ah, no, eso sí que no te lo permito!… ¿Arresto? ¿Hola? ¡¿Hola?!

«Bueno, parece que nos han pillado. Me van a poner una multa de padre y muy señor mío por este desliz de habernos apartado del ascenso habilitado. ¡Que yo no me entere de que estos tíos me han montado una estafa porque saldremos todos en los diarios! Pero mira la energía que le ponen esos cuatro que bajan por la ladera, tienen que ser unos expertos en montar dromedarios para descender a semejante velocidad. ¡Qué armas, además! No sabía que había tanto control, de otra forma jamás lo hubiese intentado. A ver, aquí está el pasaporte, todo en regla. Ahora entiendo por qué el guía estaba tan reacio».

—Oye, José, tú no te preocupes por nada que les diré que fui yo quien te obligó a subir por este camino. ¡Eh, tío! Reacciona de una vez, tampoco es para que te pongas así. ¡Mira que te he dado quinientos euros y, a fin de cuentas, que problemas en la vida los tenemos todos!



Rodolfo García Quiroga es abogado, nació en 1967 en General Madariaga (Buenos Aires, Argentina) y actualmente reside en Pinamar. Es autor de varios relatos y desde 2009 participa del taller virtual Máquinas y Monos.

En 2001 tuvo mención de honor en el Concurso Jóvenes Narradores (Haroldo Conti).

Cuentos de autores varios (Cuento : Fantástico : Ciencia Ficción : Fantasía : Temas diversos : Internacional).

Los comentarios no están permitidos.







Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**